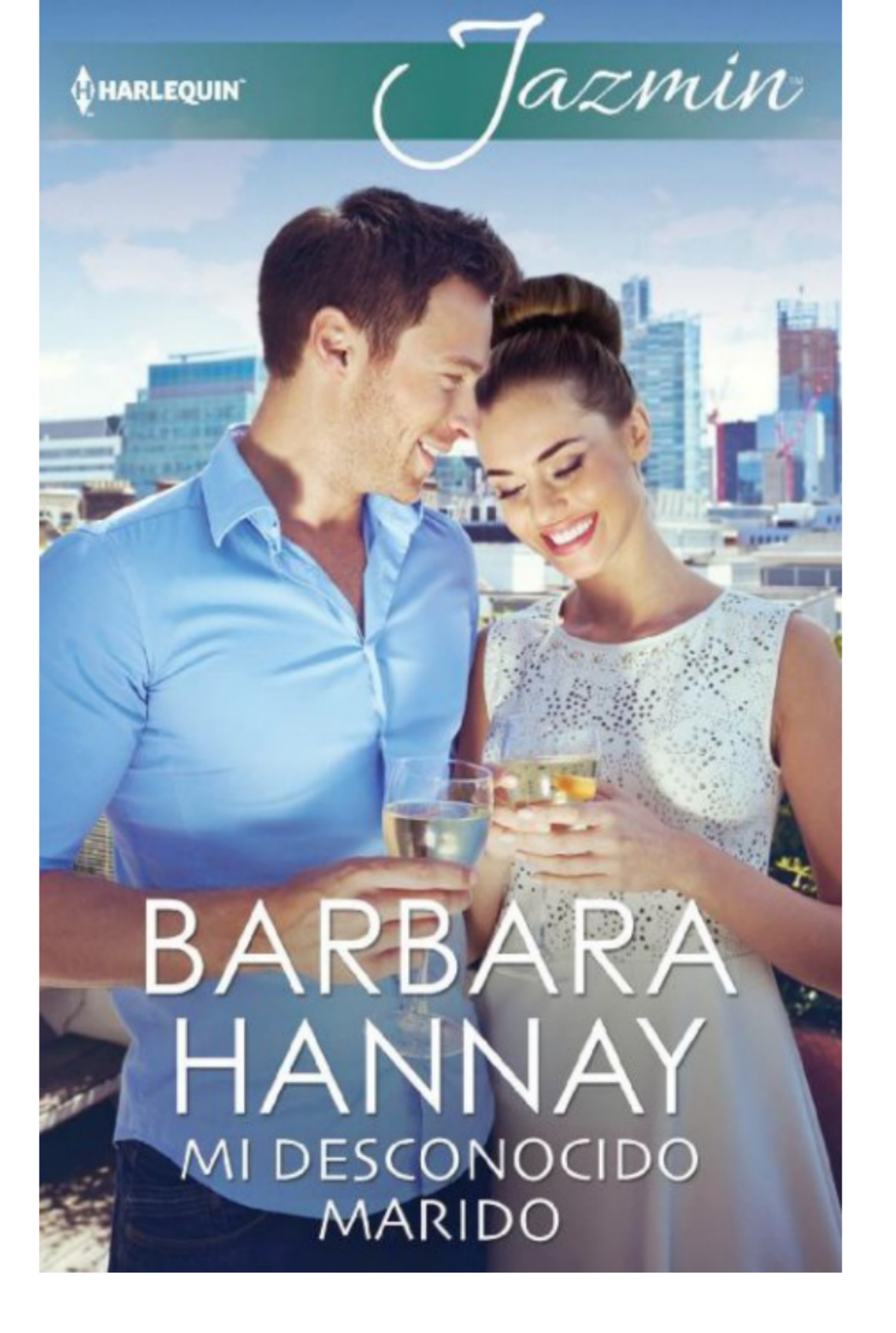

HARLEQUIN
Jazmín
BARBARA
HANNAY
MI DESCONOCIDO
MARIDO



MI DESCONOCIDO MARIDO

BARBARA HANNAY



Argumento

Un momento de amnesia para el recuerdo…

Al despertar tras caerse de un caballo, Carrie Kincaid descubrió que su mundo estaba del revés. No era capaz de recordar al hombre que tenía delante y que decía ser su marido. Max Kincaid hacía revolotear su corazón, pero todos los recuerdos de los momentos vividos junto a él se habían esfumado.

Para Max esa era la última oportunidad de salvar su matrimonio. Hasta que su esposa recuperara la memoria, haría todo lo posible por recrear los instantes felices del romance que habían compartido, todos los instantes mágicos. Sería una carrera contrarreloj durante la que tendría que ayudarla a redescubrir las razones por las que se habían enamorado.

Indice

Capitulo 1

La maleta estaba casi llena. Aturdida y asustada, Carrie la miró. ¿Cómo era posible que pudiera empacar su vida entera tan rápidamente y con tanta eficiencia? Habían sido tres años de matrimonio, y todos sus sueños, esperanzas y anhelos estaban perfectamente doblados y colocados dentro de esa dura maleta plateada. Con las manos temblorosas se alisó el suéter. La vista se le nublaba por las lágrimas.

Sabía que iba a ser duro, pero el paso final de cerrar la maleta y alejarse de Max casi parecía una proeza imposible de llevar a cabo. La idea era aterradora, como si estuviera a punto de lanzarse por un precipicio. Pero no tenía elección. Tenía que marcharse de Riverslea Downs y debía hacerlo ese mismo día, antes de flaquear.

Carrie contempló el armario, ya casi vacío. Había tomado cosas de manera aleatoria, consciente de que no podía llevárselo todo de una vez. Había sacado unas cuantas prendas urbanas, unos cuantos vaqueros y camisetas. Además, la ropa que llevaría a partir de ese momento le traía sin cuidado. Nada le importaba ya, en realidad. La única forma de sobrevivir a esa situación era entumecer las emociones. Revisó de nuevo todos los cajones, preguntándose si debería meter algunas prendas más en la maleta.

Y justo en ese momento lo vio, en el fondo de un cajón. Era un pequeño paquete envuelto en papel de seda.

El corazón le dio un vuelco y entonces se le aceleró. No podía dejarlo ahí.

Conteniendo las lágrimas, tomó el paquete con ambas manos. No pesaba casi nada. Lo sostuvo contra su pecho, luchando contra los recuerdos que la bombardeaban, y entonces, por fin, lo guardó en el fondo de la maleta. Presionó las prendas de ropa y cerró los candados. Estaba lista. Ya no quedaba nada por hacer, excepto dejar la carta que había escrito con tanto cuidado sobre la mesa de la cocina. Era una carta para su marido.

Resultaba cruel, pero no podía hacerlo de otra manera. Si hubiera intentado explicarle las cosas cara a cara, él se hubiera dado cuenta de lo difícil que era para ella y nunca hubiera podido convencerlo. Había pensado las cosas una y otra vez y sabía que esa era la forma más limpia de hacerlo todo, la única forma.

De pie frente a la ventana del dormitorio, Carrie contempló los prados dorados bajo el sol radiante del Outback australiano. La brisa

transportaba un ligero aroma a eucalipto y a lo lejos se oía el graznido de una urraca. Un nudo duro y caliente se le alojó en la garganta. Amaba ese lugar.

«Vete ahora. No lo pienses. Solo hazlo».

Tomó el sobre que contenía la misiva, agarró la maleta y contempló por última vez la habitación que había compartido con Max durante tres años. Levantando la barbilla, se puso erguida y salió.

Cuando sonó el teléfono, Max Kincaid decidió ignorarlo. No quería hablar, por muy buenas que fueran las intenciones del que le llamaba en ese momento. El dolor que padecía en ese momento era demasiado fuerte y no había lugar para las palabras.

El teléfono siguió sonando durante unos segundos. El estridente timbre le taladraba la oreja. Molesto, dio media vuelta y se dirigió hacia la veranda de la fachada, que siempre había sido uno de sus rincones favoritos. Desde allí se divisaban los prados, los bosques y las colinas lejanas que tanto había amado durante toda su vida. Ese día, sin embargo, la hermosa vista apenas captaba su atención. Solo podía dar gracias porque el teléfono hubiera dejado de sonar. De repente, en medio del silencio, oyó un gemido sutil. Clover, la perra de Carrie, le miraba con unos ojos tristes, desconcertados.

–Sé perfectamente cómo te sientes, chica –Max acarició la cabecita de la vieja labradora–. No puedo creer que te haya dejado a ti también, pero supongo que no cabías en un apartamento en la ciudad.

El filo del dolor que llevaba sintiendo desde la noche anterior le atravesó una vez más. Se había encontrado con una casa vacía y una simple carta, nada más. En ella, Carrie le explicaba las razones por las que se había marchado. Le dejaba muy claro ese desencanto creciente que la vida en el campo la hacía sentir. El papel que le había tocado desempeñar como esposa de un ganadero, al parecer, nunca había sido para ella.

Sobre el papel aquello no parecía muy convincente, sin embargo. Max no hubiera creído ni una sola palabra si no hubiera sido testigo del evidente desgaste que había notado en la actitud de su esposa en los meses anteriores. Pero, aun así, nada de aquello tenía sentido. ¿Cómo era posible que una mujer pudiera aparentar absoluta felicidad durante dos años y medio para después cambiar de la noche a la mañana? Tenía unas cuantas teorías sobre ese último viaje que Carrie había hecho a Sídney, pero…

El teléfono volvió a sonar, interrumpiendo sus maltrechos pensamientos. «Maldita sea».

Desafortunadamente no podía desconectar el teléfono fijo de la misma forma en que apagaba el móvil. De repente sintió que le

remordía la conciencia. Al menos debía comprobar de quién se trataba. Si se trataba de algo serio, la persona podía dejarle un mensaje.

Se tomó su tiempo para regresar a la cocina. El teléfono estaba fijado a la pared. Había dos mensajes y el más reciente era de su vecino, Doug Peterson.

–Max, descuelga el maldito teléfono.

También había un mensaje anterior.

–Max, soy Doug. Te estoy llamando desde Jilljinda Hospital. Carrie ha tenido un accidente. Llámame, por favor.

Capítulo 2

–Buenos días, señora Kincaid.

Carrie suspiró al tiempo que la enfermera entraba en su habitación. Ya le había dicho unas cuantas veces al personal del hospital que su apellido era Barnes y también había recalcado que ya no era «señora», sino «señorita», pero era inútil.

La nueva enfermera, que sin duda acababa de empezar su turno de mañana, le retiró la bandeja del desayuno y le colocó un tensiómetro en el brazo.

–¿Qué tal estamos esta mañana?

–Bien –le dijo Carrie con sinceridad.

El dolor de cabeza ya empezaba a desvanecerse.

–Estupendo –la enfermera la miró con una sonrisa radiante–. En cuanto termine, puede ver a la visita.

¿La visita?

«Gracias a Dios».

Carrie sintió un alivio tan grande que la sonrisa se le salió de los labios. Seguramente debía de ser su madre.

Sylvia Barnes les dejaría muy claro a todos que su nombre era Carrie Barnes, y que era de Chesterfield Crescent, Surry Hills, Sídney. La señora Kincaid, de Riverslea Downs, ese recóndito rincón del oeste de Queensland, no existía.

El tensiómetro comenzó a presionarle el brazo y Carrie se concentró en las vistas que se divisaban a través de la ventana; gomeros, hectáreas interminables de hierba de un color claro, rasa como si de un campo de fútbol se tratara… y a lo lejos, las violáceas colinas en la distancia. También veía una verja de alambrada y podía oír el graznido de un cuervo.

Carrie experimentó un incómodo momento de duda.

La escena era inconfundiblemente rural, tan distinta a la que le ofrecía su casa, situada en un concurrido barrio de Surry Hills, Sídney. Ella estaba acostumbrada a los coffee shops con estilo, a los bares y restaurantes, las librerías con encanto y a curiosas tiendas de antigüedades. ¿Por qué estaba en ese lugar? ¿Cómo había llegado hasta allí?

–Umm, tienes la tensión un poco alta –la enfermera fruncía el ceño.

Le quitó el tensiómetro e hizo unas anotaciones en el parte clínico que estaba al pie de la cama.

–Debe de ser porque estoy estresada –dijo Carrie.

–Sí –la enfermera le dedicó una sonrisa cómplice–. Pero te vas a sentir mucho mejor cuando veas a tu esposo.

«¿Esposo?».

Carrie sintió un sudor frío que se convertía en calor en un nanosegundo.

–Pero mi visita… –comenzó a decir, pero tuvo que tragar en seco para no atragantarse con las palabras–. Es mi madre, ¿no?

–No, cielo. Es tu marido, el señor Kincaid.

La enfermera, una cincuentona rolliza, arqueó una ceja y le dedicó una media sonrisa.

–Te sentirás mejor en cuanto le veas. Ya verás.

Carrie sintió que acababa de despertar de un sueño para encontrarse en mitad de una pesadilla. El miedo y la confusión se apoderaron de ella. Lo único que quería era taparse hasta las orejas y volatilizarse bajo las mantas.

La noche anterior el médico le había contado una historia absurda. Le había dicho que se había caído de un caballo, pero eso era una locura. Lo más cerca que había estado de un equino en toda su vida había sido cuando había montado en carrusel de niña. Una pareja, Doug y Mary Peterson, la habían llevado al hospital, pero a ellos tampoco les conocía. Y después el médico le había dicho que se había dado un golpe fuerte en la cabeza y que sufría de amnesia.

Nada de aquello tenía sentido.

¿Cómo iba a tener amnesia si sabía exactamente quién era? Recordaba su nombre y su número de teléfono a la perfección, así que… ¿Cómo podía ser posible que hubiera olvidado algo tan importante como lo que el médico le había dicho? ¿Cómo iba a olvidar que tenía un marido?

–Estoy segura de que no estoy casada –le dijo a la enfermera, tal y como había hecho el día anterior ante el resto del personal del hospital–. Nunca he estado casada –añadió.

Sin embargo, mientras hablaba, no pudo evitar sentir una ola de pánico caliente que la recorría por dentro. Había visto esa marca de piel pálida en el dedo anular de su mano izquierda. ¿Cuándo había ocurrido eso? ¿Cómo? ¿Por qué?

Había hecho preguntas, pero los sanitarios se habían limitado a fruncir el ceño y habían hecho toda clase de anotaciones. Después se habían sucedido las llamadas a especialistas y finalmente le habían dicho que tenían que hacerle un escáner cerebral, lo cual no podía realizarse en ese pequeño hospital de la Australia profunda.

Tenían que trasladarla a un centro más grande.

Todo había sido tan confuso. Había sentido tanto miedo que al final se había echado a llorar y el médico le había tenido que recetar

un calmante. Evidentemente la pequeña pastilla blanca también la había hecho dormir profundamente, puesto que ya era por la mañana. Y el hombre que decía ser su esposo, al parecer, había tenido que recorrer una larga distancia en coche, la distancia que separaba el hospital de su granja.

En cualquier momento entraría en la habitación…

¿Qué podía esperar? ¿Qué esperaría él?

Carrie se preguntó qué aspecto tendría. A lo mejor debería buscar un peine entre los objetos de aseo personal que le había proporcionado el hospital. ¿Pero por qué iba a molestarse en aparecer presentable ante un hombre al que no conocía?

La curiosidad le ganó la batalla. Agarró el pack de higiene y encontró un peine y un espejo. Era tan pequeño que solo podía verse por partes, pero tenía una especie de rozadura en la frente y un moratón azulado que ya empezaba a ponerse negro. Parecía estar igual que siempre, pero cuando se pasó el peine por el cabello se dio cuenta de que ya no llevaba su corte bob de siempre, sino que el pelo le llegaba hasta los hombros.

¿Cuándo había ocurrido eso? Además, lo tenía de color castaño oscuro. Ella siempre se arreglaba el pelo con Gavin, el estilista más prestigioso de Crown Street. Él le hacía las mechas rubias y cobrizas.

Cada vez más desconcertada, Carrie oyó unos pasos que se acercaban por el pasillo.

Eran firmes, sin duda masculinos.

El corazón se le aceleró. Guardó el peine y el espejo en la bolsita y entonces, de repente, comenzó a sentir un sudor frío. ¿Se suponía que ese hombre era su esposo, Max Kincaid?

¿Acaso le recordaría cuando le viera?

¿Acaso podría recordar algo?

Cualquier cosa…

Contuvo la respiración a medida que los pasos se aproximaban a la habitación. El visitante se detuvo un instante frente al umbral. Era alto. Tenía la piel bronceada, como si pasara mucho tiempo expuesto al sol. Su cabello era abundante y grueso, de color castaño oscuro, y lo llevaba muy corto. A pesar de su estatura, era evidente que tenía la constitución de un futbolista; unas espaldas impresionantes, caderas estrechas y unos muslos contundentes. Sus ojos eran de un color azul intenso, capaces de atravesar con una mirada fugaz. Carrie nunca había visto unos ojos como esos. No podía dejar de mirarle. Llevaba unos vaqueros desgastados y una camisa de cuadros de color azul claro. No se había abrochado el último botón y la llevaba remangada. El efecto global era definitivamente rural, pero, sin duda, llamaba mucho la atención.

Max Kincaid resultaba, de hecho, curiosamente atractivo. Pero

Carrie nunca le había visto hasta ese momento, y eso era una locura, una completa locura. Era uno de esos hombres que serían imposibles de olvidar.

–Hola, Carrie –dijo, con una voz profunda y agradable, y entonces dejó una bolsa de cuero marrón en el suelo, junto a la cama.

Carrie no le devolvió el saludo. No podía hacerlo. Era como admitir algo que no podía creer. Sacudió la cabeza sutilmente, en cambio.

Él la observó. Una sonrisa fugaz se dibujó en sus labios durante una fracción de segundo.

–Soy Max.

–Sí –Carrie no pudo evitar hablar con gran frialdad–. Eso me han dicho.

Frunciendo el ceño, él la miró fijamente. Sus ojos, tan azules y brillantes, la traspasaban.

–¿De verdad que no me recuerdas?

–No. Yo… –Carrie estuvo a punto de disculparse, pero se detuvo justo a tiempo.

Max Kincaid no parecía tener un aspecto arrolladoramente amenazante, pero tampoco estaba lista para confiar en él sin más. No podía quitarse de la cabeza la idea de que tenía que ser un impostor.

Él rodeó la cama y se acercó hasta detenerse junto a la mesita de noche. Carrie permaneció rígida, recostada contra las almohadas. Le observó, estudió su rostro, buscó pistas que activaran el interruptor de la memoria. Se fijó en la forma de sus cejas, el increíble azul de sus ojos, las suaves líneas de expresión que se le formaban a los lados.

Nada le resultaba familiar.

–¿Tienes aquí tus cosas? –le preguntó él en un tono cortés, tocando la puerta de un armario situado junto a la mesita de noche.

Carrie reparó en sus manos. Eran cuadradas, fuertes, algo rudas y con cicatrices. Sin duda debía de trabajar a la intemperie, partiendo ramas, marcando a vacas desgraciadas, o haciendo cualquier otra cosa que hicieran los granjeros. También tenía unos antebrazos musculosos y bronceados, cubiertos por una fina capa de vello aclarado por el sol. Era inquietantemente sexy.

Carrie le miró con el ceño fruncido.

–¿Quieres revisar mis pertenencias?

–Pensé que a lo mejor… si veías tu permiso de conducir, te ayudaría.

Carrie no sabía si su permiso de conducir estaba en ese armario, pero aunque fuera así…

–¿Y cómo voy a saber que el permiso no es falso?

Max Kincaid la miró con un gesto de reproche.

–Carrie, para un poco. Solo quiero ayudarte.

–Adelante. Ábrelo –le dijo ella finalmente en un tono poco amigable.

Max abrió el mueble con la punta del dedo.

«Si realmente es mi marido, entonces esos dedos debieron de deslizarse por debajo de mi ropa, sobre mi piel, alguna vez».

La idea la hizo sentir un escalofrío que la recorrió de arriba abajo. Había algo fascinante en esas manos rústicas, tan distintas a las manos suaves y pálidas de Dave, el contable… el último hombre con el que recordaba haber salido.

Rápidamente, Carrie hizo a un lado esos pensamientos tan turbadores y se concentró en lo que contenía el armario. Había un bolso pequeño de color marrón, sencillo y bastante conservador, nada que ver con su estilo habitual. ¿Era suyo? No lo reconocía.

Con una sonrisa cortés, Max le entregó el bolso. Durante una fracción de segundo, Carrie vio un destello de emoción en sus ojos azules. Bien podría haber sido tristeza, o esperanza.

Carrie bajó la mirada rápidamente, tomó el aliento y abrió la cremallera. Dentro había unas gafas de sol, sencillas y elegantes, con la montura de carey, mucho más conservadoras que las que solía llevar ella. También había un pequeño paquete de pañuelos de papel, una lima de uñas, dos tiques de un sorteo y un móvil con una carcasa plateada. En el fondo del bolso había un monedero de lunares rosados y amarillos.

Carrie contempló el monedero durante unos segundos. Ese objeto sí lo recordaba. Lo había comprado en aquella tiendecita que estaba en la esquina de su casa. Había sido una lluviosa mañana de sábado. Estaba en casa, aburrida, y había salido a ver escaparates. Los colores brillantes le habían llamado la atención y lo había comprado impulsivamente.

Pero no recordaba haber comprado ese bolso marrón tan simple ni el teléfono plateado. De todos modos, si ese móvil era suyo, podía ser su tabla de salvación. Llamaría a su madre y le pediría que averiguara si ese hombre con vaqueros y botas de montar realmente era su marido.

–Tengo que llamar a mi madre.

–Claro. Por supuesto –Max Kincaid encogió los hombros–. Ya la llamé para explicarle lo que había pasado, así que se alegrará mucho de que la llames.

Aquello no era una buena señal. Él parecía demasiado relajado, confiado.

Carrie sintió que el estómago se le encogía. Buscó el número de su madre y presionó el botón de llamada. El teléfono dio timbre durante unos segundos y entonces la llamada fue desviada directamente al buzón de voz. Al menos la voz de su madre sí sonaba tal y como la

recordaba.

–Mamá, soy yo –Carrie intentó mantener la calma al hablar–. Carrie. Estoy en el hospital. Estoy bien, o por lo menos me siento bien, pero… ¿Puedes llamarme, por favor?

Max esperó con paciencia mientras le dejaba el mensaje a su madre. Cuando terminó la llamada, asintió con la cabeza.

–Seguro que Sylvia te llama enseguida.

Sylvia… Max Kincaid sabía cómo se llamaba su madre.

Más nerviosa que nunca, Carrie tomó el bolso de nuevo. Mientras esperaba a que su madre la llamara, lo mejor que podía hacer era comprobar el permiso de conducir de una vez.

«Por favor, que ponga que soy Carrie Barnes».

Había las típicas tarjetas dentro del monedero y la primera de ellas era el permiso. La foto era bastante mala, pero no había duda. Era ella.

Leyó los detalles.

Nombre: Carrie Susannah Kincaid.
Sexo: Mujer.
Estatura: 1,65 cm.
Fecha de nacimiento: 8 de julio de 1985.
Dirección: Riverslea Downs station, Jilljinda, Queensland.

El corazón se le aceleró como un pajarillo sorprendido y el dolor de cabeza la golpeó de nuevo. Apoyó la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos. O se trataba de un gran engaño o el personal del hospital estaba en lo cierto.

Tenía amnesia y había olvidado que estaba casada con Max Kincaid.

–No lo entiendo.

–Tuviste un accidente, Carrie –le dijo él en un tono amable–. Te caíste de un caballo. Te hiciste una herida en la cabeza.

–Pero si recuerdo mi nombre, y el nombre de mi madre, ¿por qué no recuerdo nada más? ¿Por qué no puedo recordarte a ti? Max Kincaid se encogió de hombros, visiblemente incómodo.

–El médico está bastante seguro de que vas a recuperar la memoria.

El problema era que Carrie no sabía si quería recuperarla. ¿Realmente quería saber que todo aquello era cierto? ¿Realmente quería saber que ya no era una chica de ciudad, que vivía en una granja y que estaba casada con ese hombre extraño?

Todo era abrumador.

Quería volver al confort de la vida que conocía y que recordaba. Quería volver a ser esa chica soltera de Sídney que tenía un trabajo

interesante y bien pagado en una agencia de publicidad y que vivía en un coqueto apartamento de Surry Hills. Quería volver a ver sus amigos y pasar las noches de los viernes en Hillier's Bar. Quería ver el fútbol los sábados por la tarde e ir a la playa en Bondi o en Coogee. Quería pasar dos tardes de domingo al mes en casa de su madre.

Resultaba tan raro poder recordar todos esos detalles de su vida en Sídney y no tener ni el más mínimo recuerdo de Max Kincaid al mismo tiempo.

¿Era cierto que vivía con él en el campo?

No podía ser verdad. Ella nunca había sentido la llamada del interior. Sabía lo dura que era esa vida, con el calor, el polvo, las moscas, por no hablar de la sequía, el hambre, los incendios forestales, las inundaciones… No era lo bastante fuerte para soportarlo.

Pero lo más importante era que, si estaba casada con ese hombre, entonces… debía de haberse acostado con él, seguramente muchas veces.

Sin querer, Carrie volvió a fijarse en esas espaldas anchas, en sus manos, en esos muslos macizos cubiertos por la tela del vaquero. Se lo imaginó tocándola, acariciándole los pechos, los muslos. Un calor repentino corrió sobre su piel como un rastro de pólvora.

Durante un segundo, sintió que él le había leído el pensamiento, pues sus ojos azules emitieron un destello inconfundible que hipnotizaba.

No era capaz de apartar la vista de él. Los ojos de Max Kincaid eran formidables, como los de una estrella de cine. De pronto tuvo la sensación de que quería acercarse para besarla, pero él no se movió ni un milímetro.

–Me han dicho que puedes irte ya. Tengo que llevarte a Townsville para que te hagan otras pruebas, más radiografías.

Carrie suspiró.

Él recogió del suelo el bolso que llevaba consigo y lo colocó encima de una silla, junto a la cama.

–Te he traído ropa limpia.

–¿Mi ropa?

Él esbozó una media sonrisa.

–Sí, Carrie. Tu ropa.

Seguramente había rebuscado en su armario, entre sus cosas, en el cajón de su ropa interior… Max Kincaid había invadido su privacidad, o… tal vez solo trataba de ser un marido atento.

–Gracias –le dijo, sin saber muy bien qué opción era la más probable.

–¿Quieres que te ayude?

La mirada de Carrie se posó en sus manos de manera instintiva.

–¿Qué quieres decir?

–¿Te ayudo a levantarte, o a vestirte?

Carrie supo con toda certeza que se había sonrojado sin remedio.

–No, gracias. Me las arreglaré.

–Estaré fuera entonces.

Tras esbozar la más fugaz de las sonrisas, Max abandonó la estancia.

En el corredor del hospital, Max tomó el aliento y lo soltó lentamente, intentando disipar la ansiedad que le comía por dentro desde el momento de pánico inicial vivido el día anterior, cuando se había enterado del accidente de Carrie. Jamás había tenido tanto miedo en toda su vida. En ese momento había conocido la verdadera agonía de amar a alguien y sentir que no podía hacer nada para ayudarla. Había querido subirse al coche e ir directamente al hospital, pero Doug le había hecho detenerse. Carrie estaba dormida y seguramente no iba a despertarse hasta la mañana siguiente.

Afortunadamente, ya estaba fuera de peligro, pero la cruda realidad seguía siendo la misma. Dos días antes, su esposa le había abandonado y de repente no recordaba haberle conocido siquiera.

La situación no podía ser peor, pero sí sabía algo con certeza. No podía resolver nada con Carrie si ella ni siquiera sabía quién era él. Sin embargo, cuidaría de ella hasta que se recuperara del todo. Al fin y al cabo seguían casados, y él seguía amándola, profundamente.

Además, tenía la sensación de que ella también seguía queriéndole. Sentía que ella no había sido del todo sincera respecto a los motivos por los que se había marchado, pero a lo mejor simplemente se estaba haciendo ilusiones. Cuando recuperara la memoria también recordaría sus sufrimientos con todo lujo de detalles.

Con solo pensar en ello, Max sintió un nudo en el estómago, pero al fin y al cabo ya tendría tiempo de preocuparse por eso cuando llegara el momento. Mientras tanto, su papel estaba claro.

Carrie se levantó de la cama con cuidado. Sus pies llegaron al suelo y por fin pudo incorporarse. Se sintió un poco mareada al principio, pero la sensación se desvaneció rápidamente. El golpe que tenía en la cabeza palpitaba de dolor, pero era soportable.

Sacó la ropa que le había llevado Max. Eran unos vaqueros y una camiseta blanca, un sujetador del mismo color y braguitas a juego. También había una bolsa de plástico que contenía unos zapatos, sencillos y planos, de color azul. Todo era de buena calidad y de muy

buen gusto, pero a Carrie le costaba creer que todas esas cosas fueran suyas.

¿Dónde estaban esos colores alegres y vibrantes que siempre había llevado?

Consciente de la presencia del hombre que estaba a escasos metros de distancia, justo al otro lado de la puerta, se quitó la bata del hospital y se puso la ropa interior. El sujetador le encajaba a la perfección, y las braguitas y las prendas exteriores también. De repente se dio cuenta de que había adelgazado un poco. Siempre había tenido problemas para mantener el peso, pero el hospital parecía haberle venido bien para perder unos kilos de más. Se peinó un poco y entonces miró dentro del armario que estaba junto a la cama. Dentro había una bolsa de plástico del hospital con más ropa dentro. Debía de ser la ropa que llevaba puesta el día que había ingresado. Eran otros vaqueros y una camiseta de rayas blancas y azules, unas braguitas blancas y unas botas camperas marrones.

«Vaya, vaya», pensó Carrie.

Se sentía como si toda su vida y su personalidad hubieran sido trasplantadas. La ropa parecía la de una chica de portada de una revista country. ¿Cómo había ocurrido? ¿Por qué había cambiado?

La ansiedad regresó con más fuerza que nunca, apretando los nudos que ya tenía en el estómago. Rápidamente metió la bolsa de plástico y el bolso marrón en el bolso de viaje. Volvió a mirar el teléfono. Su madre seguía sin llamarla.

«Por favor, mamá, llámame».

Necesitaba oír su voz, sentirse reconfortada. En ese momento se sentía como si estuviera en mitad de una absurda película de ciencia ficción. Unos alienígenas le habían borrado parte de la memoria y Max Kincaid formaba parte de su plan malvado para abducirla.

Fue hacia la puerta. Max la esperaba al otro lado.

–¿Todo listo? –le preguntó con una sonrisa cautelosa.

Con cierta reticencia, Carrie se encogió de hombros, pero cuando él le tendió la mano para que le entregara el bolso de viaje, se lo dio sin más.

Avanzaron por el largo corredor del hospital hasta llegar a las oficinas.

–Tiene que firmar aquí y aquí –le dijo la chica del mostrador al tiempo que desplegaba los formularios frente a ella.

Carrie hubiera querido retrasar ese momento. Hubiera querido pedir algún tipo de prueba que le demostrara que el hombre que estaba junto a ella era su esposo.

–¿Veré de nuevo al médico antes de irme?

La chica frunció el ceño y miró los papeles de nuevo.

–La ha estado viendo el doctor Byrne, pero, lo siento. Ahora

mismo está en el quirófano. Pero todo lo tiene aquí, en el parte de alta, y puede viajar sin problema.

–Carrie tiene cita en Townsville –dijo Max.

La chica le sonrió, batiendo las pestañas como si él fuera una estrella de rock que le estaba ofreciendo un autógrafo.

–La cita es a las dos, así que será mejor que nos pongamos en camino.

Carrie se dirigió hacia la puerta y contempló el paisaje que se divisaba más allá del hospital. Había unos cuantos grupos de edificaciones de madera con techos de metal, un diminuto pueblo del interior en tierra de nadie… Un camino asfaltado atravesaba las praderas como una cinta azul, rodeado de gomeros y ganado. El sol caía a plomo sobre la Australia profunda desde un interminable cielo azul.

Carrie volvió a mirar el teléfono. Seguía sin haber ningún mensaje nuevo.

–Carrie… Puedes confiar en mí. Te lo juro. Todo va a estar bien.

Sorprendentemente, Carrie sintió que le creía. Había algo muy sincero y abierto en su rostro. A lo mejor solo era el encanto de un chico de campo, o tal vez necesitaba creer en él a toda costa.

La cruda realidad era que no tenía alternativas. Estaba en mitad de ninguna parte y no tenía más remedio que marcharse con un completo extraño.

Max le abrió la puerta de un cuatro por cuatro polvoriento. Él también estaba nervioso. Era evidente. La agarró del brazo para ayudarla a subir y Carrie sintió que su piel reaccionaba de la manera más absurda con el contacto físico. Ese leve roce había generado un intenso calor que se propagaba por su brazo, llegando a todos los rincones de su cuerpo.

Un momento después, tras dejar el bolso de viaje en el maletero, Max se puso al volante. De pronto, esas espaldas anchas y esos muslos sólidos estaban a escasos centímetros de ella.

–Trata de relajarte –le dijo él, arrancando el coche–. Cierra los ojos y duérmete, si quieres.

Capítulo 3

Unos veinte kilómetros más tarde, la madre de Carrie llamó por fin. El pueblo de Jilljinda ya había quedado muy atrás.

–Qué alivio fue encontrar tu mensaje y escuchar tu voz –le dijo su madre.

–Yo también me alegro de hablar contigo, mamá.

–¿Cómo estás, cariño? ¿De verdad has perdido la memoria?

–Bueno, sí. Parte de ella, al menos. Al parecer, no recuerdo las cosas más recientes. Recuerdo todo lo de Sídney. Te recuerdo a ti y a mis amigos, pero no recuerdo haber conocido a Max, y tampoco recuerdo haber venido a Queensland.

–Qué raro. Debe de ser muy inquietante no ser capaz de recordarlo todo, cariño.

Carrie sintió que el estómago se le caía a los pies. Hasta ese momento había albergado la esperanza de que su madre le dijera que se trataba de un tremendo error, pero ya no quedaba duda alguna. Estaba casada con Max, un granjero del interior.

–Sí, es todo muy extraño. Es raro.

–¿Y Max dice que te caíste de un caballo?

–Al parecer –Carrie no añadió que no recordaba haber aprendido a montar.

La situación ya era suficientemente bizarra y no quería darle más preocupaciones a su madre. Aun así, oyó el suspiro de Sylvia al otro lado de la línea.

–Siempre supe que algo así, horrible, te pasaría allí. Te lo advertí desde el principio. Te dije que no debías casarte con un granjero. Esa forma de vida es demasiado dura y peligrosa, y ahora este accidente me da la razón.

Esas palabras cayeron como un jarro de agua fría y decepción sobre Carrie. Había esperado encontrar algo de consuelo y apoyo en su madre.

–No te sientas mal. Ya casi no me duele la cabeza, pero tengo que ir a Townsville para que me hagan unas pruebas.

–Oh, cielo.

Carrie miró a Max de soslayo. Estaba claro que el ranchero formaba parte de las listas negras de su madre y quería saber por qué. ¿Acaso había hecho algo, o era solo porque era un campesino? Se preguntó si él habría notado lo que le estaba diciendo su madre por teléfono.

–¿Estás en una ambulancia? –le preguntó su madre a continuación.

–No –Carrie habló con cautela–. Estoy con Max. Me va a llevar a

Townsville.

–Oh.

Claramente, aquella exclamación no presagiaba nada bueno y los miedos de Carrie volvieron a azotarla con más contundencia que nunca. Había puesto su vida en manos de un completo extraño.

–Supongo que Max no te ha dicho nada de… Su madre no terminó la frase.

Carrie frunció el ceño.

–¿Nada de qué?

–Oh… Yo… yo… Lo siento. No te preocupes, cielo. He… he hablado sin pensar.

«Mamá, por favor», Carrie casi estuvo a punto de decirlo en alto.

A su lado, Max Kincaid mantenía la vista al frente. Sus brazos fuertes y bronceados asían el volante con firmeza.

–¿Hay algo que deba saber, mamá?

–No, no, cariño. Ahora no. No deberías estresarte en un momento como este. Deberías relajarte y descansar. Llámame de nuevo cuando llegues a Townsville, después de las pruebas.

–¿Pero qué querías decir? ¿Qué es lo que no sé?

–Ya hablamos luego, Carrie. Cuídate, cariño. He pensado mucho en ti y te mando todo mi cariño.

Su madre casi la dejó con la palabra en la boca.

Carrie soltó el aliento lentamente y dejó el teléfono sobre su regazo. El nudo de ansiedad que tenía en el estómago se hacía cada vez más grande.

«Aquí vamos de nuevo. La dragona ha escupido la primera llamarada», pensó Max, preparándose para lo que le esperaba y apretando los dientes para que no se le fuera a escapar el comentario.

A su lado, ella suspiró.

–¿Tengo razón al pensar que suelo sentirme enfadada y frustrada después de tener una conversación con mi madre?

Él le dedicó una sonrisa de empatía, pero ella parecía tan cansada y confundida que en realidad hubiera deseado hacer mucho más que sonreír. Tenía ganas de parar en el arcén y estrecharla entre sus brazos. Quería borrar esas líneas de expresión que veía en su entrecejo. Quería darle un beso en la frente y otro en la punta de la nariz para terminar en sus labios. «Sí. Como si eso fuera a resolver algo…», pensó, desalentado.

–Supongo que ya te has dado cuenta de que no soy el yerno ideal para Sylvia, ¿no? –le dijo, encogiéndose de hombros.

–Mi madre me ha dicho que ya me advirtió acerca de vivir en el campo.

Max asintió con la cabeza.

–Todo empezó en el momento en que nos conocimos.

Jamás hubiera querido referirse a su suegra como «La Dragona», pero tres años de hostilidad deliberada podían llegar a erosionar las mejores intenciones de un hombre.

Carrie le observaba con los ojos muy abiertos.

–Entonces, ¿mi madre fue el inconveniente de nuevo, pero yo me casé contigo de todos modos?

Max se aventuró a esbozar una sonrisa rápida.

–Eras muy testaruda –le dijo, pero la ligereza que había en sus palabras le duró poco.

En realidad solo le había contado la mitad de la historia. Hasta ese momento ella seguía pensando que todo era color de rosa en «Maxcarrielandia». Ese era el nombre divertido con el que solían referirse a su matrimonio en tiempos más felices. Y esa mañana le había asegurado que podía confiar en él, lo cual era cierto, pero el accidente le había dejado caminando sobre una cuerda floja, tambaleándose entre la realidad y lo que podría haber sido.

Mientras conducía por esas tierras de pasto, se preguntaba cuánto debería contarle a Carrie. Era extraño tener que explicarle que se había marchado de casa, que le había abandonado. No quería confundirla y no sabía cuántas novedades podría asimilar, dada su pérdida de memoria.

Sin embargo, aún tenían por delante dos horas de camino hasta llegar a la costa… dos horas de conversación sobre un campo de minas.

–¿Cómo nos conocimos? –le preguntó ella de repente.

Max tragó en seco para aliviar el nudo que se le había hecho en la garganta de repente. Esa era la última pregunta que hubiera esperado en ese momento. Era duro tener que aceptar que ella no recordaba nada de aquel momento que estaba grabado a fuego en su mente.

Le contó la verdad, sin más.

–Nos conocimos en una boda.

Los ojos de Carrie, de un color chocolate intenso, se abrieron.

–¿En serio? ¿La boda fue en Sídney?

–Sí. Fue la boda de una compañera tuya de trabajo, Cleo Marsh. Se casó con uno de mis amigos.

–Dios, recuerdo a Cleo. Era una chica muy divertida, muy fiestera. ¿Y se casó con un granjero?

Max asintió.

–Grant creció en un rancho, pero estudió Medicina y ahora es médico de cabecera en Longreach. Conoció a Cleo durante unas vacaciones en Hayman Island.

–Qué romántico.

–Mucho.

–Yo… yo quisiera… –Carrie comenzó a morderse la uña del pulgar–. Ojalá pudiera acordarme del momento en que te conocí. Max encajó sus palabras como si hubieran sido un golpe en el estómago. A lo mejor debería contarle toda la verdad de una vez y terminar con aquella conversación.

–¿Cómo ocurrieron las cosas, Max? ¿Nuestras miradas se encontraron en una sala llena de gente? ¿O tuviste que ir detrás de mí? –Carrie bajó la vista–. ¿Yo flirteé contigo?

Aunque no fuera una buena idea, Max se permitió revivir la increíble magia de aquella noche; aquel lugar rutilante junto a la bahía, esa primera mirada…

–Bueno, podríamos decir que fueron todas esas cosas.

–Vaya –dijo ella.

No parecía muy entusiasmada con la idea, no obstante.

De pronto soltó el aliento, se echó el pelo hacia atrás y se acomodó en el asiento con los brazos cruzados y los ojos cerrados.

Carrie hubiera querido quedarse dormida. Quería que las horas pasaran rápidamente, terminar lo antes posible con ese tedioso viaje a través de interminables planicies, llegar a Townsville y hacerse las pruebas. Ojalá pudieran darle una droga milagrosa que le devolviera la memoria en un abrir y cerrar de ojos…

O tal vez no.

¿Realmente estaba preparada para la realidad? ¿Quería despertarse y revivir cada segundo de esa vida como esposa de un granjero?

Miró a Max con disimulo de nuevo. Era evidente que Max Kincaid era un hombre rústico. Tenía esa aura de intemperie, pero tampoco podía negar que esos ojos azules y esos músculos desarrollados eran su debilidad.

–¿Llevabas un traje? –le preguntó–. ¿El día de la boda, cuando nos conocimos?

Max pareció sorprendido con su pregunta, casi risueño.

–Supongo que sí –pensó en ello un momento–. Sí. Claro que sí. Fue una boda de tarde, todo muy formal.

–¿Y qué llevaba yo? –Carrie se preguntó si sería capaz de recordar el vestido–. ¿De qué color era el vestido?

Él la miró de reojo.

–No me gusta decirlo así, pero esa pregunta seguramente solo podría hacerla una mujer.

–¿Por qué?

–Podrías preguntarme una infinidad de cosas, pero eliges

preguntarme sobre el color que llevabas esa noche.

Ella arrugó los párpados y le clavó la mirada. Casi se sentía como si estuviera bromeando con él.

–No te acuerdas, ¿no?

–Claro que sí.

–Entonces, dime.

–Era un vestido ceñido con la espalda al descubierto casi por completo, en un tono cobre muy llamativo. Y llevabas mechas del mismo color en el pelo.

Carrie sonrió. No recordaba el vestido, pero sí parecía ser la clase de prenda que ella hubiera escogido. Y siempre le había encantado teñirse el pelo para hacer juego con el traje que llevara.

–¿Nos acostamos esa primera noche? –le preguntó, sintiéndose repentinamente valiente.

Max tragó con fuerza y los músculos de su cuello se contrajeron con violencia.

–¿A ti qué te parece? –le preguntó finalmente unos segundos más tarde.

Carrie se sonrojó. Según recordaba, no tenía por costumbre meterse en la cama de un hombre en la primera cita, pero tampoco recordaba haber conocido nunca a nadie tan sexy como Max Kincaid.

–Bueno… terminamos casados, así que debieron de saltar chispas en algún momento.

Max mantuvo la vista al frente, pero sus manos se aferraron al volante.

–Oh, sí. Hubo chispas.

Había algo en su voz, un rugido casi amenazante, que hizo que la imaginación de Carrie se disparara. De repente se lo imaginaba en aquella recepción de bodas, vestido de traje, quitándose la chaqueta y la corbata, quitándole ese traje de color cobre que al parecer había llevado puesto aquel día…

Silenciada por sus propios pensamientos, Carrie se hundió más en su asiento, cruzó las piernas de nuevo y también los brazos. Era hora de dejar de hacer preguntas. Cualquier tipo de conversación con ese hombre resultaba ser muy peligrosa.

Las pruebas terminaron por fin y Carrie pudo ver al especialista de Townsville. La herida que tenía en la cabeza no presentaba complicaciones y le habían dicho que recuperaría la memoria en algún momento. El médico, sin embargo, no sabía exactamente cuándo ocurriría, y Carrie debía tomar ciertas precauciones.

No podía quedarse sola durante veinticuatro horas y debía permanecer en reposo y evitar cualquier situación de estrés. No podía

beber alcohol ni montar a caballo durante tres semanas, momento en que debía acudir al médico nuevamente para la siguiente revisión.

–Seguro que para entonces ya habrás recuperado la memoria –le había dicho el médico justo antes de que se marcharan.

Eran buenas noticias. Carrie sabía que debía sentirse agradecida y hasta cierto punto era eso lo que sentía. Podía esperar una recuperación completa y tenía un marido que parecía dispuesto a ayudarla de todas las formas posibles.

Pero el problema de sus recuerdos perdidos parecía enorme, como un campo de fuerzas invisible que se interponía entre Max y ella. No le conocía, pero él parecía saberlo todo de ella. No sabía nada de él. Ignoraba las cosas más básicas, como su comida favorita, sus películas preferidas… ¿La amaba?

Esa era la gran pregunta que dominaba sus pensamientos en ese momento. ¿Dónde tenía pensado dormir esa noche Max Kincaid?

Capítulo 4

–He alquilado un apartamento –le dijo Max a medida que el coche remontaba una colina.

Al otro lado se divisaba el mar más azul y rutilante y a lo lejos se veía una isla.

–He alquilado la vivienda para unos cuantos días, por si necesitas tiempo para acostumbrarte antes de regresar a Riverslea Downs.

–Gracias –dijo Carrie–. Es todo un detalle.

Durante el camino que habían recorrido desde el hospital, atravesando la ciudad, Carrie había visto varios centros comerciales, restaurantes, cafés y un par de cines, al menos.

–Si no puedes estar en Sídney, una ciudad grande como Townsville es mejor opción que un rancho remoto –le dijo su madre cuando la llamó para saber cómo estaba.

–Sí. Supongo que sí.

En realidad, Carrie estaba más interesada en saber qué era lo que su madre había estado a punto de decirle en la conversación anterior que habían mantenido por teléfono.

–No me acuerdo –le dijo su madre con contundencia–. Sinceramente, cariño, se me ha olvidado. No debía de ser tan importante.

Carrie estaba segura de que le estaba mintiendo, pero parecía inútil insistir en ese momento.

Una vez colgó, se dirigió a Max.

–Si nos quedamos aquí unos días, ¿quién va a hacerse cargo de tus animales?

Eso le hizo esbozar una sonrisa.

–Los animales pueden cuidarse solos durante un tiempo. Hemos tenido una temporada de lluvias muy buena, así que las presas están llenas y hay muchos pastos. Pero, bueno, Barney está ahí.

Carrie frunció el ceño.

–¿Quién es Barney?

Max parecía llevarse una sorpresa.

–Es un viejo vaquero retirado. Vive en la propiedad. Trabajó allí durante casi sesenta años, para mi padre, y después para mí. Y cuando le llegó la hora de retirarse, no quiso marcharse del rancho, así que vive en una pequeña casa y hace algún trabajo puntual.

–¿Es una especie de empleado de mantenimiento?

Max sonrió.

–Mejor que un perro guardián.

Parecía que Max era muy considerado con antiguos empleados de la familia. Carrie se preguntó si debía hacer una lista con todo lo que estaba descubriendo acerca de su marido.

No tardó mucho en ver que había escogido un apartamento impresionante. Estaba en el cuarto piso de un edificio situado en primera línea de playa, muy moderno y reluciente, con paredes y suelos blancos, y una pulcra cocina con encimeras de granito. El área del salón había sido amueblada con piezas de caña y cojines azules. Grandes ventanales abarcaban toda una pared y daban acceso a un balcón que ofrecía las mejores vistas de las palmeras y de un deslumbrante mar tropical.

–Precioso –dijo Carrie–. No me cabe duda de que este es el lugar perfecto para recuperarme.

Max sonrió y sus ojos azules se llenaron de calidez.

–Eso era lo que esperaba.

Carrie le devolvió la sonrisa de manera tentativa.

–No nos hemos quedado aquí antes, ¿no?

–Sí. Solíamos venir a Townsville unas cuantas veces al año para pasar un tiempo en la ciudad.

Carrie se sorprendió. Parecía un estilo de vida muy agradable… Pero en ese momento la única cuestión que ocupaba su mente era el número de dormitorios.

Miró a su alrededor, nerviosa, contando las puertas del área del salón. Afortunadamente había más de una.

–Este es el dormitorio principal –le dijo Max, siguiendo la dirección de su mirada.

Se dirigió hacia una puerta abierta.

–Ven a ver. No está nada mal.

Sin soltar el bolso de viaje, Carrie le siguió. El dormitorio era enorme. El suelo estaba cubierto por una alfombra color crema interminable y la cama era inmensa, decorada en tonos blancos y azules. Las ventanas, que iban desde el suelo hasta el techo, ofrecían unas vistas increíbles del mar a un lado, y de un lujoso puerto deportivo lleno de yates al otro. Una puerta daba acceso al cuarto de baño, igual de grande que la habitación.

–Precioso –dijo Carrie, sintiendo un calor que le subía por la piel. ¿Acaso Max tendría planeado compartir el dormitorio con ella?

Él estaba a unos metros de distancia y su imponente corporalidad hacía encoger la estancia. De repente una imagen se coló entre sus pensamientos. Él salía del cuarto de baño, mojado tras darse una ducha. Estaba completamente desnudo e iba hacia ella.

Carrie volvió a la realidad de golpe y se dio cuenta de que él la

observaba con atención. La expresión de su rostro sugería que estaba recordando algo del pasado… Ojalá hubiera podido saber de qué se trataba. Ojalá hubiera sabido cuántas noches habían pasado en habitaciones como esa.

–¿Tenías… tenías pensado dormir aquí también? –le preguntó, casi sin aire.

–Se supone que tienes que guardar reposo y estar tranquila, así que pensé que querrías dormir sola, pero… como tú prefieras –su expresión se había vuelto neutra, imparcial, desprovista de toda emoción–. No necesito dormir aquí. Hay otra habitación. Hacemos como tú prefieras.

Carrie tragó en seco.

–Muy bien.

Sonrojada, miró a su alrededor para disimular. La estancia era tan grande como un apartamento entero.

–Me quedo en la otra habitación –dijo él por fin.

Carrie se dio cuenta de que había tardado demasiado en responder. Parpadeó y soltó el aliento que había estado conteniendo.

De pronto se encontró con la sobria mirada de Max, que seguía atravesándola. La mente se le había quedado en blanco, así que se limitó a asentir con la cabeza y entonces regresó al salón. La curiosidad la llevó a inspeccionar la otra habitación. Era evidente que estaba pensada para niños. Era mucho más pequeña y en ella había dos camas demasiado pequeñas para un hombre tan grande y corpulento.

Se volvió hacia Max, que la había seguido hasta allí.

–No vas a estar cómodo aquí. Deberíamos cambiar. Yo puedo dormir perfectamente en una de estas camas, y estoy cansada, así que no me hacen falta las vistas y no…

–Carrie, cálmate –le dijo Max en un tono casi risueño–. Todo está bien. Yo estaré bien aquí.

La piel del contorno de sus ojos se arrugó con una sonrisa.

–Estás convaleciente. Estarás mejor si tienes toda una habitación para ti, y la habitación grande tiene baño dentro.

–Bueno, sí –le dijo Carrie, todavía ruborizada–. Por supuesto.

–Bueno, ahora deberías ir al balcón y disfrutar de las vistas. Te prepararé un té.

Max parecía un cowboy, y no un camarero o un chef, pero le hizo un té sorprendentemente exquisito y no le hizo falta preguntar para preparárselo tal y como le gustaba a Carrie, con muy poquita leche y sin azúcar.

Después también se ocupó de organizar la cena. Hizo un pedido a un restaurante chino cercano, se encargó de ir a buscar la comida y puso la mesa para dos.

Hacía una noche templada, muy agradable, así que encendieron unas velas y tomaron la cena en el balcón. La luz de la luna se reflejaba sobre la superficie del agua y las luces de Magnetic Island parpadeaban a lo lejos. Un yate salió del puerto en ese momento, deslizándose por el agua de la bahía oscura.

Para Carrie la cena a la luz de la luna resultó ser una combinación mágica y su cuerpo comenzó a relajarse paulatinamente. Los nudos que tenía en el estómago se desataban poco a poco. Su curiosidad, sin embargo, no hacía más que crecer por momentos.

–¿Sabes qué hice con mi anillo de bodas? –la pregunta se le escapó de los labios.

En cuanto vio la expresión de Max, sin embargo, sintió que la pregunta había sido desatinada. Su mirada había reflejado sorpresa y después dolor, un profundo dolor que había salido de sus ojos como un destello fugaz.

Tardó unos segundos en contestar, pero cuando habló por fin lo hizo en un tono calmo.

–Tus anillos están en casa, sobre la cómoda.

–Supongo que cuando se vive en el campo es lógico no llevarlos todo el tiempo, ¿no? –Sí. Eso es lo que decidiste.

Carrie guardó silencio un instante. Había algo en su mirada que seguía resultándole inquietante.

–¿Cómo es mi anillo de compromiso?

–Tiene dos diamantes.

–¿Dos? Qué suerte tengo.

Max sonrió.

–Era de mi abuela. Murió poco después de que nos conociéramos, pero ella quería que tú lo tuvieras.

–Oh…

–Tú estuviste encantada de llevarlo. Te caía muy bien mi abuela.

«¿Somos felices?», quería preguntarle, pero no tenía valor suficiente.

Continuaron comiendo en silencio, pero todas esas preguntas que quería hacer siguieron dando vueltas en la cabeza de Carrie.

–¿Tuvimos luna de miel? ¿Fuimos a algún lugar exótico y tropical como este? –le preguntó un rato más tarde, sin poder contenerse más.

–Sí. Tuvimos luna de miel. Fuimos a París –le dijo él, sonriendo.

–¿París?

Atónita, Carrie dejó caer el tenedor sobre el plato.

–¿Yo… yo escogí París?

Él arqueó una ceja.

–Lo elegimos juntos. No sabíamos si ir a París, a Nueva York o a Roma. No éramos capaces de decidirnos, así que echamos las tres ciudades en un sombrero.

–Y entonces escogimos tres veces para sacar la mejor, ¿no?

–Sí –Max frunció el ceño y apoyó los codos en la mesa. Su mirada se había vuelto seria de repente, inquisitiva–. ¿Cómo sabías eso, Carrie? ¿Lo recuerdas?

Ella sacudió la cabeza.

–No. Lo siento. No recuerdo nada de París, pero siempre hacía eso. Desde que era pequeña, siempre que iba a echar una moneda al aire, para tomar cualquier tipo de decisión, lo intentaba tres veces –Carrie se encogió de hombros–. Para asegurarme bien…

–Claro –la sonrisa de Max no le llegaba a los ojos y Carrie sintió que, de alguna forma, le había decepcionado.

Bebió un sorbo de su bebida de lima y limón.

–Sé que va a sonar raro, pero me encantaría que me lo contaras todo. Siempre he querido ir a París, y realmente me gustaría saber qué te pareció. Y no me refiero a la parte de la luna de miel –añadió rápidamente.

La mirada de Max la hizo ruborizarse.

–Me refiero a la ciudad en sí. ¿Te gustó?

Max tardó en contestar. De repente su expresión se había vuelto distante.

¿En qué estaba pensando?

–París resultó ser una maravilla. No podía ser de otra manera. Increíble. O al menos a mí me pareció una maravilla después de haber sobrevivido al viaje en taxi desde el aeropuerto.

–¿Es una locura el tráfico en París?

–Una completa locura.

–¿Dónde nos alojamos?

–En un pequeño hotel en St-Germain-des-Prés.

–Vaya.

–Teníamos una localización privilegiada. Podíamos dar un paseo por el Sena, ir al Louvre, o a Nôtre Dame. El café Les Deux Magots estaba a la vuelta de la esquina y comimos allí varias veces. Era el sitio favorito de Ernest Hemingway, y de Pablo Picasso y muchos otros intelectuales.

Max esbozó una sonrisa cálida.

–Tomamos un vino tinto exquisito y también champán, y comimos tanto foie gras que bien podría habernos dado un ataque al corazón.

–Todo eso suena maravilloso –Carrie cerró los ojos e hizo un esfuerzo por recordar, pero fue en vano–. ¿Y los monumentos?

–¿Los monumentos? –Max levantó ambas manos y se encogió de hombros–. ¿Cómo se le puede hacer justicia a una ciudad como París? Todo era tan hermoso, Carrie… El Sena, los puentes, los parques llenos de flores de primavera, las avenidas flanqueadas por árboles… Todos esos tejados y los chapiteles de las iglesias…

–Entonces, ¿te gustó? –la voz de Carrie no era más que un susurro.

–Sí, me encantó.

Carrie sintió que la piel se le ponía de gallina.

–Y fuimos a París en primavera, ¿no? Era mayo, ¿no?

–Sí. Tú estabas empeñada en ir en mayo.

–Siempre fue mi mes favorito.

–Lo sé.

En ese momento compartieron una sonrisa tentativa.

–No te lo estás inventando, ¿no? –le preguntó ella–. ¿Lo de París?

Max frunció el ceño.

–Claro que no. ¿Por qué me lo iba a inventar?

Carrie encogió los hombros.

–No sé. Es que es tan duro no poder recordar. Si te soy sincera, me duele haber pasado una luna de miel en París y no poder recordar nada.

–Bueno, todo debe de ser muy raro ahora mismo.

Carrie vio su sonrisa bajo la luz de las velas.

–Tu memoria va a regresar, Carrie.

–Sí –dijo ella, consciente de que no podía perder la esperanza.

Después de todo, solo llevaba unas pocas horas sufriendo de amnesia.

«Paciencia, Carrie», se dijo a sí misma.

–Cuéntame más cosas. ¿Tomamos café en esas pequeñas cafeterías a pie de calle, esas que tienen los toldos a rayas?

–Todos los días lo hacíamos. Y a ti te empezó a gustar mucho el chocolate caliente parisino.

Carrie trató de imaginarse cómo sabría. Durante un instante el intenso sabor casi regresó a su boca, pero seguramente la realidad debía de superar al recuerdo en ese caso.

–¿Y nos servían camareros apuestos con servilletas almidonadas encima del brazo?

–Claro que sí. Y hablaban inglés muy bien.

–¿Con un encantador acento francés?

–Sí. Eso también –Max arrugó los párpados. Su sonrisa era juguetona–. Tú estabas encantada con el acento.

–¿Estabas celoso?

Él dejó escapar una pequeña carcajada.

–No mucho. Estábamos en nuestra luna de miel.

La luna de miel…

De repente, Carrie se imaginó en la cama con él; sus cuerpos desnudos, la expectación exquisita…

Pero en realidad no sabía cómo sería tocarle, besarle, conocer la forma de sus músculos, la textura de su piel, sentir cómo se deslizaban sus manos mientras le hacía el amor.

Carrie soltó el aliento de forma pesada.

–Ya es hora de que te acuestes.

–Bueno, ahora me hablas como si fueras mi padre.

–No soy tu padre, sino tu enfermero.

–Sí.

Recogieron los platos y cubiertos y lo llevaron todo dentro. Mientras Max llenaba el lavavajillas, Carrie se dio una ducha en el glorioso cuarto de baño. Max le había metido un camisón de dormir en la maleta, de algodón azul claro, con tirantes finos y un encaje discreto. Parecía que toda su ropa se había vuelto muy elegante y sofisticada, nada que ver con aquella camiseta maxi de color verde y morado que solía ponerse antes de irse a la cama.

Se puso un albornoz grueso que encontró en el armario y regresó al salón para darle las buenas noches a Max.

Él estaba tumbado en el sofá, viendo la televisión con el volumen bajado. Al verla entrar, se puso en pie.

–Gracias por la cena, y por cuidar de mí hoy.

–Lo he hecho encantado –le dijo él.

Una extraña tristeza había velado su mirada mientras hablaba.

Fue hacia ella… Carrie se lo imaginó levantándole el rostro con ambas manos y dándole un beso en los labios. ¿Serían cálidos sus labios? ¿La tomaría entre sus brazos y la apretaría contra su cuerpo musculoso?

–Que duermas bien –le dijo sin más, tocándola en el hombro un instante.

A través del grueso tejido del albornoz, Carrie sintió la presión de sus dedos.

–Buenas noches, Carrie –le apretó el hombro momentáneamente y se apartó.

Eso había sido todo.

Estaba teniendo el mayor cuidado posible con ella y Carrie sabía que debía estarle agradecida por ello. Era eso lo que necesitaba, lo que quería, pero… de alguna forma se sentía extrañamente decepcionada.

–Buenas noches, Max –Carrie esbozó una sonrisa tímida y se despidió con un leve gesto de la mano.

Dio media vuelta y regresó a su habitación.

Max soltó el aliento que había estado conteniendo, apuntó a la pantalla con el mando a distancia y apagó la televisión. Después salió al balcón y dejó que la brisa marina le acariciara el rostro. Tenía un nudo en la garganta y los ojos le escocían.

«Maldita sea», pensó, aunque no lo dijera en alto.

Había estado a punto de dejarse llevar. Carrie parecía tan

vulnerable, en medio de la habitación, con ese albornoz y los pies descalzos. Era tan hermosa.

Hubiera querido tomarla entre sus brazos, intentar reavivar esa llama que los había consumido en días más felices. Hubiera querido mostrarle todo lo que se había perdido.

¿Pero cómo iba a aprovecharse de ella en esa situación? Ya era demasiado tarde. Además, ¿para qué iba a molestarse? Ella recuperaría la memoria en cualquier momento, y con ella regresarían el resentimiento y la amargura.

Sus manos asieron con fuerza la barandilla del balcón. Imaginó el momento en que recuperaría los recuerdos… Casi podía ver cómo se esfumaría la curiosidad, cómo sería reemplazada por cinismo, rabia.

Un suspiro de desesperación escapó de sus labios. Las circunstancias no podían ser más extrañas. Carrie volvía a estar a su lado. Estaba indefensa y le necesitaba.

Pero no tenía elección. Tenía que llegar hasta el final. Mientras ella le necesitara, estaría a su lado y haría todo lo que pudiera para ayudarla, y después capearía la tormenta que sin duda llegaría tarde o temprano.

Finalmente, Carrie se quedó dormida y la noche se esfumó. Cuando abrió los ojos de nuevo una luz tenue se filtraba por las persianas, inundando toda la estancia. Oyó ruidos que sin duda provenían de la cocina. Se oía el silbido de un hervidor de agua y el sonido de tazas sobre la encimera de granito. Debía levantarse y reunirse con Max.

Retirando las mantas, se incorporó.

Justo en ese momento alguien llamó a la puerta.

–¿Sí? –preguntó, agarrando las sábanas.

Max apareció en el umbral. Tenía una taza de té en las manos para ella, pero lo que dejó hipnotizada a Carrie en ese momento fue lo que se podía entrever debajo de los bóxer de color negro y la camiseta blanca que llevaba puestos. Su pecho musculoso quedaba perfectamente definido bajo la tela ceñida.

De repente se dio cuenta de que no se había cubierto con las sábanas, pero ya era demasiado tarde. Él la observaba con atención.

Carrie sintió que los pezones se le endurecían bajo el intenso escrutinio de Max Kincaid, y estaba claro que él lo había notado.

El pulso se le aceleró sin control.

–Pensé que querrías una taza de té.

–Sí. Gracias –Carrie se dio cuenta de que su voz sonaba nerviosa.

Estaba incómoda. La situación la superaba y no sabía cómo resolverla. Rápidamente bajó de la cama y tomó el albornoz que había

dejado sobre una silla cercana.

–Salgo enseguida.

–Como quieras –le dijo él en un tono cortés–. Yo estaré en la cocina.

La expresión de su rostro era una mezcla risueña. Era evidente que sabía por qué estaba tan nerviosa. Sin duda se había dado cuenta del interés lujurioso que había despertado en ella. Era casi como si su cuerpo lo recordara… todo.

Salieron a la calle para desayunar. Max le sugirió que escogiera el sitio y Carrie se decantó sin vacilar por un café con una cubierta construida sobre la orilla del mar.

Un joven camarero con la cabeza afeitada y un pendiente de oro les recibió con una sonrisa radiante.

–Cuánto tiempo sin veros por aquí.

Para sorpresa de Carrie, el hombre dio un paso adelante y le dio dos besos en las mejillas.

–Hola, Jacko –le dijo Max, dándole un efusivo apretón de manos y una palmadita en la espalda–. Me alegro de verte.

–Yo también me alegro mucho de veros a los dos. ¿Cómo estáis?

Carrie tragó en seco. Se preguntaba hasta qué punto conocería al camarero y cuánto podía contarle.

–Estamos bien. Gracias –dijo Max–. La temporada de lluvias ha sido buena, y eso siempre ayuda.

Jacko asintió y entonces miró hacia una mesa situada justo al borde del agua.

–Debí de imaginar que ibais a venir. Vuestra mesa favorita está libre.

–Vaya. Qué oportuno –Max sonrió al sentarse.

Carrie hizo todo lo posible por disimular la sorpresa cuando

Jacko desplegó una servilleta almidonada con gran destreza y se la colocó sobre el regazo.

–¿Voy a buscar la carta? –les preguntó–. ¿O queréis tomar lo de siempre?

Confusa y alarmada, Carrie miró a Max.

–Lo de siempre, por supuesto. No podemos romper la tradición.

Carrie sacudió la cabeza cuando el camarero se marchó.

–No me digas que he escogido nuestro restaurante favorito.

Max volvió a sonreír y sus ojos brillaron de una forma que la hizo sentir un hormigueo extraño.

–Ha sido muy raro. Hay media docena de cafés a lo largo de este paseo, pero tú fuiste directamente hacia este, como si fuera la única opción.

–No recuerdo haber estado aquí antes.

–A lo mejor tu paladar sí que lo recuerda.
Carrie respiró profundamente.
–Bueno, ¿qué es lo que suelo pedir para desayunar?
–Tortitas.
–¿En serio? –Carrie le miró, boquiabierta–. Pero yo… yo pensaba… Siempre he tenido mucho cuidado con los carbohidratos.
–París te curó de ese mal. Siempre que desayunas aquí tomas tortitas de arándanos con nata montada.

Mientras caminaban a lo largo de la orilla, siguiendo una senda que zigzagueaba entre exuberantes jardines tropicales, Max sintió el impulso de tomar la mano de Carrie, de rodearle los hombros con el brazo, tal y como siempre había hecho en el pasado.
La idea de ignorar aquella carta que le había dejado era tentadora; aquella carta en la que le decía que se había cansado de la vida en el campo…
–¿Max?
Carrie se volvió hacia él de repente. Había una tímida chispa de emoción en sus ojos color chocolate.
–¿Cuánto se tarda desde aquí hasta tu casa?
Sorprendido, Max frunció el ceño.
–¿Mi casa?
–Tu rancho, Riverslea Downs.
–Unas seis horas en coche. ¿Por qué?
–Entonces aún tenemos tiempo, si salimos rápido, ¿no?
–¿Quieres ir hoy?
Carrie esbozó una sonrisa llena de incertidumbre.
–Creo que sí. Sí.
Max contuvo el aliento. Aquello no tenía sentido.
–Pero yo pensaba que te gustaba la idea de quedarte aquí un tiempo. ¿No querías ir de compras? ¿Ir al cine tal vez?
Hubiera sido como volver a tener una cita con ella. Era una oportunidad para ganar algo de tiempo antes de que recuperara la memoria.
Carrie se encogió de hombros.
–Seguro que lo de las pelis y las compras estaría fenomenal. Admito que ayer me pareció una idea muy buena –sus labios dibujaron una media sonrisa–. Pero eso no me va a ayudar, ¿no crees? Si me quedo aquí en la ciudad, lo pasaré muy bien, pero no me enteraré de nada importante. No conoceré nada de la vida que llevábamos en el campo.
–No. Supongo que no… –dijo Max, no sin reticencia.
–He pensado que tal vez se me refresque la memoria si estoy rodeada de cosas que me resulten familiares, cosas que veo todos los

días.

Max contuvo un suspiro de desesperanza. Esas cosas cotidianas que tanto ansiaba conocer seguramente no le agradarían una vez recuperara la memoria, o tal vez incluso antes.

–Como te he dicho, a mí no me importa irme o quedarme. El contrato de alquiler del apartamento es flexible, así que… hacemos lo que tú prefieras.

–Gracias, Max. Creo que me gustaría irme… a casa –la palabra «casa» salió de sus labios con timidez.

–Muy bien.

La mirada que ella le dedicó era casi risueña.

–¿Siempre eres tan complaciente?

–Dios, no.

Max no sabía muy bien cómo seguir la broma, así que trató de reforzar sus palabras con una sonrisa.

–Aprovecha mi buen humor mientras puedas.

Capítulo 5

Cuando llegaron a Riverslea Downs ya casi era de noche. Max se desvió de la carretera y tomó un camino de tierra que transcurría a través de un tupido bosque de gomeros.

Aunque había dormido a ratos durante el viaje, Carrie estaba exhausta, pero en ese momento se incorporó, repentinamente despierta y ansiosa por verlo todo. Esa era la tierra de Max, y también la suya propia, si era su esposa.

Era difícil de creer que pudiera ser la dueña de unos terrenos tan grandes. La casa en la que había crecido en Sídney no tenía más que un jardín diminuto delante y un patio trasero.

Los vaivenes del camino le mostraban paisajes interminables, praderas diáfanas en las que pastaba el ganado.

De repente creyó recordar que se trataba de Brahmans.

De vez en cuando divisaba un río, ancho y serpenteante, con playas de arena blanca y riberas rodeadas de beaufortias y melaleucas que inclinaban sus lánguidas ramas hacia el agua.

–Supongo que será muy divertido dar un paseo en canoa por un río tan bonito como este.

–Sí. Lo es –Max esbozó una sonrisa.

–¿Lo hemos hecho? ¿Hemos paseado en canoa?

–Fue una de las primeras cosas que quisiste hacer cuando llegamos. Remamos hasta Whitehorse Creek y pasamos la noche en Big Bend, de acampada.

–Dios mío.

Carrie no recordaba haber ido en canoa en toda su vida, y mucho menos haber acampado, ni siquiera cuando estaba en el instituto.

–¿Y me gustó? ¿Lo disfruté?

–Te encantó –le dijo Max, esbozando otra de esas sonrisas traviesas.

Carrie guardó silencio. Todo resultaba tan extraño… Era como si le estuviera hablando de otra persona, una mujer desconocida que Max Kincaid parecía conocer muy bien. Max Kincaid… Su presencia física era abrumadora. Todo en él llamaba poderosamente su atención, la curva de sus labios, sus ojos azules, con pupilas que parecían arder, llenas de secretos… todos esos recuerdos que su memoria había borrado.

Afortunadamente, poco tiempo después el camino salió de la espesura para volver a transcurrir entre praderas abiertas. Más

adelante se divisaba la casa, rodeada de jardines, arbustos, longevos árboles y, más allá, interminables prados de hierba pálida.

Carrie hizo un esfuerzo por recordar, pero lo único que le venía a la memoria eran fotografías de viejas casas de campo que había visto en revistas.

Por lo que podía ver, la construcción era bastante típica. Las paredes, de madera, estaban pintadas de blanco, el techo era de hierro y había amplias verandas en tres lados de la edificación, decoradas con cestas de helechos que le imprimían un aspecto muy acogedor a la propiedad. Había una mesa y unas sillas a un lado, situadas a la sombra de los árboles.

Más allá de la casa se veía un viejo aserradero y el típico molino del Outback australiano. También había una serie de cobertizos que debían de albergar tractores y otros útiles de labranza, además de una o dos casitas de campo.

De repente, un labrador de color dorado se incorporó sobre la veranda de la fachada y comenzó a mover la cola vigorosamente. Echó a correr y bajó los peldaños, dirigiéndose hacia el vehículo a medida que se aproximaba a la vivienda.

–Qué perro tan bonito –dijo Carrie.

–Es tuya –le dijo Max–. Se llama Clover.

–¿Tengo una perra y la llamé Clover?

Max le dedicó una sonrisa rápida.

–Insististe.

Cuando era pequeña, Carrie tenía un libro favorito que trataba sobre un cachorro llamado Clover. Le encantaba aquel libro y, en ese momento, así, de repente, Clover se había hecho realidad ante sus ojos.

Max detuvo el coche en el camino de gravilla, justo delante de la casa. Clover daba saltos de alegría, moviéndose en círculos, ansiosa por ver a su dueña.

–Tranquila, colega –Max le acarició el cuello, manteniéndola a su lado–. Venimos de un largo viaje y Carrie está muy cansada. No queremos que la tumbes al suelo.

Agradecida por su intervención, Carrie tomó el aliento. Nunca había sido de esas personas que tenían perro, y Clover era grande y parecía decidida a arrojarse sobre ella. Max le abrió la puerta del coche y la tomó de la mano para ayudarla a bajar.

La perra se detuvo y esperó, obediente, mirándola con esos ojos marrones tan grandes y jadeando de la emoción. Movía la cola con locura, como un metrónomo acelerado.

–¿La acaricio?

Un destello de emoción, que bien podría haber sido de dolor, centelleó en la mirada de Max.

–Claro. No es un perro de trabajo. Es tu mascota. La tienes desde que era un cachorrito de seis semanas. Y le encanta que la acaricies entre las orejas –añadió, haciendo una mueca que pasaba por una sonrisa.

–Muy bien…

Carrie sabía que era absurdo ponerse nerviosa por la perra.

Clover tenía un semblante entrañable, en absoluto amenazante. En realidad era casi como si sonriera.

–Hola, chica –dijo, tocándole la cabecita de manera tentativa.

Le rascó un poco el pelo y Clover se lo agradeció lamiéndole la muñeca.

–Te ha echado mucho de menos –dijo Max en un tono muy triste.

–Eso es… muy bonito –Carrie no sabía qué otra cosa decir.

La perra se quedó cerca, empujando contra las piernas de Carrie. Max subió los tres peldaños y cruzó el porche para abrir la puerta de entrada.

Unos segundos más tarde, Carrie fue tras él.

–¿Clover es una perra de casa? ¿Suele entrar?

–Claro, sobre todo cuando hay tormenta. Le dan mucho miedo los truenos, y los rayos.

–Pobrecita –Carrie volvió a acariciarla.

«Creo que me vas a caer muy bien», pensó.

–Normalmente lo que más le gusta es quedarse por aquí, en la veranda, y también le gusta mucho correr por el césped, perseguir cuervos.

Carrie se fijó en las verandas. Había varias sillas tapizadas con lona de rayas blancas y azules, y también había un set de mimbre en una esquina, para cenar en el exterior. Sin duda debía de ser muy agradable cenar allí fuera, contemplando los prados y disfrutando de las vistas de las colinas a lo lejos.

A un lado de la puerta principal había unas botas de montar, polvorientas y muy usadas. Se imaginó a Max regresando a la casa tras montar a caballo, quitándose las botas antes de entrar. En la pared había una fila de ganchos gruesos de los que colgaban sombreros Akubra llenos de polvo, además de un abrigo impermeable color marrón y un chubasquero amarillo. Carrie se preguntó si el chubasquero sería suyo.

La puerta de entrada era de color blanco, con paneles de cristal rojo y azul. Max abrió la puerta de par en par y Carrie vio un largo pasillo que se adentraba en la casa para terminar en una moderna cocina decorada en tonos blancos y color limón, situada al fondo de la casa. Había un espejo enorme en la pared y justo debajo había una mesa sobre la que descansaban un bol de cerámica lleno de cantos rodados y también un elegante jarrón de cristal que contenía lirios

blancos. Carrie tuvo que fijarse mucho para darse cuenta de que las flores eran artificiales.

Todo estaba decorado con mucho gusto, limpio y ordenado.

«Esta es mi casa. Seguramente he pasado la aspiradora y fregado este suelo cientos de veces. Max y yo hemos comido en esta veranda y, sin duda, he preparado muchas comidas en esa cocina», pensó, confundida.

No recordaba nada… y eso resultaba tan decepcionante. Una desesperación repentina se apoderó de ella. En algún lugar de la casa debía de haber algún objeto de su pasado que sirviera para estimular los recuerdos. Tenía que haber algo que pudiera reconocer.

–Adelante. Estás en tu casa –le dijo Max, pero su sonrisa no era capaz de disimular la preocupación que se reflejaba en sus ojos–. Yo voy a buscar los bolsos.

Carrie avanzó por el pasillo, mirando hacia las habitaciones situadas a ambos lados. La mayor parte de los muebles del salón y del comedor eran antiguos, antigüedades en realidad. Daban la impresión de haber pertenecido a varias generaciones. Todos estaban bien cuidados, no obstante, y le aportaban un encanto especial e intemporal a la casa.

Al llegar al dormitorio principal, Carrie se detuvo. Esa era la habitación que había compartido con Max. Allí habían hecho el amor, y con solo pensarlo se quedaba sin aliento.

La estancia era muy acogedora. Las paredes eran blancas, a juego con las finas cortinas que cubrían las ventanas. El suelo, de madera, era de un color miel que resplandecía bajo la luz del atardecer. La cama estaba cubierta con una manta blanca y los toques decorativos de los cojines y las alfombras abarcaban distintos tonos de verde.

El gusto de la decoración, sin embargo, ya había dejado de sorprenderla. Era evidente que la Carrie que era en el pasado había crecido, dejando atrás todos esos colores chillones que le encantaban en la adolescencia y cuando tenía veintitantos años.

Justo cuando entró en el dormitorio, Max apareció con el equipaje. Dejó el bolso de viaje en el suelo, junto a la puerta. Carrie no era capaz de reunir el valor que necesitaba para preguntarle dónde iba a dormir. No podía lidiar con todo el estrés y la indecisión de nuevo. Era más fácil dar por hecho que seguirían durmiendo separados hasta que recuperara la memoria.

–Gracias –le dijo sin más.

–¿Necesitas algo? ¿Quieres una taza de té?

–Me encantaría, Max, pero yo puedo preparármela. No tienes por qué seguir atendiéndome como si fuera una invalida. Seguro que me las arreglaré en la cocina. Tendrás cosas que hacer.

Él asintió.

–Si te las arreglas bien, voy a ir a la casa de Barney a contarle cómo andan las cosas.

–Muy bien.

–La casa está al otro lado del cobertizo de la maquinaria, así que no tardaré mucho.

Carrie asintió, pero en cuanto Max se marchó, comenzó a sentirse extrañamente sola.

El viejo ganadero estaba sentado en el porche de su casa, disfrutando del atardecer mientras remendaba una silla de montar. Su anciano perro pastor estaba echado a sus pies. –Hola –dijo al ver acercarse a Max–. Te vi entrar con el coche.

Dejó la silla de montar en el suelo y levantó la vista hacia

Max. Sus ojos grises tenían una expresión sombría y sus párpados estaban contraídos, como si estuviera intentando comprender la situación.

–¿Cómo está Carrie?

–Bueno, en realidad está bastante bien. Tuve que llevarla a Townsville para que le hicieran unas pruebas, pero parece que la herida de la cabeza no es nada serio. Se siente bastante bien. Solo le duele un poco la cabeza y está muy cansada.

–Qué bueno.

–Sí… El único problema es su memoria. Parece que tiene amnesia.

–¿No recuerda nada?

Max asintió con la cabeza.

–No podía quedarse sola, así que me la he traído conmigo.

El anciano abrió los ojos.

–¿Aquí? ¿A la casa?

–Solo necesita descansar y esperar, básicamente.

Al ver la mirada de Barney, Max dejó escapar un suspiro.

–Sé que la situación es muy extraña, y va a ser complicado durante un par de días. Carrie no recuerda nada de este lugar.

–¿Nada?

–Nada de nada.

–Santo cielo. Entonces, ¿no sabe…? –Barney se detuvo y sacudió la cabeza lentamente.

Su boca hizo una mueca que intentaba ser una sonrisa incómoda.

–¿No sabe cómo andan las cosas entre vosotros?

–No. No me recuerda. Ni siquiera recuerda cómo nos conocimos.

Inclinando el sombrero, Barney se rascó la cabeza. Ese era un signo inequívoco de que estaba completamente atónito.

–Bueno, es increíble –añadió Barney.

Abrió la boca como si estuviera a punto de decir algo más, pero

entonces pareció pensárselo mejor y desvió su mirada hacia el horizonte, escudriñando la distancia. Un surco de preocupación se dibujaba en su entrecejo y sus manos artríticas descansaban sobre sus escuálidas caderas.

–¿Cómo está todo por aquí? –le preguntó Max–. ¿Todo bien?

Barney parpadeó ante el cambio de tema.

–Sí. Claro. Ningún problema, Max. He revisado todos los pozos y las presas y les llevé melaza a esa panda del oeste.

–Muchas gracias, Barney. Buen trabajo. Creo que deberíamos destetar a esos terneros la próxima semana –miró por encima del hombro, en dirección hacia la casa–. De todos modos, será mejor que regrese lo antes posible, por si Carrie necesita algo. Solo quería que lo supieras, advertirte para que estés al tanto de la situación.

–Sí… Gracias, Max.

La expresión grave que reflejaban los ojos grises de Barney se esfumó en una fracción de segundo y fue reemplazada por una sonrisa de oreja a oreja.

–Nunca se sabe, Max. A lo mejor este accidente de Carrie trae algo bueno. –¿Tú crees?

–¿Por qué no? Carrie podría… No sé… Ser como La Bella

Durmiente o algo así. Esto podría salir bien al final.

–Yo no apostaría por ello, amigo.

–No seas pesimista. A lo mejor esto es un regalo de Dios y al final volveremos a veros juntos, como los protagonistas de un cuento de hadas –añadió Barney con un entusiasmo inocente.

Max no pudo contener la risotada sarcástica.

–¿Quieres decir que a lo mejor un día se despierta y se da cuenta de que soy su príncipe?

–¿Por qué no?

El optimismo tierno de Barney era como un cuchillo que se clavaba en el estómago de Max.

–Esta es la vida real, Barney –dijo en un tono sombrío, dando media vuelta.

Carrie estaba cansada, y sabía que debía tumbarse y descansar. El médico le había dicho que debía reposar, pero se encontraba demasiado inquieta, incómoda, ansiosa por explorar el misterio de su nueva casa.

Con su taza de té en la mano, se dedicó a vagar por la vivienda, examinando objetos cotidianos que le resultaban del todo ajenos; utensilios de cocina, armarios, las cosas del cuarto de baño, la canasta de la ropa sucia… Había dos lavamanos, uno con un recipiente que contenía lo necesario para afeitarse, y otro con elegantes recipientes

de gel de color rosa y crema hidratante.

Todo era tan… normal.

Ya de vuelta en el pasillo, se detuvo para contemplar los cuadros de la pared. No había nada destacable en ellos, pero todos eran bastante bonitos. Había varios paisajes y bodegones de frutas tropicales, un jarrón de flores junto a una ventana abierta. Carrie vio que la mayoría de los lienzos llevaban la misma firma.

Marnie Rossiter.

¿Acaso sería un pariente de Max?

En el salón encontró un retrato bastante grande, también pintado por Marnie. En él aparecía un hombre que se parecía mucho a Max. ¿Su padre? ¿Su abuelo?

Hasta ese momento no había encontrado ningún signo contundente que le confirmara su presencia en la casa. Se sentía invisible, como una esposa genérica, de serie.

Una ola de pánico se desató en su interior. A lo mejor todo aquello era un engaño terrible, después de todo.

Max podría haberla secuestrado.

El pensamiento, sin embargo, apenas tuvo tiempo de tomar forma en su cabeza. En cuanto entró en la siguiente estancia, el comedor, se topó con una serie de fotografías enmarcadas que hicieron que el alma se le cayera a los pies.

«Oh, Dios mío».

Carrie se acercó y contempló su propia imagen en el portarretratos. Ahí estaba ella, vestida de novia, avanzando por el pasillo de una iglesia, del brazo de Max Kincaid.

Con manos temblorosas, dejó la taza y tomó la foto para examinarla más de cerca. Había felicidad en su cara, y en la de él también.

Radiantes… Esa era la única palabra adecuada para describir lo que veía en la fotografía de bodas. Un dolor intenso se generó en su pecho, extendiéndose por debajo de sus costillas. Comenzó a sentir mareos mientras contemplaba la instantánea. Ojalá hubiera podido recordar algo, experimentar esa verdad tan evidente que la imagen le mostraba.

Se fijó en otra foto. En ella aparecía llegando a la boda, bajando de un elegante coche negro decorado para la ocasión. Iba del brazo de un hombre alto, de pelo canoso. Él debía de haber sido su padrino en la ceremonia. Su rostro le resultaba ligeramente familiar, pero no era capaz de identificarle. Sin duda no era ningún tío, ni tampoco un viejo amigo de su familia, y ella nunca había llegado a conocer a su padre. Había muerto cuando era un bebé.

Aún continuaba observando la foto cuando oyó que abrían la puerta de la cocina. Sintió los pasos de Max, en dirección al pasillo.

Se detuvo en el umbral y ella se volvió hacia él.

–Hola –le dijo él.

Con solo mirarle, Carrie sintió que el corazón se le aceleraba.

–¿Cómo está Barney?

–Bien. Le expliqué todo lo que pasa. Espera poder verte pronto.

–Muy bien –Carrie señaló las fotos–. Acabo de encontrarlas. Supongo que son la prueba definitiva de que sí pasamos por el altar –le dijo, haciendo un esfuerzo por hablar en un tono ligero.

–Fuiste una novia preciosa, Carrie.

–Tú tampoco estabas nada mal.

Una sonrisa fugaz apareció en los labios de Max, pero no parecía feliz no obstante.

Carrie tomó la foto en la que aparecía acompañada del hombre canoso.

–¿Quién es? ¿Él me entregó en la iglesia?

–Sí –Max se acercó y observó la foto con un semblante serio–

. Es un vecino.

–¿Uno de tus vecinos? –le preguntó Carrie, más confundida que nunca.

–Sí.

–¿Cómo se llama?

–Doug Peterson.

–¿Pero por qué fue él quien me entregó en la iglesia?

Los ojos de Max brillaron, llenos de empatía.

–Carrie, es tu padre.

Capítulo 6

–¿Mi padre? –Carrie sintió que todo el cuerpo le explotaba con el shock.

–Sí –dijo Max, manteniendo la ecuanimidad.

«Pero si yo no tengo padre. Mi padre está muerto».

Todo daba vueltas a su alrededor y las piernas le fallaban. De no haber sido porque Max la agarró a tiempo, se hubiera desplomado en ese momento.

–Oye, poco a poco. Tranquila.

Sus brazos, sólidos como una roca, la sujetaron con firmeza. Carrie se sentía tan indefensa que terminó apoyando la cabeza sobre su hombro. –Deberías tumbarte.

–Pero tienes que aclararme todo esto. ¿Cómo va a ser mi padre ese hombre?

–Poco a poco. Cada cosa a su tiempo.

Sin darle tiempo a reaccionar, Max le rodeó los hombros y, agarrándola por debajo de las rodillas, la tomó en brazos con una agilidad asombrosa. La llevó al dormitorio y la colocó con cuidado sobre la cama.

–Gracias –le dijo Carrie, acomodándose sobre las almohadas–. Estoy bien, Max. Es que ha sido toda una sorpresa. Yo… no entiendo nada.

–Lo sé. Y te lo explicaré.

Se alejó un poco de la cama. Su expresión era de preocupación y comprensión.

–Pero primero déjame que te traiga un vaso de agua.

–No. No hace falta. Acabo de tomar una taza de té – impaciente, Carrie se incorporó y se apoyó en un codo.

La pérdida de su padre siempre había sido un gran agujero negro en su vida y tenía que saberlo todo.

–Háblame de Doug Peterson.

Después de un momento de vacilación, Max se acercó de nuevo y, para sorpresa de Carrie, se sentó en el borde de la cama. Casi le tocaba la pierna con el muslo.

–Ya has pasado por el shock de descubrir que él es tu padre en otra ocasión. Siento que tengas que pasar por ello de nuevo. Ya fue muy duro la primera vez.

Carrie frunció el ceño.

–Entonces, ¿cuándo pasó? ¿Cómo le conocí?

–Doug y Meredith asistieron a la boda de Grant y Cleo, la boda en la que nos conocimos, en Sídney.

–¿Meredith es la esposa de Doug?

–Sí, su nueva esposa. Bueno, ya no es tan nueva. Llevan unos diez años casados. Ella es la tía de Grant.

–Ok… –Carrie apenas empezaba a asimilar los vínculos entre todas esas personas que no conocía–. Entonces yo te conocí a ti y a este hombre que dice ser mi padre la misma noche, ¿no?

Todo sonaba tan increíble.

–Es tu padre, Carrie.

La voz de Max estaba llena de empatía y calidez.

–Tu madre se casó con Doug cuando tenía veintiún años. Ella… digamos… admitió haber faltado a la verdad cuando te dijo que él había muerto.

Carrie se sintió como si acabara de caerse dentro del agujero negro que siempre la había atormentado durante toda su vida. Todos esos años… su padre había estado vivo.

–¿Pero por qué hizo algo así mi madre?

–No lo sé –Max bajó la vista–. Por lo que he entendido, Sylvia se dio cuenta de que había cometido un error poco después de casarse con Doug. No soportaba vivir en el campo. El aislamiento la afectó mucho.

Eso era absolutamente creíble. Su madre siempre había sido una mujer de ciudad.

–Sylvia no quería que supieras de la existencia de Doug. Tenía miedo de que insistieras en visitarle. Creo que tenía mucho miedo de mandarte de vacaciones a su rancho. Siempre he creído que…

Max se detuvo abruptamente.

–Creo que tu madre tenía miedo de perderte. Bueno, en cualquier caso, sea por el motivo que sea, convenció a Doug para que mantuviera las distancias.

–Pero decir que había muerto es algo demasiado radical.

En realidad era cruel, pero Carrie conocía bien a su madre y sabía que todo aquello era verosímil. Recordaba cómo se ponía cada vez que aparecía alguna noticia sobre los ganaderos y el Outback en las noticias.

–Mi madre solía decir que cualquiera que viviera en el campo estaba loco. Decía que no tenían por qué quejarse y pedirle ayuda al gobierno porque ellos mismos habían elegido vivir en esas condiciones.

–Sí. Lo sé.

Max fruncía el ceño y en su boca se dibujaba una rígida mueca.

Carrie se preguntó si acaso le había ofendido.

–Evidentemente yo no estaba de acuerdo con ella –le dijo.

Él guardó silencio, sin mirarla a los ojos.

¿Qué podía significar su reacción? ¿Acaso se había vuelto como su madre en algún momento?

A fin de cuentas, ella también había sido siempre una chica de ciudad.

–Háblame de nosotros.

Los ojos de Max se abrieron. Su sorpresa era evidente.

–¿De nosotros?

–Me encanta ver lo felices que parecemos en esas fotos. ¿Siguen… siguen siendo así las cosas?

Max tragó con dificultad y, durante un momento incómodo, pareció molesto.

–Te voy a ser sincero. Yo te sigo queriendo como el primer día, Carrie.

Ella se estremeció al oír sus palabras. Eran hermosas, pero él no parecía muy contento con la declaración que acababa de hacer.

–¿Y qué pasa conmigo? ¿He sido una buena esposa para ti?

En cuanto las palabras salieron de su boca, Carrie se arrepintió de haberlas dicho. Aquello sonaba tan patético.

–¿Te he hecho feliz?

Con una sonrisa traviesa que rompía el corazón, Max extendió el brazo y deslizó la yema del pulgar a lo largo de su mejilla.

–Me has hecho más feliz de lo que jamás hubiera soñado.

Su sonrisa era tan triste que Carrie casi llegó a sentir una pena profunda. Estaba tan desconcertada. Un suspiro pesado se le escapó de los labios, un suspiro que Max debió de interpretar como una señal.

Lentamente se puso en pie.

–No deberías preocuparte por eso de momento. Tienes que descansar.

Carrie sabía que él tenía razón, pero sin duda podría descansar mejor si lograba que él le dijera aquello tan importante que se había guardado.

–Tómatelo con calma. Te prepararé algo de comer.

Carrie se incorporó de inmediato.

–No tienes por qué atenderme.

–Será algo sencillo. ¿Qué te parecen unas tostadas de queso?

–Oh…

Ese siempre había sido uno de sus snacks favoritos.

–Estaría muy bien. Sí –le dijo con una sonrisa. Casi tenía ganas de besarle–. Gracias.

Él esbozó una sonrisa curiosa a modo de contestación y se despidió con un gesto casi cómico antes de abandonar la estancia. Carrie se preguntó si no sería una vieja broma privada que siempre repetían entre ellos…

¿Cuándo lo sabría todo por fin? ¿Cuándo cobrarían sentido las cosas?

Cuando el teléfono sonó, Max descolgó de inmediato.

–Oh, eres tú, Max –su suegra no hizo esfuerzo alguno por esconder la decepción que acababa de llevarse–. Quería hablar con Carrie.

–Está descansando, Sylvia. Me temo que el viaje la ha agotado mucho.

–Por supuesto que sí. No me puedo creer que te la hayas llevado en su estado.

Max hizo una mueca.

–Fue Carrie quien decidió regresar a casa.

–¿A casa?

La voz de Sylvia rezumaba desprecio.

–Estoy segura de que Carrie ya no piensa en Riverslea Downs como su casa.

Max se tragó la palabrota que estaba a punto de brotar de sus labios justo a tiempo. La paciencia ya se le había agotado.

–Pero lo más importante ahora es si mi hija está en condiciones de tomar decisiones sensatas.

Max ya se había hecho esa pregunta, pero no estaba preparado para darle la razón a la madre de Carrie.

–Carrie parece estar perfectamente lúcida.

Sylvia soltó el aliento con soberbia.

–Bueno, yo no aseguraría nada. Esta situación me tiene bastante preocupada.

Eso no era precisamente una sorpresa para Max. La preocupación de Sylvia había empezado en el momento en que Carrie le había conocido. Y después, cuando Doug Peterson había entrado en la ecuación, el drama de la madre de Carrie había llegado hasta el punto de hacerla pasar una noche en el hospital. Por aquel entonces, Max había sentido pena por ella, pero esa empatía se había esfumado con el tiempo. Sylvia había puesto a prueba su paciencia demasiadas veces a lo largo de los años.

–Sylvia, por favor, te agradecería que no le dijeras nada de esto a Carrie cuando hables con ella. No creo que ayude ahora mismo.

Max oyó un suspiro inconfundible al otro lado de la línea.

–Y yo te agradecería que no me dieras lecciones de cómo hablar con mi propia hija.

Como no tenía nada apropiado para decir en ese momento, Max guardó silencio.

–Creo que lo correcto es ser sincera, y hay algo que tengo que decirte, Max. Te voy a ser muy clara.

–Soy todo oídos.

–No te hagas el gracioso. Estoy preocupada por Carrie. Me preocupa que quieras aprovecharte de esta situación.

Esa vez, Max apretó los dientes hasta sentir dolor.

–¿Qué demonios estás insinuando, Sylvia? ¿Crees que tengo pensado seducir a Carrie mientras sufre de amnesia?

–Bueno… sí. Esa es mi preocupación. Carrie está muy vulnerable ahora mismo.

–Soy consciente de ello –le dijo Max con frialdad–. Y te pido, por favor, que reconozcas que todo lo que he hecho ha sido por el bien de mi esposa.

–Bueno, sí, pero resulta que sé…

Sylvia hizo una pausa y Max sintió que una nueva tensión se apoderaba de él. ¿Acaso sabía su suegra que Carrie tenía pensado dejarle?

Se oyó un suspiro pesado al otro lado de la línea.

–Confío en que mantendrás tu palabra entonces –dijo Sylvia, aunque en realidad no sonaba muy satisfecha.

–Le diré a Carrie que has llamado y que le mandas muchos besos.

–Gracias. Llamaré de nuevo mañana por la mañana.

Soltando el aliento, Max colgó el teléfono. Sylvia siempre le había odiado porque se había llevado a su hija de la ciudad.

Pero él no era culpable de nada. Por aquel entonces, Carrie estaba deseando marcharse de Sídney. Con aquellos ojos oscuros, llenos de ilusión, incluso había llegado a decirle que estaba dispuesta a seguirle hasta el Antártico, hasta la cima del Everest o a Tombuctú, con tal de estar junto a él.

Sylvia no había soportado aquello…

Max recordó de nuevo la única vez que su suegra había ido a visitarles a Riverslea Downs. Apenas había salido a la calle.

Durante esos cinco días lo único que había hecho era sentarse en el salón o en el porche, vestida como si esperara una visita de la reina.

Max apretó los labios. Sylvia siempre había sido una nube negra que pesaba sobre su matrimonio, pero a eso se había añadido algo mucho peor. Carrie parecía haber seguido los pasos de su madre, alejándose de él.

«¿Te he hecho feliz?».

La pregunta que Carrie le había hecho ese mismo día retumbó en su cabeza… Le había dicho la verdad, sin más. Ella le había convertido en el hombre más feliz del mundo. Durante dos años y medio habían sido felices. Habían trabajado juntos en la finca. Eran compañeros de camino y amantes apasionados.

Y era por ello que no quería contarle el resto de la historia. No quería contarle que parecía haber perdido ese amor por la tierra que

derrochaba al principio. No quería decirle que apenas unos días antes le había pisoteado el corazón con unas botas de clavos.

La tenue luz del alba se coló a través de las blancas cortinas. Sumida en un trance intermedio entre el sueño y la vigilia, Carrie yacía en la cama, mirando a su alrededor. Sentía que todo le resultaba familiar y durante una fracción de segundo casi llegó a sentir que lo recordaba todo, pero entonces…

Se incorporó y localizó algo de ropa limpia en el armario empotrado. Escogió unos vaqueros y un polo de color lavanda y se vistió rápidamente. Siempre había pensado que el lavanda era para las señoras mayores, pero cuando se miró en el espejo se sorprendió al ver lo bien que le sentaba el color. Mientras buscaba entre los pendientes de un pequeño cuenco de cristal verde, reparó en un soporte de cristal para anillos que estaba justo detrás. Sobre él descansaba una sencilla alianza de oro y un anillo de compromiso algo anticuado, con dos diamantes y una banda muy fina, gastada.

Ese debía de ser el anillo de la abuela de Max.

Carrie se probó las dos piezas. Le encajaban a la perfección. Extendió la mano y se miró los dedos. Una vez más, se preguntó por qué se los había quitado cuando había salido a montar.

De repente Clover entró en la habitación, saludándola con un movimiento frenético de la cola.

–Oh, buenos días, chica de oro preciosa –Carrie acarició a la perrita–. ¿Me has echado de menos? –le preguntó, rascándole las orejas.

Se agachó para contemplar su carita mientras la acariciaba.

–Tú sí que debes de saber la verdad, Clover. ¿Max y yo somos felices de verdad? Ojalá pudieras hablarme.

Clover se puso boca arriba para que le rascara la barriga y Carrie se echó a reír.

–Te llevaré a dar un paseo luego. ¿Quieres?

La perra comenzó a moverse de la emoción. Estaba claro que sí entendía todo lo que Carrie le decía.

Tras darle un toquecito final detrás de las orejas, Carrie se dirigió hacia la cocina, donde encontró una nota escrita a mano.

Hola Carrie. Tuve que irme pronto para hacer unas cuantas cosas. Volveré pronto, pero desayuna cuando quieras. Todo está en el frigorífico y en la alacena. Me he llevado el teléfono satelital y te llamaré a las ocho y media. Si me necesitas antes, llámame. El número está junto al teléfono. Por cierto, ha llamado tu padre. Nos ha invitado

a comer el domingo. Un beso. Max.

No tenía sentido, pero Carrie sintió que el alma se le caía a los pies. Se había ilusionado demasiado con la idea de encontrar a Max en la cocina, esperándola para darle los buenos días.

Seleccionó una bolsita de té y puso a hervir el agua. Mientras tanto, abrió las puertas de la alacena para ver qué podía desayunar.

El espacio era casi una habitación aparte, lleno de estanterías y muy bien ventilado. Había paquetes de harina, azúcar, toda clase de latas de alimentos, briks… Carrie supuso que era necesario almacenar gran cantidad de cosas, teniendo en cuenta la distancia hasta el supermercado más próximo.

Tomó un tarro de cristal. La etiqueta parecía haber sido impresa de manera casera. Carrie K's Spicy Tomato Chutney, decía.

El diseño tenía un aspecto bastante profesional, con un pequeño dibujo en blanco y negro de un gomero y la dirección de Riverslea en letra pequeña.

–Dios mío.

¿Carrie K? ¿Cuándo había aprendido a preparar mermeladas y conservas?

«Por favor, no puede ser que me haya convertido en una artesana doméstica».

Intrigada, escogió un tarro de mermelada de mango y puso un poco sobre una tostada. Estaba deliciosa…

Cuando iba por la segunda tostada, el timbre del teléfono reverberó en la casa silenciosa. Sobresaltada, Carrie fue a contestar.

–¿Hola? –dijo, tentativamente.

–Carrie.

–Ah, hola –de repente sintió que se quedaba sin aliento.

Oír esa voz profunda al otro lado de la línea le afectaba demasiado.

–¿Cómo estás?

–Bien, gracias. Pero no hay novedades en mis recuerdos.

–Muy bien. De acuerdo… Tengo unas cuantas cosas pendientes que hacer aquí. Si no te importa, voy a tardar una hora más aproximadamente.

–No hay problema, Max. Yo me quedo por aquí. Oh, una cosa. ¿Ya le has dado de comer a Clover?

–Sí.

A Carrie le pareció que su pregunta le había hecho gracia.

–En principio ya no tendría que pedir nada más por hoy.

–Muy bien. Gracias.

En cuanto colgó, marcó el número de su madre.

–Max me ha hablado de Doug Peterson, mamá –le dijo, yendo al

grano tras los saludos iniciales.

–Oh.

–Vamos a comer a su casa el domingo.

Su madre guardó silencio.

–No me puedo creer que me dijeras que había muerto.

–Carrie, ahora no es buen momento para hablar de eso.

–¿No es un buen momento?

–Es complicado y demasiado doloroso para mí. Ya sabrás la historia completa cuando recuperes la memoria.

–¿Es eso todo lo que puedes decirme? ¿Que espere hasta recuperar la memoria?

–Lo siento, cariño. No creo que sea buena idea remover las cosas. Doug y tú os lleváis bien, y eso es lo único que importa de momento.

Desanimada, Carrie se despidió de su madre y colgó. Se preguntó si Doug Peterson era el motivo por el que su madre parecía tan incómoda todas las veces que había hablado con ella.

Miró a su alrededor, preguntándose qué podría hacer para mantenerse ocupada. ¿Qué hubiera hecho en un día normal?

Lavó la taza y el plato que había utilizado, hizo la cama y decidió salir a dar un paseo con Clover.

Agarró un sombrero que colgaba de los ganchos que estaban junto a la puerta principal y tomó una senda que bordeaba dos praderas y un corral. Las urracas graznaban desde los árboles que flanqueaban la ribera del arroyuelo y un grupo de cotorras voló de repente sobre su cabeza.

Carrie se llenó los pulmones de ese aire que olía a eucalipto. De repente se sentía revitalizada, con la energía renovada.

–¡Hola!

Carrie se giró de golpe al oír esa voz inesperada proveniente de la pradera. Era un hombre mayor, medio calvo, vestido con la ropa típica del Outback; unos vaqueros, una camisa de algodón de manga larga y un sombrero Akubra.

Tenía que ser Barney.

–Buenos días –le dijo Carrie, yendo a su encuentro y ofreciéndole la mano.

–Buenos días, Carrie. Soy Barney Ledger.

–Eso pensé.

Tenía ese aspecto curtido de alguien que había pasado toda la vida a la intemperie, pero los ojos le brillaban y tenía una sonrisa cálida y gentil.

–Me alegro de que hayas vuelto a casa, sana y salva –le dijo, estrechándole la mano.

–Gracias. Yo también me alegro de estar aquí, creo. Es un poco raro no poder recordar nada.

–Sí. Supongo que sí.

El rostro de Barney se convirtió en una masa de arrugas a medida que su sonrisa se hacía más grande.

–Pero, bueno… ya sabes lo que dicen… No hay mal que por bien no venga.

–Sí, bueno… Al menos ya se me ha quitado el dolor de cabeza.

–Esa es una buena noticia. Sé que ahora mismo debes de estar muy confundida, Carrie, pero creo que estoy en lo cierto cuando te digo que tu marido, Max, es muy buen tipo. Es el mejor hombre que podrías encontrar.

La sinceridad de su elogio hacia Max conmovió a Carrie profundamente. No sabía muy bien qué decir, así que se limitó a asentir con la cabeza.

–Él cuidará de ti.

Había algo en sus palabras que la inquietaba. Era como si estuviera preocupado por Max, como si temiera que ella pudiera decir o hacer algo que le hiriera.

–Max me ha cuidado muy bien hasta ahora. Se lo agradezco mucho.

–Me alegro –Barney volvía a sonreír–. Y si alguna vez necesitas algo mientras Max esté en el trabajo, no tienes más que llamarme. Marca el seis en el teléfono y ahí estaré. Es la extensión de mi casa.

–Sí. Lo haré. Gracias. Max me dejó una nota junto al teléfono donde me lo explicó todo.

–Bien –Barney señaló una pequeña casa de campo situada justo detrás de ellos–. Yo estoy ahí. Ven a tomarte una taza de té conmigo cuando quieras.

–Gracias, Barney –miró a Clover–. Le prometí a Clover que iríamos a dar un paseo.

–Muy buena idea –levantó una mano para despedirse–. Nos vemos, y ya sabes dónde encontrarme si me necesitas.

–Estupendo. Gracias de nuevo por acogerme tan bien.

–Por supuesto que sí, cielo. Esta es tu casa.

–Sí, pero me llevará un tiempo acostumbrarme.

Carrie se quedó observándole un momento mientras se alejaba.

–Vamos al arroyo, Clover. Tengo ganas de explorar un poco.

Cuando Max regresó a la casa, Carrie no estaba. Miró en todas las habitaciones, para asegurarse, pero detrás de cada puerta se encontraba con una estancia vacía.

A medida que revisaba la casa, un nudo comenzó a formarse en su estómago. Se temía lo peor. Corrió hacia la veranda de la entrada. Clover tampoco estaba, lo cual significaba que al menos no estaba

sola. Y no faltaba ningún vehículo, así que no podía haber ido muy lejos. Situándose en el peldaño más alto, puso las manos a cada lado de la boca y silbó con todas sus fuerzas.

–¡Cooee!

Casi de inmediato se oyó un ladrido. El sonido provenía del arroyo. ¿Qué estaba haciendo Carrie allí? ¿Acaso se había perdido? ¿Se habría caído?

Max bajó los peldaños de un salto y echó a correr, pero justo cuando estaba a medio camino del arroyuelo se detuvo en seco.

Dos siluetas se acercaban en sentido contrario.

Carrie y Clover.

–¡Hola! –exclamó ella al acercarse.

Sonreía, y los ojos le brillaban. De repente parecía haber vuelto a ser la Carrie de antes.

–Espero que no te hayas preocupado por nosotros.

Max se encogió de hombros, restándole importancia a la situación. Se preguntaba si le habría visto correr como un loco. –Sabía que no podías haber ido muy lejos.

–Hemos dado un paseo estupendo, ¿no es así, Clover? –se agachó para acariciar a la perra–. La zona del arroyo es un sitio precioso. Y va a estar aún más bonito dentro de un mes, cuando florezcan las mimosas.

Max sintió ganas de darle un beso. Quería saborear esos labios maravillosos, deslizar las manos sobre las curvas de su cuerpo.

–Todo está muy bonito. Sí. Hemos tenido una temporada de lluvias muy buena.

Carrie se rio.

–Y ahora creo que sé por qué estoy tan delgada. Es por todo el ejercicio a la intemperie que he hecho –le miró con unos ojos expectantes, como si esperara que él se lo confirmara.

–Claro –dijo Max rápidamente.

No quería decirle la verdad. No quería contarle que toda su fascinación por el campo, por esa forma de vida, había menguado hasta quedar en nada en los seis meses anteriores.

–Conocí a Barney. Te tiene mucho aprecio.

Max frunció el ceño. Debería haberle dicho a Barney que mantuviera la boca cerrada.

Se volvieron hacia la casa y echaron a andar.

–Bueno, ¿qué has estado haciendo, Max? –le preguntó Carrie de repente en un tono muy amigable.

Durante una fracción de segundo, Max llegó a creer que iba a agarrarle del brazo mientras andaba.

–Le llevé melaza al ganado que está en las zonas de pasto más retiradas. Después arreglé una verja, comprobé las presas y los

abrevaderos.

Max la miró. Esperaba que su sonrisa se desvaneciera, que su rostro se contagiara de ese aburrimiento al que ya se había acostumbrado.

Ella, sin embargo, se volvió hacia él con otra sonrisa cálida.

–Me gustaría acompañarte un día y ver cómo trabajas con el ganado.

Capítulo 7

Max salió de los corrales al atardecer. Con unos vaqueros polvorientos y una camiseta vieja, era el hombre más sexy que Carrie había visto en toda su vida. Sonriendo, le mostró una cesta de picnic llena de cosas.

–De repente me dieron ganas de acampar. Pensé que podríamos hacer una hoguera junto al arroyo. He traído salchichas –añadió al ver su rostro de sorpresa–. Pensé que Clover también podía venir.

Max parecía cada vez más atónito.

–¿Ha sido una mala idea?

–No –Max encogió los hombros rápidamente–. ¿Por qué no? Suena genial la idea –añadió, esbozando una sonrisa lenta.

Carrie había estado a punto de sugerir que invitaran a Barney también, pero al ver esa sonrisa sexy cambió de opinión. Después de todo, su objetivo era llegar a conocer mejor a su marido.

Había encontrado el sitio perfecto para acampar durante el paseo de la mañana, junto a una cala de arena situada en un meandro profundo del río. Juntos recogieron algo de leña para hacer la hoguera y Max consiguió prender una buena llama mientras ella le lanzaba trocitos de ramas a Clover para que fuera a buscarlas.

–Estoy segura de que te la has ganado –le dijo Carrie después, ofreciéndole una lata de cerveza.

–Gracias –le dijo él, abriéndola–. ¿No te vas a tomar una?

–Se supone que ahora no puedo.

–Claro. Lo siento. Se me olvidó de pronto –Max hizo una mueca al darse cuenta de lo que acababa de decir–. Vaya. Lo siento.

Ambos se rieron y entonces, de repente, durante una breve fracción de segundo, Carrie creyó recordar haber pasado una noche como esa con él en algún momento, casi en ese mismo lugar. Pero la sensación se esfumó en un abrir y cerrar de ojos.

Carrie se preguntó si ese era el comienzo, si recuperaría así la memoria, a través de pequeños destellos en forma de déjà vu. Pero no quería pensar demasiado en ello. El entorno era mágico y hacía una noche maravillosa. La superficie del agua era un plato llano y podía ver los blancos troncos de las melaleucas reflejados en ella.

Las salchichas y la cebolla cortada no tardaron en comenzar a freírse en la sartén y un olor delicioso empezó a invadir el ambiente. Carrie se sorprendió observando a Max, disfrutando de cada uno de sus movimientos mientras avivaba el fuego con más leña. De repente,

él empujó un trozo ardiente de leña con la punta del pie, devolviéndolo al montón de la hoguera del que había caído. Después se agachó y les dio la vuelta a las salchichas.

–Ya casi están.

–Estupendo –dijo Carrie–. He preparado una ensalada.

–¿Ensalada? –la expresión de Max era de sorpresa y estupefacción–. ¿Cosas verdes?

–¿No te gusta la ensalada?

Max se rio a carcajadas.

–Claro que sí. Pero no hay nada que pueda compararse a una salchicha con cebolla frita con salsa de tomate y pan.

Cuando sonreía así, Carrie era incapaz de llevarle la contraria.

Se quedaron a la orilla del arroyuelo, disfrutando de la luz y del calor que daba la hoguera y contemplando la trayectoria de la luna en el firmamento nocturno.

Carrie, que había comido salchichas hasta el hartazgo, permanecía sentada con las rodillas recogidas, mirando a Max de vez en cuando con disimulo.

–Te pedí matrimonio aquí –le dijo él de repente.

Carrie contuvo el aliento y sus ojos se llenaron de lágrimas inesperadas. Trató de imaginarse lo que debía de haber sido el momento más romántico de toda su vida.

–¿Cómo… cómo fue? ¿Qué… qué me dijiste?

Max se volvió hacia ella y sus ojos emitieron un destello azul.

Sonrió y entonces sacó una ramita de entre las ascuas. La punta estaba al rojo vivo.

–No fue nada del otro mundo. Escribí algo en el aire.

Comenzó a escribir en el aire con la rama como si fuera una varita mágica, dejando un rojo rastro de fuego a medida que movía la mano. Las chispas dibujaron las palabras por sí solas y Carrie leyó.

Cásate conmigo, decía.

–¡Vaya! ¡Es increíble! ¿Y yo escribí mi respuesta también?

–Sí.

–Supongo que dije que sí, ¿no?

Max asintió con la cabeza y dejó caer la ramita en la hoguera. Se encogió de hombros y entonces suspiró.

–¿Desde cuándo vive aquí tu familia? –le preguntó Carrie. De repente sentía que debía conducir la conversación hacia un camino menos incómodo.

–Desde hace más de un siglo. Los Kincaid llevan cinco generaciones en Riverslea Downs.

–Vaya.

Carrie permaneció en silencio durante unos segundos.

–Entonces, ¿el apellido de la familia siempre ha sido Kincaid? ¿Nunca se quedaron sin hijos varones?

Max metió una rama entre las ascuas, haciendo que saltaran chispas.

–Hasta ahora no.

–Bueno, cuánta presión para mí. ¿Yo llevaba bien la idea de tener un hijo? –Carrie se sujetó las rodillas con fuerza mientras esperaba la respuesta de Max.

–La última vez que hablamos de ello me dijiste que sí querías, que lo deseabas –le dijo, manteniendo la vista fija en la hoguera.

«La última vez que hablamos de ello…».

La elección de palabras generaba más preguntas que respuestas, pero Carrie prefirió no insistir en el tema.

–Bueno, ¿tienes hermanos?

–Dos hermanas –el rostro de Max se relajó de inmediato y una sonrisa apareció en sus labios–. Jane es fisioterapeuta. Se casó con un abogado en Brisbane. Sally es periodista y trabaja en Inglaterra.

–Qué bien –Carrie deseó poder recordarlas.

Ella era hija única y la idea de tener cuñadas era lo más cerca que podía estar de tener hermanos propios.

–¿Y tus padres?

–Los dos viven y están muy bien. Se fueron a vivir a Sunshine Coast, poco después de nuestra boda.

–¿Y yo me llevaba bien con ellos?

–Sí –dijo Max.

Su rostro, sin embargo, estaba en sombras, así que Carrie no podía ver su expresión.

–Los dos te quieren mucho.

Su voz sonó como si le faltara el aire. Carrie sintió que la piel se le erizaba.

–Me alegra saberlo.

–Mis padres ya tenían que retirarse. Y querían dejarme, dejarnos, todo esto, para que pudiéramos vivir nuestra vida con libertad, para que pudiéramos tomar nuestras propias decisiones sobre la finca y el negocio. Aún vienen de vez en cuando. La última vez fue por Semana Santa.

–Oh.

La pérdida de memoria era como una pared de hormigón con la que se topaba una y otra vez. A lo mejor ya había hecho demasiadas preguntas esa noche.

La conversación quedó interrumpida cuando Carrie se puso a recoger y a guardarlo todo en la cesta. Mientras tanto, Max apagó la hoguera y echó agua encima de las ascuas. Esa noche había puesto a prueba su fuerza de voluntad.

Ella parecía tan feliz. De repente había vuelto a ser la Carrie con la que se había casado…

Seguramente había sido un error contarle lo del día en que le había pedido matrimonio, y recordar todas las veces que habían hecho el amor junto a ese arroyuelo tampoco servía de nada, pero no podía evitar sentir esa alegría que había sentido tantas y tantas veces a su lado, durante esos primeros años.

Ella no sabía lo mucho que había cambiado durante los meses anteriores. Incluso había perdido todo interés en hacer el amor con él. Despreciaba las actividades al aire libre y decía que la vida en el campo era lo más aburrido del mundo.

Cualquier día recordaría todo eso, y Max sabía que no debía dejarse encandilar por ese inesperado estado de ánimo tan positivo que demostraba. Su tarea era observarla y esperar, prepararse para el momento de esa revelación tan dolorosa.

El domingo por la mañana, cuando partieron rumbo a Whitehorse Creek, todo seguía igual. Carrie continuaba sufriendo de amnesia y Max iba a seguir durmiendo en la habitación de huéspedes.

Para Carrie, sin embargo, la tensión de la espera se hacía cada vez más insoportable. El sábado había hecho todo lo posible por descubrir todo acerca de su vida en Riverslea Downs. Se había levantado al amanecer, al igual que Max, y había visto la majestuosa salida del sol por encima de las copas de los árboles. Le había acompañado hasta los pastos más distantes y había disfrutado viéndole hacer esas cosas de cowboy, como trepar por las verjas de los corrales, levantar pesados barriles con facilidad, moverse sin miedo entre todos esos cuernos y herraduras…

Una vez de vuelta en la casa, había mirado el correo electrónico y había encontrado un archivo muy pesado en el escritorio de su portátil, repleto de recetas de conservas. Además, se había topado con una huerta abandonada, situada justo detrás del jardín.

Max le había dicho que esa huerta había sido gran motivo de orgullo para ella en el pasado.

–Tú perdiste el interés y yo no tenía tiempo para mantenerlo.

Era todo un descubrimiento enterarse de que una vez había tenido un huerto floreciente del que no quedaban más que unas escuálidas plantas de tomates, moribundas y marchitas.

El misterio de su vida se volvía cada vez más grande y cada vez

surgían más preguntas sin respuesta.

Max se desvió de la carretera, adentrándose en el camino de tierra que llevaba a la finca de Whitehorse Creek. Carrie tenía un nudo de incertidumbre en el estómago. Estaba a punto de conocer a su padre y a su esposa, pero se sentía más vulnerable y ajena a todo que nunca.

–Max –dijo de repente, incapaz de contenerse más–. Antes de que lleguemos a la casa, tengo que preguntarte… ¿Hay algo que no va bien entre nosotros?

Él la miró con el ceño fruncido.

–¿Cómo?

–Tengo la sensación de que tenemos un problema. No sé si eres tú o si soy yo. Sospecho que el problema soy yo, pero a lo mejor somos los dos. Bueno, en cualquier caso, sé que pasa algo. Max mantuvo la vista al frente y guardó silencio.

–Es por eso que estás siendo tan cuidadoso conmigo, ¿no? – Carrie insistió–. Y Barney también. De verdad tengo la sensación de que está preocupado por nosotros, y no es solo porque haya perdido la memoria.

–Ahora no es momento, Carrie. Estás a punto de conocer a tu padre… de nuevo.

La excusa era más que razonable, pero si había un problema entre ellos, quería saberlo lo antes posible.

–Supongo que mi padre está al tanto de nuestros problemas, ¿no? Eso significa que todos lo sabéis, mi padre, su esposa, y tú mismo. Y yo voy a estar ahí sentada durante toda la comida, sintiéndome como una tonta…

Sin previo aviso, la tensión que crecía dentro de Carrie alcanzó cotas insospechadas. De repente sintió que la garganta se le cerraba y las lágrimas acudieron a sus ojos.

«Ahora no, por favor», pensó.

No podía llegar llorando a Whitehorse Creek.

Respiró profundamente e intentó calmarse. Max detuvo el vehículo.

Estaban en medio del camino de tierra, rodeados de gomeros y maleza que formaban una espesura que se cerraba a su alrededor.

–Sé que esto es duro, pero tú tienes que creernos porque a todos nos importas. Queremos lo mejor para ti, Carrie. Deberías intentar relajarte y disfrutar de la comida. Nadie te va a juzgar. Lo entendemos.

–¡Pero yo no! No entiendo nada –gritó ella de repente, furiosa.

Pero entonces vio ese rostro hermoso, esos ojos azules que resplandecían con un brillo especial… El corazón le dio un salto y con el siguiente aliento su cuerpo susurró una verdad que su memoria le negaba. No había dudas. Estaba enamorada de ese hombre.

Lo sabía. Simplemente lo sabía con certeza.

Incapaz de contener el llanto por más tiempo, Carrie tiró de la hebilla del cinturón de seguridad para desatarse.

–Carrie…

Ella le oyó, pero no sabía si su voz encerraba una advertencia o una invitación. No podía verle a través de las lágrimas.

Le traía sin cuidado, sin embargo. Dejando el sentido común a un lado, Carrie se inclinó hacia él. Solo una cosa le importaba en ese momento y, por suerte, Max sabía lo que era.

Avanzando hacia ella, la estrechó entre sus brazos sin vacilar.

Era tan agradable poder sentirle por fin, notar el calor y la fuerza de su cuerpo masculino, sentir la presión de sus labios…

Así sabía Max Kincaid. Ese era el sabor de sus besos, un sabor que despertaba los sentidos.

Carrie se apretó contra él, rodeándole el cuello con los brazos al tiempo que él tomaba sus labios con un beso hambriento y desesperado. Toda noción de tiempo y espacio se desvaneció a medida que se rendía en los brazos de Max. Cualquier cosa podría haber pasado de no haber sido porque su codo tropezó con el claxon del vehículo de forma accidental.

El ruido repentino llenó el habitáculo del coche y ambos se quedaron inmóviles, mirándose a los ojos. De manera instintiva, se separaron rápidamente.

Sin aliento y sorprendidos, continuaron mirándose durante unos segundos. Carrie sabía que él estaba tan sorprendido como ella. Contempló su camisa arrugada, parcialmente desabotonada.

Sin saber qué decir, Carrie retrocedió hasta recolocarse en su asiento. Después de todo, tenían todo el derecho de mostrarse apasionados. Eran marido y mujer.

Sin embargo…

Max miró hacia delante y su mandíbula se contrajo.

–Lo siento.

–No te disculpes.

Él le lanzó una mirada seria, llena de interrogantes.

–Ha sido culpa mía. Supongo que la curiosidad pudo conmigo.

Max sonrió con tristeza.

–¿Fue por eso? ¿Por pura curiosidad?

–No exactamente… –Carrie esbozó una sonrisa tímida.

–Eres una descarada, Carrie Kincaid.

Carrie casi se rio, aliviada y nerviosa al mismo tiempo.

–Será mejor que nos pongamos en camino –le dijo él, abotonándose la camisa mientras ella buscaba un pañuelo de papel, un pintalabios y un peine.

Afortunadamente no se había puesto máscara de ojos.

–¿Estás lista?

–Sí –le dijo ella.

–¿Seguro que estás bien?

Ella asintió y trató de sonreír.

–Estoy bien, Max.

Volvió a mirar su camisa. Todavía estaba un poco arrugada y su rostro volvía a estar más serio que nunca.

Pero ya no eran unos adolescentes. Algo muy significativo había ocurrido, algo que tal vez les iba a cambiar la vida. Carrie no tenía ninguna duda al respecto.

Capítulo 8

Doug Peterson tenía el mismo aspecto elegante que en las fotos de la boda, o al menos eso pensó Carrie al verle desde el coche. Estaba de pie en la veranda de la casa, junto a su esposa.

Max bajó del vehículo, le abrió la puerta del acompañante y entonces recogió un pastel que ella misma les había preparado. Juntos cruzaron el césped de la entrada.

El eco de ese beso que acababan de darse aún reverberaba dentro de Carrie y la hacía sentir que flotaba, como si sus pies no llegaran a tocar el suelo.

Doug bajó los peldaños de la veranda y fue a su encuentro. Tenía la constitución atlética de un hombre de la tierra y su pelo canoso resplandecía bajo la luz del sol. Tenía los ojos de color marrón oscuro, al igual que ella, y en ese momento extendía los brazos hacia ellos. –Carrie, cariño.

Carrie no había esperado que la llamaran «cariño». De repente se preguntó si el hombre, su padre, iba a abrazarla. Doug, sin embargo, era perfectamente consciente de su situación y se limitó a darle un beso en la mejilla antes de estrecharle la mano a Max.

–Me alegro mucho de veros –dijo, y entonces le dedicó una mirada bastante significativa a Max.

Su esposa, Meredith, estaba justo detrás de él.

–¡Carrie! –con una sonrisa franca, tomó las manos de Carrie–. Me alegra verte tan bien, como la Carrie de siempre. Pobrecita. Estábamos tan preocupados.

Meredith tenía el cabello pelirrojo, pero el color ya empezaba a desvanecerse y era evidente que no se había molestado en volver a teñírselo. Sus ojos eran de color gris y tenía unas ligeras arrugas en la cara. Su rostro, sin embargo, tenía una expresión totalmente abierta, amigable.

–Gracias –le dijo Carrie.

La señora le había caído bien de manera inmediata.

–Ya me siento muy bien.

–Nos diste un gran susto –le dijo Meredith.

–Supongo que sí. Lo siento.

–Oh, no fue culpa tuya –dijo Doug–. Si ese caballo no te hubiera tirado…

Carrie prefirió cambiar de tema.

–He traído un pastel –dijo, señalando el recipiente que Max tenía

en las manos–. Es de sirope de lima y coco.

–¡Qué bien! –exclamó Meredith con una sonrisa radiante–. Es el favorito de Doug.

–Sí. Max me lo dijo.

–Oh –la expresión de Meredith se volvió seria–. Durante un momento pensé que habías recuperado la memoria.

–Todavía no, me temo. Es muy raro no saber nada del pasado. Me temo que aún sigo pensando que soy una chica de ciudad. Me sorprende saber que iba montada en un caballo, y mucho más saber que venía cabalgando hacia aquí. ¿Por qué estaba aquí?

Carrie notó una tensión repentina. Todos intercambiaron miradas furtivas.

–Solo viniste a visitar a su padre –dijo Doug, que fue el primero en recuperarse–. Bueno, entremos –añadió, señalando la casa–. Todo está listo.

La comida fue muy agradable. Meredith había preparado pollo Tandoori y una exquisita ensalada. Doug era un anfitrión encantador y Carrie no podía evitar mirarle con disimulo una y otra vez. Pero su memoria perdida era como una barrera que le bloqueaba las emociones. Doug Peterson y ella tenían una historia común de la que no sabía absolutamente nada.

Su padre y Max estaban hablando de la temporada del arreo, que ya se avecinaba. Al parecer, se ayudaban el uno al otro para arrear al ganado y también contrataban a un equipo especial para dicha tarea. Pasaban varias noches en el bosque, dormían bajo las estrellas y a Carrie todo le parecía fascinante.

–Max y yo acampamos junto al arroyo la otra noche. Hicimos una hoguera.

Doug arqueó las cejas.

–¿Lo pasaste bien?

A Carrie le pareció una pregunta extraña.

–Sí. Fue estupendo.

Carrie se llevó la impresión de que a Doug le parecía divertida su respuesta. Meredith, en cambio, fruncía el ceño y parecía muy confundida. Max, por otro lado, mantenía la vista fija en el plato. Sus reacciones eran desconcertantes. ¿Por qué no iba a disfrutar de una experiencia tan agradable?

A pesar de esos momentos repentinamente incómodos, no obstante, la tarde transcurrió sin inconvenientes mayores, lo cual fue un alivio para todos.

–Oh, voy a traer tu maleta, Carrie –le dijo Meredith cuando ya estaban en la veranda, listos para marcharse–. Seguramente

necesitarás unas cuantas cosas.

Carrie frunció el ceño.

–¿Mi maleta?

Una vez más, la tensión creció a su alrededor. Doug les dedicó una mirada inquieta a su esposa y después a Max. Durante una fracción de segundo la expresión de Meredith reflejó angustia, como si se hubiera arrepentido de haber sacado el tema.

–Solo son unas pocas cosas que trajiste –dijo rápidamente, esbozando una sonrisa para aligerar la atmósfera que se había creado–. No tardo nada.

Se marchó inmediatamente y Doug se volvió hacia los perros, rascándoles las orejas al tiempo que les prometía un paseo antes de la cena.

Max, en cambio, permanecía quieto, con las manos metidas en los bolsillos del vaquero, evitando en todo momento la mirada curiosa de Carrie.

–Aquí está –Meredith regresó con una maleta rígida bastante grande.

Carrie contempló la maleta. ¿Por qué se había llevado tanto equipaje a la casa de su padre?

Max llevó la maleta hasta el coche y todos los demás fueron detrás de él. El asunto, sin embargo, no volvió a ser mencionado. Se despidieron, intercambiaron besos y abrazos y también promesas de próximas visitas.

–Con un poco de suerte ya habré recuperado la memoria para la próxima vez que nos veamos –dijo Carrie.

Doug y Meredith le dijeron que eso era lo que más deseaban. Carrie, sin embargo, tuvo la sensación de que no lo decían de verdad.

Durante el trayecto de vuelta a casa, Carrie se encontró con muchas cosas en las que pensar. El misterio de la maleta… el beso… Todo resultaba muy desconcertante.

Max conducía en silencio y Carrie terminó por quedarse dormida. Cuando llegaron por fin a Riverslea Downs ya estaba anocheciendo. Clover recibió a Carrie con su alegría de siempre y Max sacó la maleta sin hacer el más mínimo comentario.

Las gallinas ya habían regresado junto a los gallos para pasar la noche y Carrie recogió los huevos que quedaban. Comprobó que tuvieran agua y cerró la puerta del corral.

Cuando le preguntó a Max qué le apetecía cenar, él estuvo de acuerdo en tomar algo ligero. Ella sugirió huevos revueltos y a él le pareció una buena idea. Sin embargo, a pesar de esa apariencia de normalidad, Carrie notaba que algo había cambiado. Había una nueva

tensión en el ambiente.

Max se quedó despierto hasta tarde, revisando unos archivos de la temporada de arreo del año anterior en su despacho. Simplemente era una cuestión de auto-protección. Si pasaba demasiado tiempo junto a Carrie, entonces volvía a sentir ganas de besarla. Apenas había podido pensar en otra cosa desde que se habían besado.

De repente Carrie apareció en el umbral, con la cara recién lavada y el pelo suelto alrededor de los hombros. Llevaba un camisón de dormir de marga larga que la cubría desde el cuello hasta los tobillos. No era una prenda sexy, pero tratándose de ella todo cambiaba.

–¿Me estás dando las buenas noches? –le preguntó Max, haciendo un esfuerzo por mantener un tono de voz indiferente.

–A lo mejor –dijo ella de forma enigmática y entonces entró en el despacho–. Pero me he estado preguntando…

Hizo una pausa y se detuvo a cierta distancia del escritorio. Sus mejillas se habían teñido de color rosa.

–Pensaba que estábamos de acuerdo en que era mejor mantener las distancias, hasta que recuperes la memoria.

–Pero en realidad no tenemos por qué hacerlo, ¿no?

–Carrie, cuando te despertaste en el hospital, ni siquiera sabías que estabas casada conmigo.

–Pero ahora sí lo sé –Carrie enfrentó su mirada con valentía. Los ojos le brillaban y no dejaba de morderse el labio inferior–.

Max, ese beso de hoy…

–Fue un error –le dijo él en un tono demasiado hosco.

–Las emociones a mí me parecieron muy reales –Carrie insistió.

Como no tenía una respuesta inmediata, Max se puso en pie.

–Carrie, no creo que…

–Oh, sé que quieres ser prudente –le dijo ella, interrumpiéndola–. Pero estamos casados, Max. Llevamos tres años siendo marido y mujer y seguro que hemos dormido juntos. Es así, ¿no?

Él asintió con la cabeza. De repente la garganta se le había tensado y no era capaz de hablar.

–Llevo tiempo intentando imaginármelo –dijo ella a continuación, bajando la mirada y sonrojándose aún más–. La imaginación no ayuda. Me vuelvo loca.

Max asió el respaldo de la silla con tanta fuerza que casi fue un milagro que no se rompiera.

–Si me puedo guiar por el beso de hoy, entonces tengo que decir que fue algo muy especial, Max, algo increíble.

Se acercó a él. Una lámpara que estaba en un extremo de la estancia la iluminó por detrás, recortando su silueta en la penumbra a

través del fino tejido del camisón.

–Entonces, ¿todavía sientes curiosidad sobre nosotros?

–Desesperadamente.

La respuesta de Carrie fue un susurro sin aliento. Dio dos pasos más hacia él, envolviéndole así en el aroma a rosas del jabón que había usado en la ducha.

–Sabes que la curiosidad mató al gato, ¿no? –le preguntó él, dándole una última oportunidad para retroceder.

Carrie sonrió y se acercó aún más.

–Entonces tengo suerte de no ser un gato.

Capítulo 9

Carrie había tenido miedo de irrumpir en el despacho de Max, de sorprenderle en su guarida, pero en ese momento, mientras veía cómo le ardían las pupilas, sus dudas se disiparon. Él le sujetó ambas mejillas con las manos y selló sus labios con un beso abrasador, haciéndola sentir una ola de alivio que sería seguida de pura alegría.

Ese hombre arrolladoramente sexy era su marido. Era su marido, pero también era un extraño. La combinación era embriagadora.

Max tiró de ella y la hizo acercarse más, llevando el beso más lejos.

Esa noche, Carrie sentía una urgencia mayor en los besos de Max, como si estuviera reivindicando algo, intentando recuperar algo que era suyo.

Iba a pasar. Esa noche, por fin, sería para los dos. Era un regalo del destino, otra oportunidad para su matrimonio, tal vez. En cuestión de segundos, sus besos desesperados dejaron de ser suficiente. Tomados de la mano, corrieron a través de la casa oscura, rumbo al dormitorio de Carrie.

La maleta ya no estaba en un rincón como una ominosa señal. Ella la había guardado, sin deshacer siquiera, en el fondo de uno de los armarios empotrados.

La cama, enorme, reclamó su atención, lujosa y apetecible. El corazón de Carrie latía sin control. Durante una fracción de segundo se preguntó si había sido una locura correr ese riesgo, pero sus inquietudes se desvanecieron cuando Max tiró de ella una vez más para darle un beso que le arrebataría el último vestigio de pensamiento racional. No hablaban. Era casi como si estuvieran de acuerdo en que las palabras eran peligrosas, como si pudieran romper el hechizo.

Aunque no tuviera recuerdo alguno del pasado, Carrie se dejó guiar por el instinto. Rodeando el cuello de Max con ambos brazos, se apretó contra su cuerpo.

Mientras se quitaba la camisa, Max le besó los párpados, las cejas y después la boca. Una bocanada de aire escapó de los labios de Carrie cuando vio sus hombros grandes y firmes. Su pecho, ancho y sólido, se hacía más estrecho a medida que descendía hacia las caderas.

Con dedos temblorosos, Carrie le tocó. Sus músculos eran tan duros, tan masculinos.

Él volvió a besarla en la cara, en la frente, la mejilla, la barbilla.

Sin prisa, pero sin pausa, le abrió los botones superiores del camisón y le descubrió el escote. Bajando la cabeza, comenzó a besarle la piel desnuda, en el cuello, en los hombros…

–Carrie –su voz no era más que un leve susurro.

Ella levantó la mirada y se lo encontró observándola, escudriñando su rostro con una mirada intensa. Solo podía pensar en suplicarle que no se detuviera, pero no fue lo bastante valiente como para pedírselo.

–¿Sí?

Él se llevó su mano a los labios y le dio un beso en cada nudillo. Era un gesto tan dulce, tan tierno.

–¿Estás segura de esto?

Mirándole a los ojos sin reservas, Carrie sonrió.

–Nunca he estado más segura de algo.

Él dejó escapar una carcajada temblorosa.

–Hasta donde recuerdas.

Era cierto. Carrie no podía negarlo.

–¿Y qué pasa con la protección? –le preguntó él de pronto.

«Oh, Dios mío», pensó Carrie. Era una muy buena pregunta. Debería haber pensado en ello.

–¿Se supone que estoy tomando la píldora?

–Sí, pero no te preocupes. Yo me ocupo.

Sin darle tiempo a decir nada, él le rodeó la cintura con ambos brazos y comenzó a besarla de nuevo, conduciéndola en dirección a la cama poco a poco.

Era su cama, la cama de ambos, la cama donde habían tocado el cielo juntos.

Bajo la luz de la lámpara, Max y Carrie yacían en la cama, atrapados entre los nudos de las sábanas revueltas.

–Vaya… –exclamó Carrie.

Jamás había experimentado algo tan intenso. Estaba llena de felicidad y también de algo más profundo, una emoción que ya había conocido esa mañana, cuando se habían dado el beso.

Y se había enamorado de su marido. Pero, teniendo en cuenta todos los misterios que parecía encerrar el pasado, a lo mejor era una imprudencia relevarle sus sentimientos.

–No me puedo creer que no me acuerde –añadió–. Me sorprende que no me haya hecho recuperar la memoria. Estoy segura de que el príncipe no hizo despertar a la Bella Durmiente tan solo con un beso.

Casi esperaba oír las carcajadas de Max, pero él permaneció en silencio.

Volviéndose hacia él bajo la tenue luz, vio que tenía las manos debajo de la cabeza. Miraba hacia el techo y no había ni rastro de una

sonrisa en sus labios.

Un miedo repentino comenzó a cernirse sobre esa felicidad recién encontrada. Rodando sobre sí misma hasta ponerse de lado, le miró a la cara.

–¿Max?

Cuando él se volvió hacia ella, su rostro permanecía envuelto en la penumbra. –¿Pasa algo?

Él dejó escapar un sonido indefinido, a medio camino entre una carcajada y algo más.

–Esa pregunta es muy rara, Carrie… teniendo en cuenta las circunstancias.

–Bueno, sí. Sé que pasa algo conmigo, pero también pasa algo entre nosotros, con nuestro matrimonio, ¿no?

Al ver que él no contestaba, se atrevió a preguntarle.

–¿Cuánto hace que no hacíamos el amor?

Él respiró profundamente.

–Un tiempo.

–¿Un tiempo? ¿Meses quizás?

–Sí.

–Oh –Carrie sintió que la alegría se esfumaba de un plumazo de su corazón–. ¿Nosotros…? –Tenía miedo de hacer más preguntas, pero sentía que debía llegar al fondo de la cuestión–. Entonces, ¿hemos tenido problemas?

Carrie vio cómo subía y bajaba la nuez en el cuello de Max. Lo más sensato era no insistir más en el tema, pero estaba demasiado ansiosa por saber la verdad.

–¿Puedes contármelo, Max? ¿Cuál es el problema? ¿Alguno de los dos tenía algo con otra persona?

Max volvió a suspirar.

–Dame un respiro, Carrie. Yo solo puedo darte mi versión de las cosas, y no sé si te será de ayuda. Muy pronto lo sabrás todo.

Parecía cansado, aburrido, pero Carrie sabía que solo era una fachada.

–Pero si tenías una aventura con otra mujer, me merezco…

–No tenía nada con nadie. No hay nadie más.

Carrie pensó que su respuesta debería haberla hecho sentir alivio, pero su inquietud no hacía más que crecer. Solo podía esperar no haber sido el cónyuge infiel de la relación.

–No fui yo, ¿no?

–No hubo aventuras, no, que yo sepa.

–Bueno, si no fue una aventura… No habré perdido el interés en el sexo, ¿no?

–¿Me creerías si te dijera que sí?

Silenciada por sus palabras, Carrie contempló su perfil en

penumbra, atónita.

–Eso no tiene sentido.

–Bueno, ¿me lo dices o me lo cuentas?

Carrie se dejó caer de nuevo sobre la almohada y miró hacia el techo, igual que hacía él. Estaba más confundida que nunca.

–Lo siento mucho. Esta noche me lancé a tus brazos, por decirlo de alguna manera.

–Podría haberte rechazado.

–Me alegro de que no lo hicieras.

Tomó su mano y se la apretó un instante.

–Ojalá pudiera entender qué fue mal. Ahora mismo nada tiene sentido para mí.

–Con el tiempo lo tendrá –Max se apoyó en un codo–. Debería irme.

–¿A dormir en la otra habitación?

–Sí.

Esa vez fue Carrie quien suspiró. No quería que se marchara. No quería que pensara que lo que acababa de pasar era una aventura de una noche para ella.

–¿Tienes que irte?

Su pregunta fue recibida con un silencio.

–Me gustaría que te quedaras, Max.

–Si me quedo deberías tratar de dormir. Es lo que dijo el médico, ¿recuerdas?

–Sí. Buenas noches –Carrie estaba dispuesta a obedecer con tal de tenerle a su lado.

–Buenas noches, Carrie.

Sintió la presión de sus labios sobre la frente y después el movimiento del colchón a medida que se acomodaba a su lado. Sintiendo su cuerpo cálido y musculoso a unos centímetros, Carrie sonrió y cerró los ojos.

Max se despertó con la primera luz del alba. Bajo la luz resplandeciente del amanecer, contemplo a su esposa, que yacía a su lado.

«Te quiero, Carrie».

Ojalá hubiera podido decírselo… La idea de olvidar el pasado y empezar de cero era tan tentadora.

Se torturaba a sí mismo recordando aquellos primeros días de recién casados.

–Voy a ser la esposa perfecta de un ganadero –le había dicho ella al llegar a Riverslea Downs, llena de sueños e ilusiones–. Ahora que sé montar a caballo puedo acompañarte. Voy a aprender a cultivar

frutas, vegetales. Y cuando lleguen los niños, les daré clases en casa hasta que estén listos para ir al colegio. Sé que me va a encantar. Nunca me voy a aburrir.

Al principio esos sueños se habían hecho realidad. Ella le había acompañado a los prados e incluso le había ayudado con el ganado. Preparaba guisos de ternera bajo las estrellas y dormía a su lado en su saco de dormir. Una vez incluso habían llegado a hablar del número de niños que querían tener y habían acordado tener tres.

Pero entonces, poco después de uno de sus viajes a Sídney, todos esos sueños se esfumaron. Max seguía sin entender por qué y la única explicación que había encontrado era que seguramente había aceptado por fin la letanía de razones que solía darle su madre para llevársela del Outback.

Sabía que había sido duro para ella saber que se había convertido en esa gran decepción para su madre, sobre todo siendo hija única, pero solo recordar cómo había cambiado ella a su regreso le causaba un profundo daño. Max se levantó rápidamente de la cama. Era absurdo quedarse allí y dejar que ella se despertara a su lado.

Carrie no se preocupó demasiado cuando vio que Max no estaba a su lado al despertar. Sabía que él era muy madrugador. Además, después de la noche que habían pasado sentía que todo iba a estar bien. Habían hecho el amor con una sinceridad que no se podía fingir, y había emociones más importantes y profundas que iban más allá de lo físico.

Fuera cual fuera el pasado, Carrie sentía que la vida le había dado otra oportunidad y, con un poco de suerte, tal vez podría infundirle un espíritu nuevo a su matrimonio. Estaba dispuesta a dar lo que fuera por ver desaparecer ese halo de preocupación de los ojos de Max.

Llena de ideas positivas y planes para ese día, se vistió y fue a darle los buenos días a Clover.

Max se reunió con ella para almorzar. Carrie había preparado sopa de tomate y albahaca, otra de las recetas de Carrie K. Y como sabía que Max tendría mucha hambre, añadió unos sándwiches de queso y jamón.

–Muy buenos –dijo Max con una sonrisa, agarrando otro sándwich–. Siempre me encantó cómo los preparas.

Carrie se sintió inesperadamente halagada.

–Lo sé –al darse cuenta de lo que acababa de decir, contuvo el aliento.

–¿Te acuerdas?

Carrie frunció el ceño.

–No lo sé. No lo creo. Los sándwiches… me parecieron buena opción. Pero es extraño. En cuanto me dijiste que te encantaba cómo los había preparado, me dio la sensación de que estaba segura de que ya lo sabía. Es por la forma en que unto la mantequilla por la parte de fuera.

–Sí…

Se miraron durante unos segundos, observando, con la cabeza llena de interrogantes.

–¿No te acuerdas de nada más?

–No… No lo creo –a Carrie le costaba concentrarse bajo el intenso escrutinio de esos ojos azules–. Pero puede que haya otras cosas. Ni siquiera me acordaba de que recordaba eso. –Adelante. Inténtalo. ¿Cuándo es tu cumpleaños?

–Bueno, eso ya lo sabía. Es el cuatro de mayo.

–¿Y el mío?

Carrie abrió la boca con la esperanza de que la fecha saliera de sus labios sin más.

–Lo siento. No tengo ni idea.

–¿Y nuestro aniversario de bodas?

–Tú me dijiste que nuestra luna de miel era en mayo, así que pensé que mi boda debió de ser en alguna fecha próxima a mi cumpleaños.

–Muy bien –Max se encogió de hombros–. Supongo que no tiene sentido forzar estas cosas.

–¿Tienes prisa porque recuerde, Max?

Él se tomó un momento para contestar y entonces sus labios dibujaron una sonrisa asimétrica difícil de entender.

–Bueno, esa pregunta encierra demasiadas cosas.

–No quiero presionarte.

Levantando la tetera, Carrie cambió de tema.

–¿Quieres más?

Al terminar de almorzar, Max dijo que tenía que ir a un extremo alejado de la propiedad para reparar la bomba del molino de viento.

–Es un trabajo complicado. Barney va a ayudarme, pero seguramente me llevará toda la tarde hacerlo. Carrie le acompañó hasta la puerta de la cocina.

–Si vas a estar fuera unas cuantas horas, a lo mejor necesitas un beso de despedida.

Él se detuvo bajo el umbral. Su expresión seguía siendo seria, casi prohibitiva, y Carrie estaba segura de que iba a rechazar su oferta, pero entonces sus ojos azules se ablandaron y un atisbo de sonrisa se reflejó en ellos.

–Eres una descarada –murmuró al tiempo que la agarraba de la cintura. Tiró de ella hasta tener sus labios a escasos centímetros.

–Muy bien. Bésame, Carrie –le dijo en un tono casi desafiante.

Después de lo que había ocurrido la noche anterior, Carrie pensó que no tenía por qué sorprenderse ante el fuego repentino que se propagaba por su cuerpo; un hormigueo de chispas que corría por su torrente sanguíneo.

Pero Max no se movió. Simplemente permaneció quieto y el corazón de Carrie le martilleó el pecho. Sin aliento, alzó la barbilla hacia él hasta tener su boca a unos pocos milímetros de distancia. ¿Acaso debía darle un beso rápido en la mejilla?

El pensamiento se esfumó poco tiempo después de aparecer. La tentación de probar su sabor una vez más resultaba tan tentadora…

Le bastó con alzar un poco más la cara para rozar los labios contra los de él. La primera toma de contacto desencadenó una descarga de energía que la hizo estremecerse. Él se puso tenso, rígido, y entonces le oyó susurrar su nombre. Carrie le mordisqueó el labio inferior, disfrutando del ese tacto suave que contrastaba con la dureza de sus músculos masculinos.

A medida que se movía hacia su labio superior, un gemido de placer pareció escapar de la garganta de Max y un segundo después sus brazos estaban alrededor de ella, exactamente donde quería sentirlos. Él comenzó a besarla, lenta y casi perezosamente, tomándose su tiempo.

–¿Estás ahí, Max?

Aturdida, Carrie se dio la vuelta en los brazos de Max a tiempo para ver a Barney, que estaba en los peldaños que daban acceso a la puerta de atrás de la casa.

–Oh, vaya. Lo siento, jefe –el anciano retrocedió, avergonzado. Bajó las escaleras a tanta velocidad que estuvo a punto de caerse.

–Enseguida estoy contigo, Barney –le dijo Max en un tono calmo.

Max sujetaba a Carrie por los codos en ese momento, observándola con atención. Los ojos le brillaban.

–Lo siento –le dijo Carrie.

–Yo no –Max sonrió y su expresión se volvió juguetona–. Te veo luego.

Un segundo después iba bajando los peldaños, apresurándose para encontrarse con Barney.

Carrie se recostó contra el marco de la puerta y soltó el aliento. Luego sonrió, llevándose las yemas de los dedos a los labios. Oyó un motor que arrancaba y unos instantes después Max y Barney ya se habían marchado, rumbo al molino que debían reparar.

Carrie se preguntó qué iba a hacer por la tarde y entonces, de repente y por impulso, decidió que había llegado el momento de ocuparse de aquello que llevaba tanto tiempo evitando.

La luz del sol de la tarde se colaba por las ventanas del dormitorio y se reflejaba en el suelo de parqué de color miel. Carrie se agachó para abrir la maleta que habían encontrado en Whitehorse Creek. Nerviosa, la abrió y contempló la ropa perfectamente doblada. Aún le costaba creer que esas fueran sus pertenencias.

Como era de esperar, había unos vaqueros, varias camisas de algodón de manga larga, prendas obligatorias para una mujer del campo, pero también había otra ropa distinta, tanto de invierno como de verano, y vestidos… vestidos muy bonitos, un vestido con cuello halter de un tono verde musgo, otro con un diseño de tubo, de color blanco y con los hombros descubiertos, y finalmente había un vestido de fiesta muy corto, de color negro y con un ribete plateado en el dobladillo.

Mientras se miraba en el espejo, presentando la prenda sobre su silueta, se preguntó cuándo habría tenido oportunidad de llevar esas prendas. La experiencia era tan extraña. Se sentía como una intrusa que se inmiscuía en la vida de otra persona mientras desempacaba la ropa interior, un neceser lleno de productos de higiene muy caros, dos novelas de autores que no le resultaban familiares, un frasco de perfume y una bolsita llena de joyas.

En el fondo de la maleta encontró dos pares de zapatos de tacón alto cuidadosamente envueltos. Un par era de color plateado y el otro era de piel sintética, en color negro. Finalmente localizó un pequeño bulto envuelto en papel de seda.

Carrie contempló el paquete durante unos segundos, preguntándose qué podría ser. De pronto sintió un extraño cosquilleo. Sabía que había visto antes ese paquete.

La piel se le erizó y su corazón se aceleró. Asustada, cerró los ojos y respiró profundamente.

Cuando volvió a abrirlos, el paquete de papel de seda continuaba en el fondo de la maleta y le resultaba muy familiar.

Lo tomó con ambas manos. No pesaba casi nada. Era ligero como una pluma.

Agachándose bajo la radiante luz del sol de la tarde, colocó el paquete sobre su regazo y permaneció inmóvil durante unos segundos. Tenía miedo de retirar el papel de seda y ver qué había dentro. Una lágrima cayó sobre su mejilla y aterrizó sobre el fino tejido de papel, y fue en ese preciso momento cuando se dio cuenta de que ya sabía lo que iba a encontrar.

Lo recordaba.

Lo recordaba todo, hasta el último detalle.

Capítulo 10

Cinco meses antes, en Sídney

–Siento mucho no poder darle mejores noticias, Carrie.

El médico, sentado al otro lado del escritorio, se ajustó un poco la corbata antes de terminar de hablar. Tras hacerle un escáner y radiografías, había detectado una malformación en su útero. El problema era tan severo que jamás podría tener hijos y, por desgracia, no podía corregirse con cirugía. Sus ovarios estaban sanos y no había ningún problema con sus óvulos, pero su útero jamás podría sostener un embarazo. Y precisamente por ese motivo, la fecundación in vitro tampoco era posible.

Jamás daría a luz. No tenía ninguna oportunidad de tener un bebé.

Ninguna.

Jamás.

Era algo demasiado grande como para poder asimilarlo. Carrie oía las palabras del médico y entendía bien la teoría, pero el shock del momento la había dejado entumecida de pies a cabeza.

Sumergida en una neblina de confusión, le dio las gracias al médico por todo el interés que se había tomado en el caso.

Él parecía algo afectado.

–Está muy pálida –inclinándose hacia delante, presionó un botón del intercomunicador que estaba sobre su escritorio–. Suzy, ¿puedes traerme una taza de té para la señora Kincaid?

–No quiero té. Gracias.

–Eh… Suzy, olvida lo del té. ¿Un vaso de agua, tal vez?

–No. No quiero nada de beber. Gracias.

El médico parecía preocupado.

–La noticia ha sido todo un golpe para usted, sin duda. Querrá hablarlo con su marido. A lo mejor les vendría bien hablar con un psicólogo. Yo podría ponerles en contacto. Conozco a varios.

–Gracias –dijo Carrie de manera automática–. Lo pensaré.

El médico asintió con la cabeza y la acompañó a la puerta. Una vez en el área de recepción, Carrie le entregó su tarjeta de crédito a la joven sonriente que estaba detrás del mostrador.

–¿Tiene que pedir otra cita?

Carrie le dijo que no. Ya no habría más citas con el médico. Operando como un autómata, dobló y guardó el recibo que le dio la joven y echó a andar sin mirar ni a la derecha ni a la izquierda.

Manteniendo la vista al frente, atravesó el área en la que esperaban numerosas madres expectantes. Unos segundos después las puertas se abrieron por fin y la dejaron salir al inclemente sol de Sídney.

Era un día asfixiante de primavera. La luz resultaba cegadora.

Las lágrimas llegaron de repente, sin previo aviso, quemándole las mejillas. Rápidamente buscó unos pañuelos en el bolso y se puso las gafas de sol antes de seguir adelante. Cuando llegó a la estación se dio cuenta de que no podía ir a casa a ver a su madre. No le había contado a nadie que tenía cita con el médico y no estaba preparada para hablar del asunto.

Aún estaba en estado de shock. Necesitaba tiempo para hacerse a la idea. Necesitaba tiempo para pensar.

Tenía sentido tomar el siguiente tren rumbo a la ciudad, y ni siquiera se quitó las gafas de sol durante todo el trayecto, aunque gran parte transcurriera bajo tierra. En Circular Quay bajó del convoy y logró subir a bordo de un Manly ferry unos pocos segundos antes de que abandonara el puerto. El barco estaba abarrotado, pero logró encontrar un asiento en la cubierta superior. La brisa marina le acariciaba el rostro y su cabello volaba en el viento, pero todos los detalles de esa triste consulta con el médico pasaban ante sus ojos una y otra vez, como una película.

Incapaz de contener un lamento desesperado, Carrie se incorporó de un salto y corrió hacia la barandilla, dándoles la espalda a los demás pasajeros para que nadie se diera cuenta.

Tenía que darle la noticia a Max, decirle la verdad, contarle que jamás podría tener un hijo con él.

Mirando atrás, Carrie se daba cuenta de que en realidad no recordaba el momento exacto en el que había fraguado el plan final. Había sido un plan doloroso, pero aquel día había terminado sumida en la más profunda de las miserias y ese plan perfecto le había parecido la mejor idea posible en aquellas circunstancias. Una vez en casa de su madre, tras tomar el ferry de vuelta y otro tren en dirección a la ciudad, estaba completamente convencida de que esa era la única alternativa.

Riverslea Downs, en la actualidad

Para alivio de Max, Barney no dijo nada acerca del beso que había presenciado mientras trabajaban en la bomba del molino. Max sabía que el anciano se moría por decirle algo, y por eso le estaba aún más agradecido por su silencio.

–Bueno, las cosas van saliendo bien por fin, ¿no? –le preguntó el viejo vaquero cuando terminaron el trabajo, incapaz de aguantar más la incertidumbre.

Max sabía exactamente a qué se refería, pero prefirió aparentar que no había entendido bien la pregunta.

–Sí, Barney. Solo tengo que arreglar esa tubería con filtraciones y después ya podremos ponerlo todo en marcha.

Barney le miró con ojos de sorpresa.

–No hablo del molino. Me refería a las cosas entre… –tragó en seco–. Ya sabes… Las cosas con Carrie. Max le lanzó una mirada de advertencia.

–Yo no me haría demasiadas ilusiones con ese pequeño beso.

La respuesta de Barney fue una sonrisa cómplice y traviesa.

–Sí, bueno. A mí no me pareció una cosa tan pequeña cuando lo vi. ¿Y qué me dices de cómo te mira?

Max apretó la mandíbula.

–Hablo en serio, Barney. Carrie sigue sin recordar nada. Todo va a cambiar cuando lo recuerde todo.

Barney se quitó el sombrero y se rascó su blanca calva, una señal inequívoca de que estaba preocupado.

–¿Todavía sigues pensando que se va a ir de nuevo?

–Sí, colega. Eso es exactamente lo que pienso.

Barney sacudió la cabeza lentamente.

Max terminó de guardar las herramientas en su bolso de trabajo.

–Muy bien. Vámonos.

Subieron al cuatro por cuatro.

–No vas a dejar que eso ocurra, ¿verdad? –le preguntó

Barney nada más subir al vehículo–. No vas a dejar que se vaya así como así, sin luchar por ella, ¿no?

Max no contestó. Arrancó el coche y se puso en marcha.

Carrie estaba en el dormitorio cuando Max llegó. La encontró sentada en el suelo, junto a la maleta vacía que habían recogido en Whitehorse Creek. Tenía un pequeño paquete blanco sobre el regazo.

Al verle entrar levantó la vista. Tenía la cara hinchada, roja, como si hubiera estado llorando durante mucho tiempo. Cuando le miró a los ojos, Max pudo ver un destello de miedo en los suyos.

Lo supo de inmediato.

Ella lo había recordado todo.

–Hola. ¿Qué pasa? –le dijo en un tono calmo.

–Ocurrió.

–¿La memoria?

–Sí. Lo he recordado todo.

Su voz sonaba casi desesperada. Max tragó en seco y miró a su alrededor. ¿Qué la había alterado tanto? ¿Qué podía haber desencadenado tanto dolor?

–¿Cuánto tiempo llevas sentada ahí?

–No lo sé. Siglos, supongo.

–¿Quieres que te ayude a levantarte?

–Sí, por favor. Estoy tan entumecida que apenas puedo moverme.

Él le ofreció una mano y entonces la sujetó de la cintura para sostenerla mientras se ponía en pie. Con la mano que tenía libre ella continuaba asiendo el paquete blanco contra su pecho con mucha fuerza.

Max trataba de no mirar demasiado el objeto, pero no podía evitarlo. ¿Qué podía contener?

–Tienes cara de necesitar una taza de té.

Carrie asintió con la cabeza, pero no se atrevió a mirarle.

–Gracias.

Max se detuvo un instante, lleno de incertidumbre.

–Estoy bien, Max –Carrie gesticuló, señalando la puerta–. Voy a lavarme la cara y te veo en la cocina.

Max se retiró. Mientras caminaba por el pasillo oyó el sonido de los candados de la maleta al cerrarse. Una puerta de un armario se abrió. Sin duda estaba guardando ese paquete misterioso.

A pesar de haberse lavado la cara, Carrie seguía teniendo ese aspecto de haber llorado hasta el agotamiento.

Max había preparado una tetera completa y le sirvió una taza bien llena. Añadió un poco de azúcar y de leche, tal y como le gustaba a ella.

–Gracias –Carrie se apoyó contra un armario y bebió un sorbo–. Está muy bueno. Es justo lo que necesito –bebió otro sorbo–. ¿Qué tal va lo de la bomba del molino? ¿Lograste arreglarla?

–Claro. Está perfecta –el corazón le dio otro salto–. Pero… lo más importante es cómo te encuentras tú.

Carrie bajó la vista.

–Ahora mismo estoy bastante confundida.

–Eso es… duro.

Carrie suspiró.

–Es muy difícil recordarlo todo, cómo era antes del accidente y… –sus ojos marrones se encontraron con los de Max. Era una mirada de soslayo, llena de culpa–. Y la forma en la que me he comportado últimamente.

Max tragó en seco.

–Sé que debió de ser muy desconcertante para ti, pero realmente

no puedo hablar de ello en este momento, Max. Todavía… todavía estoy muy aturdida.

Max se moría por obtener algún tipo de respuesta, pero era evidente que ella estaba exhausta.

–¡Oh! –Carrie se tocó la frente–. Ni siquiera he pensado en la cena.

Eso era lo último en lo que Max hubiera pensado en ese momento.

–Seguro que hay algo en el congelador.

La cena transcurrió en paz. Tomaron un guiso de ternera recalentado y Carrie se fue a dormir poco después.

Max comprobó sus correos electrónicos y vio la televisión durante un rato, cambiando de canal en canal. Estaba demasiado inquieto como para distraerse con algo de entretenimiento ligero. Era hora de irse a la cama, pero tenía miedo de la decisión tan delicada que eso implicaba. Podía hacer dos cosas: reunirse con Carrie o irse a la habitación vacía.

Finalmente no se lo pensó demasiado. No quería dejar que Carrie se retrajera y se alejara de él de nuevo. Procurando hacer el menor ruido posible, Max entró en el dormitorio en silencio. Carrie estaba tumbada de lado, con los ojos cerrados. Al verla se detuvo y la contempló durante unos segundos.

Se había quitado la ropa en el cuarto de baño, así que, vestido únicamente con un bóxer, se tumbó bajo las mantas junto a ella. Contuvo el aliento y escuchó el ritmo de su respiración. Ella parecía estar profundamente dormida.

Carrie no podía dormir. A pesar de lo exhausta que estaba, se puso tensa como una cuerda al sentir la presencia de Max a su lado. Había pensado que iba a quedarse en la habitación desocupada, pero en el fondo había deseado con todas sus fuerzas que no lo hiciera. No quería estar sola.

En un mundo perfecto, hubieran hecho el amor de nuevo, pero su mundo no tenía nada de perfecto. Tan solo una semana antes había abandonado a su marido. Le había dicho que su matrimonio había terminado y se había llevado una maleta repleta de cosas a la casa de su padre. Se suponía que ese era el primer paso de su viaje de regreso a Sídney.

Un par de días más tarde, Max la había ido a buscar al hospital y ella le había pedido regresar al rancho, a Riverslea.

De repente, Carrie fue consciente del calor que desprendía el cuerpo de Max a su lado. Podía oler el jabón en su piel, pero sabía que

no podía acercarse más a él, por muy tentadora que resultara la idea. Ella había renunciado a ese derecho mucho tiempo antes.

No tenía sentido volverse hacia él y darle las buenas noches como una esposa normal. La única alternativa que le quedaba era aceptar la terrible lección que su memoria le había devuelto.

Consumida por la angustia, Carrie se quedó quieta, manteniendo la distancia en todo momento, pero no podía evitar que su mente se extraviara por los caminos de todos los recuerdos recién descubiertos, la felicidad, el corazón roto, el dolor…

Capítulo 11

En la iglesia, Max estaba sentado tres filas por delante, y Carrie no podía dejar de mirarle. De repente, él se dio la vuelta y sus ojos azules emitieron un destello que la atravesó de lado a lado.

Estaba hechizada sin remedio, pero tenía que indagar un poco entre los invitados de la manera más discreta posible antes de hacer las presentaciones.

Durante la recepción, la madre de la novia acudió en su ayuda cuando invitó a Max a conocer a las compañeras de trabajo de su hija. Él les dedicó sonrisas cálidas a todas y repitió sus nombres a medida que la señora las iba presentando. Sin embargo, cuando le llegó su turno, Carrie creyó ver una chispa especial en esos ojos azules arrolladores.

Y así fue como quedó atrapada. Los planetas se habían alineado de la manera más extraña y la atracción era mutua.

Max se las ingenió para reorganizar las tarjetas de los asientos de la mesa y terminó sentándose a su lado. Entre discurso y discurso charlaban como si ya se conocieran, como si estuvieran en una cita, recopilando toda la información posible y sonriendo como dos tontos enamorados.

Él parecía verdaderamente interesado en ella, lo cual era toda una novedad, teniendo en cuenta el perfil de hombres con los que había salido hasta ese momento, siempre empeñados en impresionarla hablando de sí mismos hasta el hartazgo.

–Bailarás conmigo, ¿no? –le preguntó Max cuando terminaron de hablar los recién casados.

–Claro –Carrie sabía que debía disimular las ganas, pero no podía contenerse.

Incluso antes de ese primer contacto físico, Carrie ya sentía un hormigueo por dentro, y entonces, al poner la mano izquierda sobre el hombro duro y musculoso de Max, decenas de flechas en llamas la atravesaron de pies a cabeza.

Sentía que flotaba mientras bailaban, ebria de tanta felicidad y embelesada por esos ojos azules.

Cuando la banda de música se tomó un descanso, regresaron a las mesas.

–Vaya, chica, me parece que vais a entrar en combustión espontánea antes de que termine la velada –le dijo una compañera al oído, sorprendiéndola.

Carrie no se había dado cuenta de lo evidente que resultaba la química que había surgido entre ellos.

–¿Crees que alguien se va a dar cuenta si nos vamos ahora? – le susurró él cuando los novios estaban haciendo el recorrido final para despedir a los invitados.

Carrie tragó en seco.

–¿Nos vamos? –repitió.

–Me alojo en este hotel –su sonrisa era la mezcla perfecta de timidez de chico de campo y seducción.

Carrie nunca había sido tan atrevida. Jamás se había acostado con un hombre en la primera cita, pero ya se habían despedido de Cleo y de Grant y no le hizo falta más que otra sonrisa de Max para caer en la tentación.

Tomaron el ascensor que llevaba a su habitación del hotel y en cuanto la puerta se cerró tras ellos él la tomó entre sus brazos y comenzó a besarla.

Era un beso incendiario que los consumía por dentro.

Ambos ardían de deseo por el otro y se arrancaron la ropa de la piel frenéticamente, dejándola caer al suelo. Se metieron entre las sábanas, desnudos, y fue entonces cuando Carrie sintió una punzada de miedo. ¿Acaso era una locura lo que estaba haciendo, metiéndose en la cama con un completo extraño?

De repente, como si le hubiera leído la mente, Max la besó con toda la ternura del mundo… Fue un beso tan gentil, tan reconfortante, que los miedos de Carrie se desvanecieron tan rápido como el sol disuelve la neblina al amanecer.

¿Cómo podía haberlo olvidado? Todo había sido perfecto cuando había conocido a Max. Pero al día siguiente las cosas habían cambiado… en cuanto su madre la había llamado por teléfono.

–Ha ocurrido algo horrible, Carrie.

La voz de su madre sonaba temblorosa, como si hubiera estado llorando.

–No… no puedo hablar sobre ello por teléfono. Vas a tener que venir a casa. Por favor. Es importante.

Carrie jamás había visto a su madre en ese estado. No sin reticencia, se había despedido de Max. Le había dicho que tal vez le llamaría más tarde, si estaba libre. Él iba a pasar una noche más en Sídney antes de regresar a Queensland y habían acordado mantenerse en contacto, fuera como fuera.

Después, Carrie había vuelto a casa para cambiarse antes de ir a ver a su madre. Durante el camino se había sentido como si descendiera en una montaña rusa. Había subido a lo más alto con Max

y ya le tocaba volver a la tierra.

Su madre estaba muy pálida y parecía haber envejecido diez años de golpe.

–Mamá, ¿qué ocurre? ¿Has llamado al médico?

Su madre se echó a llorar.

–Hay alguien aquí, Carrie. Quiere hablar contigo.

Carrie comenzó a preocuparse en serio.

–¿Quién es? No te estará amenazando, ¿no?

Su madre sacudió la cabeza enérgicamente.

–No me hagas preguntas, Carrie. Solo entra.

Confundida, Carrie siguió a su madre hacia el área del salón de la casa. Había un hombre alto y canoso en un extremo de la estancia. Estaba junto a la ventana. Al verlas entrar, se volvió hacia ellas.

–Oh –exclamó Carrie, sorprendida, al ver que reconocía a uno de los invitados a la boda.

No recordaba su nombre, sin embargo. Había estado demasiado distraída durante toda la velada, gracias a Max. –Nos conocimos anoche, ¿no? Usted es vecino de Max.

El extraño tenía una tez bronceada que le recordaba a la de Max.

–Sí, Carrie. Me llamo Doug Peterson.

Sonriente, avanzó un poco, pero Carrie sintió que su sonrisa era tensa. Miró a su madre de reojo. Sylvia no hacía más que retorcer el pañuelo que tenía entre las manos. Parecía tener mucho miedo.

–Sé que todo esto es muy repentino –dijo Doug Peterson–. Y siento no haber tenido más tiempo, pero tu madre y yo tenemos algo que decirte.

Carrie guardó silencio, cada vez más alarmada. Todo sonaba muy ominoso.

–Creo que todos deberíamos sentarnos.

Completamente desconcertada, Carrie se sentó en el sofá, junto a su madre, y Doug Peterson optó por un butacón situado justo delante.

Con la mesa entre ellos, que hacía las veces de parapeto, Sylvia y Doug intercambiaron algunas miradas nerviosas y entonces, por fin, comenzaron a contarle toda la historia, a pedacitos.

Era una historia tan confusa la que le habían contado… Se habían enamorado demasiado rápido. Se habían casado a toda prisa y su madre no había tardado en arrepentirse de la decisión tomada nada más encontrarse cara a cara con la dura realidad de la vida en el campo. Sylvia había decidido no hablarle jamás de su padre y ella, por tanto, había crecido sin saber quién era el hombre que le había dado la vida.

Carrie permaneció en silencio durante toda la conversación. No era capaz de hablar. Estaba demasiado aturdida, demasiado enfadada. Durante toda su vida había creído que su padre estaba muerto y no

podía creer que su madre hubiera sido capaz de esconderle ese secreto durante tantos años. Y seguramente Doug tampoco hubiera querido dejarla ir de esa manera.

–Doug estaba reticente –admitió su madre–. Pero yo creí que era lo mejor para ti.

–¿Por qué? ¿Cómo iba a ser mejor decirme que mi padre había muerto?

–Fue un error, Carrie –dijo Doug–. Un terrible error. Jamás debí acceder. Me di cuenta en cuanto te conocí anoche.

Todo hubiera resultado muy bonito si se hubiera tratado de la escena de una película, pero Carrie sabía que eso no iba a ocurrir. Aún no era el momento. No iba a arrojarse a los brazos de su padre sin más para darle un abrazo y recuperar el tiempo perdido. Y ninguno de los dos abrazaría a su madre, ni siquiera aunque la hubieran perdonado.

Acababa de conocer a un cowboy de ensueño y estaba demasiado confundida tras haber oído la historia de sus padres. Estaba furiosa con su madre, con los dos. Y también recordaba todos esos comentarios peyorativos que Sylvia hacía acerca del Outback. Había pasado toda la vida escuchando cómo despreciaba la vida sencilla y el trabajo duro del campo.

No estaba lista para abrazos en ese momento, pero la situación no hizo más que empeorar cuando Doug mencionó a su vecino y comentó que habían congeniado mucho desde el primer momento.

–¿Un ganadero? –dijo su madre, poniéndose pálida–. Carrie, no querrás cometer el mismo error que yo.

Sylvia se puso peor cuando se enteró de que su hija tenía intención de volver a ver al ganadero.

–Oh, por favor… no. No me digas que está pasando de nuevo.

La señora se dejó caer sobre el sofá.

Durante unos segundos de absoluta estupefacción, Carrie y

Doug no pudieron hacer más que mirarse el uno al otro, y entonces Doug corrió junto a su madre. Se agachó junto a ella mientras Carrie buscaba el teléfono.

–Voy a llamar al médico.

Más tarde llamó a Max desde el hospital para decirle que habían ingresado a su madre.

–La van a dejar aquí esta noche en observación y le van a hacer algunas pruebas. No parece que sea nada serio. Creen que es estrés. Primero la están tratando para la hipertensión –Carrie suspiró–. Creo que no voy a poder salir contigo esta noche, Max.

–No. Tu madre te necesita.

Carrie no le habló de Doug Peterson. Era demasiado pronto para admitir que su familia parecía sacada de una telenovela. En cambio, hablaron de cuándo podrían volverse a ver.

–Voy a estar un poco ocupado durante las próximas dos semanas con el ganado, pero en cuanto termine la temporada de arreo, intentaré volver a Sídney. O a lo mejor para entonces tu madre se encuentra mejor y puedes venir tú a verme.

Carrie sonrió.

–Ese plan suena bien. Te mandaré por mensaje mi dirección de correo electrónico para que podamos estar en contacto.

«A lo mejor las cosas deberían haber terminado ahí», pensó Carrie mientras yacía en la cama, junto a Max, recordándolo todo.

Seguramente se hubiera ahorrado unos cuantos dolores de cabeza si las cosas hubieran acabado en ese momento.

Pero por aquel entonces terminar con Max jamás se le hubiera pasado por la cabeza. Una vez terminó la temporada de arreo viajó a Riverslea Downs y allí conoció a los padres de Max y a Barney. Para entonces, Max ya estaba al tanto del asunto de sus padres y no tardó en llevarla a Whitehorse Creek, donde conoció a Meredith también. Los lazos con su padre se fueron estrechando poco a poco y fue precisamente en Whitehorse Creek donde dio su primera lección de equitación.

Pero lo mejor de aquel primer viaje a Riverslea Downs había sido el paseo por las tierras de Max. Sintiéndose como la mismísima Pocahontas, Carrie había bajado por el río en canoa junto a Max. Habían acampado en la ribera y habían hecho el amor bajo la luz de las estrellas…

Él le había contado que muchos pájaros migraban de Indonesia y Nueva Guinea todos los veranos y que retornaban al norte a finales de marzo. Un día, junto al río, él le había mostrado distintas clases de pájaros, ejemplares de Tadorna radjah, de ibis y de águilas pescadoras de pecho blanco.

–Muy bien, David Attenborough –le había dicho ella, bromeando–. Espero que seas capaz de decirme el nombre de todos los pájaros que veamos.

Él lo había hecho, sin titubear. Le había puesto nombre a todas las aves que se habían encontrado por el camino, más de las que ella podría recordar jamás.

Al final de aquel viaje no le había quedado ni la más mínima duda. Max Kincaid era el hombre de sus sueños. Le adoraba y amaba su vida en el campo, y no había nada que su madre pudiera decir para hacerla cambiar de opinión. Pero Sylvia lo había intentado, muchas veces.

–Llegará un día en el que lamentarás haber conocido a Max – le había dicho una semana antes de la boda.

Carrie se había enojado mucho con su madre entonces por haber

intentado llenarla de prejuicios, pero su madre jamás había cambiado de parecer. Recordaba con toda claridad la expresión de su cara durante la boda, las lágrimas en sus ojos mientras la veía avanzar por el altar, del brazo de su padre.

Haciendo un esfuerzo por contener los sollozos que la hacían atragantarse, Carrie permaneció quieta en la oscuridad del dormitorio, aferrándose al borde del colchón.

Lo más aterrador era que la advertencia de su madre se había hecho realidad. Había llegado el día en que se había arrepentido de haber conocido a Max Kincaid. Después de oír la demoledora noticia que le había dado el médico acerca de su infertilidad, había llegado a la conclusión de que no era la mujer adecuada para Max Kincaid, con sus sueños de descendencia y herederos, de tradición familiar y de apego a la tierra.

Max no tardó en darse cuenta de su error. Era imposible dormir junto a Carrie. Ambos estaban tan tensos como animales atrapados, pero ni siquiera se podían dar la vuelta por miedo al contacto físico. Alrededor de la media noche, dándose por vencido, se fue a la habitación vacía con la esperanza de poder dormir un poco. Sorprendentemente lo logró, y se despertó unas pocas horas más tarde, poco antes del amanecer. Incapaz de seguir tumbado, aturdido por los pensamientos, se levantó y se vistió a toda prisa. Al salir, miró en dirección a la puerta abierta del dormitorio de Carrie. Ella parecía haberse quedado profundamente dormida, por fin.

Abandonó la casa y llamó a Phoenix con un silbido. Era su caballo favorito. Un buen paseo a caballo siempre le calmaba la cabeza, pero esa mañana no era de esas. A pesar del agradable frescor del amanecer de otoño y del cielo azul que colgaba sobre su cabeza, no fue capaz de huir de esa pesada realidad que caía como un plomo sobre su estómago. Su relación con Carrie se iba a pique, sin remedio.

Todo había sido maravilloso… hasta aquel viaje fatal a Sídney en noviembre.

–Eso huele muy bien –dijo Carrie al entrar en la cocina. Estaba pálida y parecía muy cansada.

–¿Tienes hambre? –Max se volvió hacia ella.

Había decidido preparar un buen desayuno con beicon, huevos, tomates fritos y tostadas. Tenía mucha hambre después del paseo a caballo y albergaba la esperanza de que el aroma de la comida invitara a Carrie a salir de su habitación.

–Me muero de hambre. Yo preparo las tostadas.

La tostadora sacó dos rebanadas de pan bien hechas justo en ese momento y Carrie fue hacia el frigorífico para sacar la mantequilla. Mientras untaba el pan, Max se dedicó a servir el contenido de la sartén humeante.

A pesar del barniz de normalidad de la situación, no obstante, Max no tardó en darse cuenta de que las cosas no iban del todo bien una vez se sentaron a la mesa. Conocía bien a Carrie y siempre había sido muy conversadora, pero esa mañana no decía nada.

En un par de ocasiones intentó iniciar una conversación, pero ella tenía esa mirada vítrea que no dejaba lugar a dudas. Tenía la mente en otra parte.

Cuando terminó de desayunar, Max se sirvió otra taza de café y se sentó de nuevo, haciendo un esfuerzo por aparentar una calma que no sentía.

–Creo que tenemos que hablar.

El rostro de Carrie se contrajo.

–Creo que no estoy preparada, Max. Todavía me siento muy confusa.

–¿Qué es lo que te hace sentir confusa?

Ella cerró los ojos, como si la pregunta fuera demasiado difícil de contestar.

–Todo.

–Carrie –haciendo un esfuerzo, Max logró reunir algo más de paciencia–. No voy a dejar que te alejes de mí, no de nuevo, no después de todo lo que hemos vivido estos días. No tiene sentido.

Al oírle, Carrie abrió los ojos. Sus ojos color chocolate reflejaban culpabilidad.

–Lo sé. Ahora mismo tampoco tiene sentido para mí.

Bajando la mirada de nuevo, Carrie comenzó a juguetear con el asa de la taza.

–Lo siento, Max. Lo siento de verdad. Siento la forma en que… sobre todo siento la forma en que me tiré a tus brazos.

–¿Pero por qué lo sientes?

–Estuvo mal. Yo… no estaba en mis cabales. Había olvidado cómo me sentía.

–¿Sentías? –repitió Max, sin entender nada.

–Respecto a este lugar.

Max sintió que algo se convertía en hielo en su interior.

–Entonces… Hemos vuelto a la normalidad, ¿no? Hace un rato me decías lo mucho que te gustaba esta vida, y ahora me dices que estás deseando irte de aquí. ¿Es eso lo que me estás diciendo? ¿También vas a decirme que lo que pasó ayer entre nosotros fue un error? ¿Solo creíste que querías hacer el amor conmigo? ¿Solo te pareció que lo

habías disfrutado?

Carrie respiró profundamente y mantuvo la vista fija en un punto indefinido del suelo.

En ese momento sonó el teléfono, cortando el silencio como una espada.

Max mascullo un juramento. Para Carrie, en cambio, fue todo un alivio, un escape de ese momento tan incómodo. Ansiosa, corrió a contestar.

–¿Hola? –dijo, de espaldas a Max.

La persona que llamaba parecía tener muchas cosas que decir. Max se figuró que debía de ser Sylvia.

Comenzó a recoger los platos, consciente de que ese debía de ser el final de ese intento de conversación franca y sensata con Carrie.

Tendría que tener paciencia e intentarlo de nuevo más adelante.

–Entiendo –dijo Carrie–. Es terrible. Sí. Iré de inmediato. Sí, claro.

Max sintió que la carne se le ponía de gallina en la nuca.

¿Cuál sería el plan malvado de la Dragona Madre esa vez?

–¿Qué ha pasado? –le preguntó al ver cómo se dejaba caer en una silla, claramente afectada–. ¿Con quién has hablado? ¿Tu madre?

Ella sacudió la cabeza.

–No. Era Jean, la vecina de mi madre. Está en el hospital. Le ha dado un ataque al corazón.

–Oh, Dios.

Max llegó junto a Carrie en dos zancadas. Ella sintió el roce de las yemas de sus dedos en el cabello. Quería abrazarle, refugiarse contra su pecho… pero no podía hacerlo. Había pasado una larga noche de insomnio diciéndose a sí misma que no podía volver a flaquear de esa manera.

–¿Sabes cómo está?

–No. Pero Jean dice que está en la unidad de cardiología, no en cuidados intensivos, así que imagino que eso debe de ser bueno.

–Imagino que querrás irte a Sídney lo antes posible.

–Sí.

–Es una pena que hayas deshecho la maleta ya.

Carrie logró esbozar una tenue sonrisa.

–Voy contigo, Carrie.

La sonrisa de Carrie se desvaneció.

–No puedes. Estás demasiado ocupado aquí con el arreo del ganado. Max, no tienes por qué venir.

Él sacudió la cabeza.

–El arreo no empieza hasta dentro de dos semanas, y Barney puede ocuparse de todo. Quiero ir.

Capítulo 12

Max no la defraudó, como siempre. Mientras sacaba la maleta de nuevo del armario, él se ocupó de organizar lo del viaje a Sídney e hizo reservas en un hotel que estaba cerca del hospital.

El aeropuerto más próximo estaba en Townsville y Max se abstuvo de hacer más preguntas difíciles durante el trayecto.

El vuelo duró un par de horas y media y a Carrie le resultó completamente agotador, sobre todo después de una noche en vela. Una vez llegaron fueron directamente al hospital.

Max le dijo que la esperaría en la sala de espera, sin duda para no alterar más a Sylvia con su presencia.

Con un ramo de rosas de color rosado en mano, las favoritas de su madre, Carrie entró en la zona de cardiología. Su madre estaba despierta y aparentemente parecía estar bien, pero estaba pálida y parecía cansada. Un montón de cables la conectaban a una serie de monitores.

–Cariño. Qué sorpresa. No esperaba verte tan pronto –señaló una silla que estaba a su lado–. Siéntate, Carrie. Cuéntame.

Carrie le contó que había recuperado la memoria, pero prefirió no decirle que en su actual estado de ánimo la memoria era su peor enemiga, que se había encontrado con una realidad a la que no se quería enfrentar.

–Me resultó muy estresante la idea de que estuvieras sola ahí en el campo, sin recuerdos. Pobrecita. Ni siquiera sabías que se suponía que no tenías que estar ahí más.

–No –le dijo Carrie. Era una suerte que su madre no estuviera al tanto de las cosas que habían pasado durante esa última semana en Riverslea.

–Supongo que ahora que ya estás aquí te vas a quedar en Sídney.

–Bueno… –Carrie bajó la vista–. Me quedaré todo el tiempo que me necesites.

–Pero no vas a volver con Max, ¿no? Me dijiste que querías dejarle. ¿Qué está pasando?

Una vez más, Carrie titubeó.

–Todavía estoy intentando acostumbrarme a todo.

Para cambiar de tema, Carrie buscó en su bolso y sacó unas revistas que había comprado en el aeropuerto, antes de salir.

–Toma. Aquí tienes algo para leer. La parte de hogar y decoración está muy bien, y hay algunas recetas muy ricas para personas con problemas de corazón.

Carrie se quedó durante cinco minutos más y logró reconducir la

conversación hacia los amigos e intereses de su madre.

–Creo que ya es hora de que te deje descansar, mamá –le dio un beso en la mejilla–. Me dijeron que no podía quedarme mucho tiempo –le apretó la mano con cariño–. Te veo esta noche.

–Te esperaré con ilusión.

Los ojos de su madre brillaban con una ternura inesperada y Carrie sintió el picor de las lágrimas en los ojos al marcharse.

Encontró a Max en la sala de espera. Él se puso en pie en cuanto la vio y Carrie no pudo evitar fijarse en su imponente estatura, en su físico fuerte y protector… De repente sintió la punzada de la nostalgia en el pecho y tuvo que parpadear rápidamente para disimular las lágrimas que acudían a sus ojos.

Él frunció el ceño al ver su expresión. Parecía muy preocupado. Era evidente que esperaba malas noticias.

–Mi madre está bien –le dijo ella.

Él soltó el aliento, visiblemente aliviado.

–Es una muy buena noticia. Te vi tan mal que me preocupaste mucho.

–Lo siento. Supongo que estoy muy cansada. Pero mi madre parece encontrarse bastante bien, de verdad, mucho mejor de lo que esperaba.

–Eso es estupendo –Max miró hacia la salida, situada al final del corredor–. ¿Quieres que nos vayamos de este lugar?

–Sí, por favor. Me muero por un buen café.

–Bueno, vamos a buscar uno entonces.

A medio camino de la salida, Carrie reconoció al hombre que se dirigía hacia ellos.

–¿Señora Kincaid? ¿Cómo se encuentra?

Carrie sintió el calor de un rubor repentino. Nunca le había contado a Max que había visitado al médico en varias ocasiones para hacerse un escáner y radiografías, y tampoco había mencionado nada de sus citas con el ginecólogo.

–Hola, doctor Bligh.

–¿Todo bien? –le preguntó el médico.

–Oh, sí –le dijo Carrie rápidamente en un tono algo nervioso– . Vengo de visitar a mi madre –añadió, señalando en dirección al área de cardiología.

–Ah, muy bien. Espero que se encuentre bien.

–Sí. Está bien. Gracias.

El médico le dedicó una cálida sonrisa a Max.

–Hola. Creo que no nos conocemos.

–Lo siento –Carrie les interrumpió, cada vez más incómoda–. Doctor Bligh, este es mi marido, Max.

Sabía que Max se estaría preguntando qué estaba ocurriendo.

–Un placer conocerle, doctor –dijo Max, estrechándole la mano. Su sonrisa era cordial, pero tensa.

–Yo también me alegro mucho de conocerle, Max.

El doctor Bligh les dedicó otra sonrisa efusiva, pero su expresión se volvió seria en un abrir y cerrar de ojos.

–Bueno, ¿qué tal se encuentran? ¿Ya lo llevan todo mejor?

El médico se refería a su infertilidad. No había lugar a dudas.

Carrie sintió que se le helaba la sangre. Era incapaz de articular una respuesta adecuada.

–Estamos bien. Gracias –dijo finalmente, consciente de lo extrañas que sonaban sus palabras.

Los ojos del médico reflejaron preocupación. De pronto miró a Max durante una fracción de segundo y entonces asintió con la cabeza.

–Me alegra oír eso. Les deseo todo lo mejor. Llego un poco tarde, como siempre.

El médico se despidió con un gesto y siguió adelante a toda prisa.

Temblando, Carrie se atrevió a mirar a Max de soslayo.

–¿De qué se trata todo esto?

Para disimular los nervios, Carrie continuó andando y le contestó mirando por encima del hombro.

–Fui paciente suya.

–¿Pero qué clase de médico es?

–Ginecólogo.

Max frunció el ceño y la agarró del brazo, obligándola a detenerse.

–¿Cuándo ibas al ginecólogo? ¿Antes de conocernos?

–Le vi el año pasado –masculló Carrie finalmente, dándose la vuelta para seguir adelante.

Max la alcanzó.

–¿El año pasado? ¿Estuviste viendo a un ginecólogo el año pasado aquí en Sídney?

–Sí –le dijo ella, sin mirarle a la cara.

–¿En noviembre del año pasado?

El corazón de Carrie comenzó a latir furiosamente, pero siguió adelante.

–¡Carrie! –una vez más, Max la agarró del brazo–. No juegues. Ya sabemos qué pasó cuando regresaste de Sídney el año pasado en noviembre.

Estaban muy cerca de un puesto de enfermeras y Carrie estaba segura de que les habían oído, pero Max no parecía haberse dado cuenta. Estaba demasiado preocupado, estupefacto.

–Oh, Dios –exclamó, agarrándola de los codos–. Ese médico no te dio buenas noticias, ¿no? ¿No estás…? –Max tragó en seco– . No es nada serio, ¿no? No es nada terminal, ¿no?

Carrie contuvo el aliento. De repente estaba tan pálido que casi parecía que se iba a desmayar.

–No, Max, no. No es nada de eso.

Se fijó en las puertas de cristal de la salida.

–Salgamos, por favor.

–Muy bien –le dijo Max, yendo tras ella–. Pero tienes que contármelo todo.

Encontraron un parque vacío a la sombra de un enorme arce, con bancos situados alrededor de un estanque.

–Bueno, ¿de qué se trata todo esto? –le preguntó Max, sin rodeos–. ¿Por qué fuiste a ver a un ginecólogo y no le dijiste nada a tu marido?

–No quería preocuparte.

Carrie hizo una mueca. La excusa sonaba muy pobre en ese momento. ¿Por qué le había parecido tan adecuada en el pasado?

–Como sabes, hemos estado intentando tener un bebé durante bastante tiempo, y yo estaba preocupada. Sentía que algo no estaba bien. Pero me sentía tan bien que pensé que tendría que ser una pequeñez… No quería preocuparte. Solo quería resolver las cosas.

–Pero no resultó ser una pequeñez, ¿no?

–No.

Carrie podía sentir el picor de las lágrimas en la garganta, en los ojos.

–El doctor Bligh me dijo que no puedo tener un bebé, que no podré tenerlo nunca. Tengo un problema en el útero, una malformación, y no se puede corregir con cirugía.

–Oh, Carrie…

El dolor que Carrie vio en sus ojos fue desgarrador. Él se volvió hacia el estanque y mantuvo la vista al frente. Los nudillos se le habían puesto blancos.

–Llegaste a casa con algo importante que decirme, algo que nos podía cambiar la vida y, sin embargo, elegiste guardar silencio.

Su rostro parecía haberse vuelto de piedra y su voz sonaba áspera.

–Lo siento –le dijo ella–. Pensé que era mejor así.

–En lugar de decirme la verdad, volviste a casa y empezaste a mostrar un gran desinterés por mí. ¿Por qué lo hiciste, Carrie? ¿Fue porque no podíamos tener familia? ¿Acaso era eso todo lo que esperabas de nuestro matrimonio?

–¡No! –exclamó Carrie–. Lo has entendido todo mal, Max. No se trata de lo que yo quería. Lo hice por ti. Sé lo importante que era para ti tener hijos. Ha habido cinco generaciones de Kincaids en Riverslea. Es una tradición y yo no quería acabar con ella.

–Tiene que ser una broma.

Los ojos de Max parecían arder por dentro y su voz sonaba furiosa. Se puso en pie de un salto y se volvió hacia ella con las manos

levantadas y los puños cerrados. De repente los dejó caer.

–No me puedo creer que hayas pensado algo tan bajo de mí. ¿De verdad llegaste a pensar que te echaría de mi vida si no podías darme un hijo?

–No. Yo sabía que no ibas a hacer eso. Ese era el problema. Sabía que ibas a decirme que no importaba. Sabía que tratarías de comportarte de la manera más noble posible.

–¿Noble? –Max la miró como si hubiera perdido el juicio–. Entonces, ¿la solución que encontraste para el problema fue pasar meses y meses haciéndome creer que estabas cansada de mí y de Riverslea? –Max levantó ambas manos e hizo un gesto de impotencia.

Carrie trató de explicárselo todo.

–Era la única forma que se me ocurrió para dejarte libre.

–¿Dejarme libre?

Max dio media vuelta y echó a andar.

–No vas a dejarme, ¿no? –exclamó Carrie, desesperada. Sin embargo, en cuanto las palabras salieron de su boca se preguntó por qué le había dicho eso.

Lo que estaba ocurriendo era lo que merecía, después de todo.

–¿Y por qué no? –Max se dio la vuelta–. ¿No es eso lo que querías?

Carrie guardó silencio, pero él se detuvo. Cada músculo de su cuerpo parecía estar en tensión y su mirada la atravesaba de lado a lado.

–Muy bien, Carrie. Quiero que te quede claro mi punto de vista respecto a todo esto. Si me hubieras dicho la verdad, te hubiera dicho que no tenía importancia, y no lo hubiera hecho porque soy noble. Esto no tiene nada que ver con ser noble. Se trata de que te amaba. ¿Por qué no pudiste confiar en mí? ¿Por qué no pudiste creer que nuestro amor era lo bastante fuerte como para poder lidiar con cualquier cosa que se nos presentara en la vida, ya fuera malo o bueno?

Los ojos le brillaban.

–Yo me sentí como si se me hubiera acabado la vida el día que te fuiste.

En ese momento dio media vuelta y echó a andar de nuevo.

Carrie se quedó allí, en mitad del pasillo, incapaz de moverse. Era demasiado tarde. Max no la escucharía.

–¿Puedes decirme al menos adónde vas? –exclamó, corriendo tras él.

–No lo sé. Supongo que voy a buscar otro hotel.

–No hace falta, Max. Mi madre me ha dado su llave. Me voy a su casa.

Él se detuvo. El aspecto práctico de la situación le había tomado por sorpresa.

–Muy bien. Me da igual –le dijo, encogiéndose de hombros–. Haz lo que quieras.

Capítulo 13

Tras varios días de duro trabajo sobre la silla de montar y noches a la intemperie, el arreo del ganado llegó a su fin.

Un ruido fuerte y sibilante rompió la quietud de la mañana a medida que se soltaban los frenos de compresión. Los motores rugieron al revolucionarse y, poco a poco, los enormes vehículos echaron a andar. Cada uno de ellos llevaba tres remolques cargados de ganado de Riverslea Downs. Max estaba junto a Barney, viendo cómo se alejaban los transportes, levantando rojas nubes de polvo a su paso.

–Bueno, otro año más –dijo Barney, quitándose el sombrero de la frente con un gesto de cansancio–. Te digo que estoy agotado.

–Has trabajado muy duro, Barney –dijo Max–. Tienes que tomarte un descanso durante unos días.

–No te voy a decir que no.

Tomaron una taza de té junto a la veranda de la casa y charlaron de muchas cosas, excepto de Carrie. Ella se había convertido en un tema tabú desde su regreso de Sídney. Llevaba casi un mes sin tener contacto con ella. La idea de que hubiera decidido abandonarle solo porque no podía tener un hijo con él le partía en dos. No tenía sentido entonces y tampoco lo tenía en ese momento, pero al menos había logrado entender el gran dolor que la había conducido hacia ese pensamiento irracional. La noche anterior, al llegar a casa por fin, se había dirigido directamente hacia el buzón del correo y había mirado todos los sobres bajo la luz de una linterna. Había muchas facturas, pero no había ninguna carta de Carrie. Ni siquiera Clover había estado allí para recibirle. Se la había dejado a Meredith para que la cuidara durante esos días.

Una vez dentro de la casa, había escuchado todos los mensajes del contestador, pero no había nada de su esposa. Ya no quedaba nada por hacer, nada… excepto una cosa.

La sala de espera de la clínica de fertilidad estaba llena de mujeres embarazadas, como era de esperar. Carrie mantuvo la vista al frente para esquivar esas barriguitas que tanto la entristecían. Se sentó en una esquina y se dedicó a leer una revista de moda. Quería prestarle

toda su atención, pero su mente no hacía más que desviarse hacia otros pensamientos. ¿Cómo iría todo en Riverslea Downs? ¿Qué se había perdido durante todas esas semanas? El arreo del ganado siempre era una época muy ajetreada, el gran momento del año.

–¿Señora Kincaid?

Carrie se sobresaltó al oír su nombre. Nerviosa y ruborizada, entró en el despacho, pero, una vez dentro, se dio cuenta de que aquel lugar no parecía una oficina, sino un salón muy acogedor. Una mujer de unos cincuenta años se levantó de un sofá al verla entrar y le dedicó una sonrisa efusiva. Tenía el pelo corto y muy oscuro y su mirada era cálida.

–Hola, Carrie –dijo.

Llevaba pulseras rígidas que producían un tintineo muy agradable al moverse.

–Soy Margaret –añadió, tendiéndole la mano.

Carrie le devolvió la sonrisa.

–Hola, Margaret. Encantada de conocerte.

Max llegó a Sídney en un frío día de finales de otoño. El cielo, gris y sombrío, auguraba la llegada del invierno y un viento inclemente azotaba las ramas de los árboles, partiéndolas y esparciendo sus restos por doquier. Sintiéndose en absoluta consonancia con el tiempo, Max llamó a la puerta de la casa de su suegra.

En cuestión de segundos oyó unos pasos que se acercaban y entonces la puerta se abrió.

–¡Max! –su suegra parecía muy sorprendida–. ¡Por Dios!

Exhibiendo una manicura perfecta, Sylvia se llevó una mano a la cabeza. Su cabello, de color gris plata, había sido moldeado hasta formar un peinado perfecto.

–¿Qué estás haciendo aquí? ¿Estás buscando a Carrie?

–Eso es, Sylvia. ¿Cómo estás?

–Oh… –nerviosa, Sylvia tiró de los dos lados de la rebeca que llevaba puesta–. Estoy bien. Gracias. Ya me he recuperado, pero sigo con la medicación.

–Te veo muy bien.

–Gracias. Pero si estás buscando a Carrie, me temo que no puedo ayudarte.

Max frunció el ceño.

–¿Qué quieres decir? ¿No está aquí contigo?

–Estaba. Pasó varias semanas aquí, cuidándome, pero ahora me encuentro bien y ella decidió mudarse a otro sitio, a un piso pequeño como el que tenía antes…

–Antes de que nos casáramos –Max terminó la frase por ella.

–Sí.

Sylvia parecía incómoda.

–Entonces Carrie se está quedando en otro sitio, un sitio nuevo. Supongo que sigue en contacto contigo, ¿no?

–Bueno, lleva unos días sin llamarme –Sylvia miró a Max fijamente. Había preocupación en sus ojos–. Tengo que decir que estoy preocupada por ella. Sé que se quedó muy afectada cuando terminó su matrimonio. Pensé que empezaría a recuperarse cuando pasaran algunas semanas, pero no ha hecho más que empeorar.

Max sintió esperanza y temor al mismo tiempo.

–Sylvia, ¿puedo pasar? Creo que tenemos que hablar.

Con un gesto que no era precisamente de felicidad, Sylvia retrocedió y le dejó entrar en la casa.

–Siéntate, por favor. ¿Te apetece una taza de té?

–No, gracias. Sylvia, tengo que disculparme. Cuando estuve aquí en Sídney, lo hice todo mal, me temo. Carrie debió de contarte la discusión que tuvimos. Me temo que yo estaba muy enfadado y reaccioné de una forma exagerada. Volví a Riverslea sin despedirme siquiera.

Sylvia le miró, boquiabierta. Parecía absolutamente confusa, como si no tuviera la menor idea de lo que estaba diciendo.

–Lo siento. ¿Qué hacías aquí en Sídney?

–Traje a Carrie en cuanto nos enteramos de que habías tenido un ataque al corazón.

Sylvia continuaba estupefacta.

–¿Tú también viniste? Qué raro… Ella nunca me lo dijo.

Max pensó que esa no era una buena señal, pero tampoco podía culpar a Carrie por ello. ¿Cómo iba a admitir que él había dado media vuelta y la había abandonado pocas horas después de llegar a la ciudad?

–Carrie iba a dejarte, ¿no es así? –le preguntó Sylvia a continuación, haciendo uso de ese tono directo e hiriente que la caracterizaba.

Max asintió con el rostro serio.

–Esa era su intención antes de caerse del caballo.

Los labios de Sylvia se contrajeron.

–Sí. Ese fue el momento en el que todo se torció.

Max guardó silencio. Para él había sido todo lo contrario.

–Sylvia, supongo que Carrie te comentó que no puede tener hijos, ¿no?

Su suegra pareció quedarse atónita; tanto así que Max temió que pudiera darle otro ataque al corazón.

–No quería asustarte.

–Estoy bien –dijo ella.

Había perdido, sin embargo, esa actitud impasible y fría de siempre.

–¿De verdad que no puede tener hijos? –le preguntó, asustada.

–Así es. Me temo que no puede. Tiene un problema en el útero, una malformación.

–Oh, mi niña.

Por primera vez, Sylvia Barnes pareció haber encogido y envejecido de golpe ante sus ojos.

–Lo siento mucho. Estoy seguro de que Carrie te lo hubiera dicho.

–Eso crees, ¿no? –Sylvia se llevó una mano a los labios para contener el temblor que la sacudía. Respiró profundamente, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo para no echarse a llorar.

–Estoy empezando a pensar que debe de haber muchas cosas que no sé.

Max jamás hubiera esperado sentir pena por su suegra, pero Sylvia parecía genuinamente afectada, y comprendía muy bien el dolor que sentía en ese momento.

Con una dignidad admirable, Sylvia se levantó de su silla.

–¿Por qué no vienes a la cocina, Max? Yo sí que necesito esa taza de té. Mientras la preparo, me puedes contar de mi hija.

Max le dio su versión de todo lo ocurrido en Riverslea durante esos últimos meses. Para su sorpresa, Sylvia no le interrumpió ni una sola vez. Parecía totalmente entregada al relato de los acontecimientos, casi arrepentida. La noticia de la infertilidad de su hija parecía haber hecho temblar el terreno que estaba acostumbrada a pisar.

–Tengo que admitir… –le dijo mientras le servía la segunda taza de té–. Simplemente pensé que Carrie estaba siguiendo mis pasos cuando dejó de sentir ese apego a Riverslea Downs. Se mostró tan testaruda cuando se empeñó en casarse contigo y en irse a vivir al campo. Supongo que yo esperaba que se diera cuenta de su error y que recuperara el sentido común. Y cuando por fin ocurrió, yo sentí que mis reticencias estaban totalmente justificadas.

–Carrie fue muy convincente.

–Ella me tenía como modelo a seguir –admitió Sylvia en un tono que sonaba ligeramente culpable–. Pero no puedo creer que haya decidido irse porque no podía tener hijos contigo –los ojos de Sylvia se humedecieron–. No estaba en sus cabales.

–No. Yo también lo creo. Trataba de cargar con ello sola, pero en realidad era algo que podíamos compartir.

–Sí… Sospecho que a Carrie le vendría bien un poco de ayuda profesional. Creo que a los dos os vendría bien.

Max sabía que Sylvia tenía razón. La idea de acudir a un psicólogo no le resultaba del todo agradable, pero estaba dispuesto a hacer

cualquier cosa por ayudar a Carrie y salvar su relación.

–Vine a Sídney a buscar a Carrie, para hacer lo que sea necesario.

–Ah, sí –Sylvia se quedó pensativa y respiró profundamente–. Tengo que confesar que te mentí. Sí sé dónde se está quedando. –Eso es…

Sylvia levantó una mano, interrumpiéndole.

–Pero, lo siento, Max –dijo rápidamente–. En este momento no sé si Carrie quiere verte, así que solo puedo darte su dirección.

Afortunadamente, Max no llegó a mascullar el juramento que afloraba a sus labios en ese instante.

–Por Dios. Carrie es mi esposa. La amo.

De alguna forma, Sylvia y él habían alcanzado un entendimiento mutuo que casi rozaba el respeto, algo que Max jamás hubiera creído posible. En ese momento, sin embargo, Max sintió el embate de esa vieja frustración que siempre había sentido en presencia de Sylvia. ¿Acaso nunca sería capaz de confiar en él?

–No es el fin del mundo –le dijo Sylvia, ofreciéndole una sonrisa que parecía franca–. Tienes el teléfono de Carrie.

–Sí, pero no me contesta.

–Bueno, le diré que estás aquí en Sídney y que te gustaría verla. Si quiere hablar contigo se pondrá en contacto. Eso es razonable, ¿no?

–Sí. Por supuesto.

Max reprimió un suspiro.

Dos días más tarde, sin embargo, Max seguía sin tener noticias de Carrie. Esas cuarenta y ocho horas habían sido las más largas de toda su vida. Ya se le habían agotado los recursos y no sabía qué más hacer, aparte de contratar a un detective privado. Después de otra noche en soledad y de unas cuantas cervezas de más, Max regresó al norte, solo. Ya sabía lo que era sentirse completamente desolado, pero toda la tristeza que había experimentado en el pasado no era nada en comparación con lo que sentía en ese momento.

El trayecto desde Townsville hasta Riverslea Downs nunca le había parecido tan largo y ya estaba atardeciendo cuando llegó por fin.

Siempre le había gustado el momento en que tomaba la última curva del sendero serpenteante y salía a campo abierto para ver su casa, su hogar, el lugar al que pertenecía. Y esa hora del día era su favorita. El resplandor dorado de la puesta de sol parecía surgir de las colinas del oeste y largas sombras caían sobre los prados.

Aparcó cerca de los peldaños de la entrada, tomó su bolso de viaje del asiento de atrás y entró en la casa. Ni siquiera se había molestado en cerrar con llave y la puerta se abrió con facilidad. Dejó el bolso en el suelo y fue de una habitación a otra rápidamente, sin fijarse en los

detalles y encendiendo todas las luces para animarse un poco.

Cuando llegó a la puerta de atrás se detuvo y miró hacia los árboles del jardín que estaban justo delante de la huerta de Carrie. Más allá estaba la casa de Barney y se veía luz a través de una ventana.

Vio al viejo vaquero parado frente a su casa, saludándole con un gesto efusivo.

–Solo quedamos tú y yo, viejo –dijo para sí, devolviéndole el saludo con la mano.

Al darse la vuelta para volver a entrar en la casa, notó un ligero movimiento por el rabillo del ojo, cerca de la huerta.

¿Un canguro, tal vez?

Max escudriñó las sombras. Era una figura humana.

Una figura esbelta emergió de repente y el corazón le dio un vuelco. Era una mujer con vaqueros y una camisa de cuadros azules. El cabello, castaño oscuro, le llegaba hasta los hombros.

Iba hacia él.

De pronto la vista se le nubló un poco y tuvo que frotarse los ojos con el dorso de la mano.

Pero sí lo sabía.

Carrie iba hacia él a paso rápido. Se estaba guardando los guantes de jardinería en el bolsillo de los vaqueros.

Capítulo 14

Carrie quería echar a correr hacia Max, arrojarse a sus brazos, pero él no se había movido ni un centímetro del peldaño inferior, y su impulso se disolvía por momentos.

Parecía tan serio, tal vez molesto, como si no se alegrara de verla.

–¿Cuánto tiempo llevas aquí?

–Llegué ayer. Tomé un bus en Townsville y vine hasta Julia Creek. Después conseguí que me trajera el cartero.

–He estado en Sídney. Te he estado buscando.

–Lo sé. Barney me lo dijo. Lo siento, Max. Todavía estaba todo muy confuso como para intentar arreglarlo por teléfono. Necesitaba verte en persona.

Tenerle de frente, cara a cara, hacía que le flaquearan las fuerzas, y ya no se sentía tan valiente. Max ya no tenía el ceño fruncido, pero tampoco sonreía.

La luz de la cocina estaba encendida y arrojaba un halo luminoso sobre su silueta.

–Pensaba que estabas viviendo en un piso en Sídney.

–¿Mi madre te lo dijo?

–Sí –Max cruzó los brazos sobre el pecho.

–Yo la dejé pensar eso. Si le hubiera dicho que tenía pensado volver, hubiéramos discutido.

–Entiendo. Bueno, ¿por qué has vuelto, Carrie?

–Max, ¿vamos a seguir discutiendo?

–No lo creo. Pero quiero saber por qué estás aquí.

–He venido a disculparme.

Él sacudió la cabeza.

–¿Porque no puedes tener un bebé? Carrie, no tienes que disculparte por eso.

–Siento la forma en que manejé la mala noticia.

–Yo tampoco supe hacer bien las cosas. Reaccioné de una forma exagerada, y es por eso que volví a Sídney, para encontrarte.

–Entonces entiendo que no vamos a pelear más, ¿no?

Él sonrió, por fin.

–Supongo que no.

Carrie soltó el aliento, aliviada. Podía decirle de una vez la verdadera razón por la que estaba allí.

–Estoy aquí porque te quiero. Te quiero tanto, más que nunca. Y tengo la esperanza de que…

–Shh –de una zancada Max llegó a su lado y le puso un dedo sobre los labios–. No pasa nada, cariño.

Sin darle tiempo a decir nada más, puso un brazo alrededor de sus hombros y el otro por debajo de sus rodillas, y entonces la alzó en el aire.

En cuanto estuvieron dentro de la casa, cerró la puerta de un puntapié y, apoyándola contra la superficie, tiró de ella y la abrazó con todo su cuerpo.

–Bienvenida a casa, Carrie.

–Me siento tan bien por estar aquí.

Cuando sus labios chocaron por fin se besaron lentamente, casi con timidez, pero el beso no tardó en convertirse en algo más apasionado, un beso con corazón y alma, un beso que ahuyentaba la desesperación.

–Te quiero –le dijo Carrie una vez más–. Lo sabes, ¿no?

–Claro que sí, cariño.

–He ido a ver a un psicólogo, Max.

Él le sujetó un mechón de pelo detrás de la oreja.

–Esa fue una muy buena decisión.

–Me dijo muchas cosas que me ayudaron bastante, y te las contaré un día. Me hizo sentir mucho mejor.

–Esas son las mejores noticias que podías darme, Carrie.

Carrie sintió que tenía que decirle todo lo que llevaba dentro de una vez.

–Cuando me dijeron que era infértil, fue todo un shock para mí. Debería haber buscado ayuda.

–Cariño, deberías haberlo compartido conmigo.

–Sí, en vez de guardármelo todo y culparme por ello.

–Estabas demasiado estresada como para poder pensar con claridad.

–Supongo que… mi decisión de dejarte, de dejarte libre, parece una locura, pero en ese momento me pareció que era la única alternativa.

–No tiene importancia ahora –Max le dio un beso en la frente, en la mejilla, en la curva del cuello–. Lo que importa ahora es que estás aquí, y estás para quedarte.

Deslizó las manos a lo largo de su espalda hasta llegar a su cintura y entonces recorrió las curvas de sus caderas. Los guantes que Carrie se había guardado en el bolsillo de atrás del pantalón cayeron al suelo.

Max se echó a reír.

–Ya veo que has retomado la jardinería, ¿no?

–No pude contenerme. He comprado muchas semillas en Sídney y quería preparar el suelo. Pero me hubiera gustado haberte recibido dentro, duchada y con un perfume rico.

–Espero que el psicólogo no te haya dicho eso.

–No. Claro que no. Pero sí me dijo que el futuro traerá sus malos momentos. Me dijo que el problema de la infertilidad es una pena que permanece, y la tristeza viene y va. Habrá días tristes, para los dos. Creo que una parte de mí siempre sentirá no poder tener hijos.

–Sí. Yo también lo sentiré.

Max la atrajo hacia sí y la hizo apoyar la cabeza contra su pecho para que pudiera oír los latidos de su corazón.

–Pero nunca estaré tan triste como cuando creí que te había perdido, Carrie.

–Oh, Max –Carrie se estremeció–. Ahora no sé cómo se me pudo ocurrir que irme era una buena idea –apoyó la cabeza contra su hombro y le acarició la barbilla con las yemas de los dedos–. Supongo que fue una suerte perder la memoria.

Max la abrazó con fuerza.

–Daré gracias a Dios por ello durante el resto de mi vida.

Epílogo

Dos años más tarde…

La temporada del arreo del ganado había pasado una vez más. Carrie había ejercido de cocinera del campamento y había quedado encantada con los manjares al fuego que había preparado, pero era muy agradable estar de vuelta en casa. Era maravilloso echar la ropa sucia en la lavadora y deleitarse con un baño de burbujas.

Carrie salió del humeante cuarto de baño sintiéndose una mujer nueva. Max estaba en el pasillo. Los ojos le brillaban de emoción.

–Hay un mensaje de Sally en el teléfono.

–¡Sigue embarazada! ¡Ya está de más de tres meses!

–¡Oh, Dios mío!

Carrie le miró fijamente, estupefacta. No había pensado en nada más durante las semanas que habían pasado lejos de casa. Apenas unos meses antes había vivido el momento más feliz de su vida cuando la hermana de Max había regresado de Inglaterra y se había ofrecido a hacer de madre de alquiler.

Al principio ambos se habían quedado atónitos, pero al final habían aceptado, llenos de gratitud y alegría.

Durante la temporada de arreo, Carrie había cruzado los dedos para que todo fuera bien en Sídney con Sally y su embarazo, y su sueño se había hecho realidad. El embrión que había sido implantado en el útero de Sally había superado los tres meses.

–Sally me dijo que mirara mi correo electrónico. Hay una imagen de la ecografía, pero quería esperar para que pudiéramos verla juntos.

–¡Oh, Max! –Carrie gritó y le abrazó rápidamente.

Ambos estaban ansiosos por sentarse frente al ordenador, así que corrieron rumbo al despacho. Max ya había descargado los correos, así que solo tuvieron que hacer clic sobre el adjunto del mensaje.

Y ahí estaba… una imagen en blanco y negro de un bebé diminuto y perfectamente formado.

Carrie tuvo que secarse las lágrimas.

–¿No es precioso?

–Parece una especie de alienígena –dijo Max, sonriendo de oreja a oreja.

Carrie le dio un golpecito de broma.

–Todos se ven así en esta etapa.

–Sí, lo sé.

–Me pregunto si será niño o niña.
–No importa, ¿no?
–No. Claro que no. Y creo que no quiero saberlo hasta que nazca. Así será más emocionante.
–¿Crees que podremos soportar más emoción y misterio?
Carrie se volvió hacia Max, pensando que encontraría preocupación en sus ojos, pero él sonreía. Le rodeó con ambos brazos y le abrazó con todo su ser.
–¿Lo puedes creer? Tendremos a nuestro pequeño para Navidad.
–Ya empiezo a asimilarlo.
–¿No crees que Sally es la hermana más maravillosa del mundo? Espero que no tenga muchas náuseas por las mañanas…
–Sal jamás se quejaría –dijo Max con orgullo–. Es una chica dura.
–Es increíble. Deberíamos llamarla y darle las gracias de nuevo.
–Deberíamos, en cuanto le dé un beso a la futura madre más maravillosa del mundo entero.
Carrie abrió los ojos. El halago la había tomado por sorpresa.
–¿Del mundo entero?
–Del hemisferio sur entonces –añadió Max, estrechándola entre sus brazos para darle el beso más hermoso que habían compartido jamás.
Cuando la soltó por fin, ella le dedicó una sonrisa descarada.
–A lo mejor sí que soy la futura madre más maravillosa de Riverslea Downs, ¿no?
–De eso no me cabe duda –dijo Max, besándola de nuevo.